



UN

JEFE DE LA MAFIA

ME SEDUJO

Romeo

Un Jefe de la Mafia Me Sedujo

Romeo

Just Bae

Derechos de autor

Copyright © 2021 por Just Bae

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

Capítulo Uno

Romeo

T ambaleándome, agarrándome desesperadamente a cualquier cosa sólida que me ayude a mantenerme en pie sobre dos pies, me doy cuenta de que estoy a punto de caerme.

El whisky chapotea en el vaso que sostienes en una mano. ¿Cuánto he bebido? Todo se vuelve borroso cuando el impacto combinado del alcohol y mi dolor me golpea de nuevo. Me tiemblan las piernas. Caigo al suelo, con la cabeza y los hombros caídos mientras miro a la realidad a la cara. Ninguna cantidad de alcohol, drogas o sexo puede borrar la realidad.

María y mi hijo no nacido han desaparecido.

Un rugido de dolor enfurecido estalla en mí, rompiendo el silencio. La pena se apodera de mí y me abruma hasta que me tumbo en posición fetal en el suelo. La inconsciencia carcome la periferia de mi visión hasta que un manto de oscuridad se instala sobre mí.

Han pasado horas, tal vez días, cuando la voz de Rocco me despierta. "¿Por qué sigues haciéndote esto?"

Mi respuesta es ininteligible. Un juramento murmurado, sin duda inspirado por el acre olor a vómito y alcohol, a centímetros de mi cara. Un brillante estallido multicolor de agonía cuando mi cabeza estalla de dolor se suma al abrumador conjunto de sensaciones que se agolpan en mis sentidos.

Unas manos me levantan el cuerpo, los brazos se deslizan bajo los míos, luego me levantan del suelo antes de colocarme en la cama. Una mano me abofetea suavemente la mejilla repetidas veces.

"Abre los ojos o haré que Nico llame a los servicios de emergencia", amenaza Rocco mientras me quita los zapatos. "Al menos déjame ver que estás viva".

Un párpado abierto le permite ver que estoy despierta. Dice palabrotas en italiano, sacude la cabeza y se pone a mi lado con cara de asco.

"¿Por qué sigues haciendo esto, Romeo? No los traerás de vuelta".

"Me ayuda a olvidar". El doloroso sonido de mi voz me hace estremecer.

exclama Rocco, con la cabeza inclinada hacia un lado y una mirada casi clínica. "Tienes que buscar ayuda, Romeo. Beber y prostituirte por Italia no contribuye en nada a solucionar el problema. Nico y yo hemos estado discutiendo un plan para el negocio familiar mientras estés fuera".

El hecho de que Nico y Rocco hayan dado este paso me trae de cabeza. "No haréis *nada* sin mi permiso. ¿Me he explicado bien?" Antes de que pueda responder, estoy fuera de la cama, balanceándome inestablemente mientras le señalo con un dedo a la cara. "¿Crees que porque me

emborraché anoche ya no puedo manejar las cosas? Si vuelves a desafiarme... "

"Nadie quiere quitarte el poder", me interrumpe. Acercándose más, me agarra por los hombros y me sacude suavemente mientras continúa. "Deberías saber que, de todas las personas, yo nunca te desafiaría. Estamos preocupados por ti. Pero no decirte la verdad será tan mortal como la bala de un asesino. No puedes seguir así".

De todas las personas de esta organización, se puede confiar implícitamente en Nico y Rocco. El hecho de que hayan estado discutiendo un plan para la gestión interina lo dice todo. Cada palabra que dice es la verdad.

Estoy fuera de control desde que perdí las dos cosas más importantes de mi vida.

Un gemido retumba en mi pecho. El ingreso es insoportable, llevándose consigo una libra de carne, pero también trayendo consigo la comprensión de que algo tiene que cambiar. Si no lo hace, no será necesaria la bala de un asesino para poner fin a mi miserable existencia. El alcohol y las drogas lo harán por mí.

Nuestros ojos se encuentran. La intensidad de la emoción en los ojos brillantes de Rocco casi me desarma. No sólo está preocupado. Está aterrorizado.

"Tienes razón".

Rocco sonríe vacilante ante mis palabras. La tensión desaparece y sus manos se retiran de mis hombros. "Gracias", murmura. "Dúchate. Llamaré a alguien para que limpie este desastre y te traiga una cafetera. Por lo que veo, te vendrían bien dos cafeteras. Luego nos reuniremos con Nico y discutiremos las cosas".

Un par de horas después estoy haciendo las maletas para irme de vacaciones a Estados Unidos. Sorprendentemente, Nico y Rocco lo han organizado todo con antelación. Me han reservado una suite en un complejo de lujo en Crystal Cove - Newport Beach, California, donde me alojaré mientras trabajo con un reputado psicólogo especializado en pérdidas traumáticas y duelos complicados.

Nico y Rocco, junto con tres guardaespaldas para el viaje, me acompañan al aeropuerto, donde me espera el jet privado. Me tiemblan las manos cuando me paro en el primer escalón que conduce al avión.

El camino hacia mi futuro me espera, y sin embargo vacilo. ¿Por qué es tan difícil dejar atrás todo el dolor y el sufrimiento?

"Puedes hacerlo", me anima Nico, levantando una comisura de los labios. Una rara muestra de emoción para el hombre sombrío que ha permanecido a mi lado durante todo este tiempo.

"Te prometo que no lo fastidiaremos todo", añade Rocco riendo. "Cuídate, Romeo, y mantente en contacto".

Hago una pausa de unos segundos, luego asiento secamente con la cabeza y subo los escalones hacia el avión.

* * *

Mi vuelo pasa sin problemas.

Rocco y Nico se aseguran de que sólo haya una pequeña cantidad de licor en el avión. Sin duda, su miedo al síndrome de abstinencia les llevó a tomar esta decisión.

Un miedo sano, teniendo en cuenta que he consumido alcohol todos los días desde que María me traicionó casándose con el pedazo de mierda de Marcelo Piazza. Ni siquiera el secuestro a medias y el intento de embarazarla pudieron hacerla cambiar de opinión, reforzar un amor roto por el jodido mundo en el que vive un hombre como yo. Mi estilo de vida lo empeoró aún más,

causando un daño irreparable que no podía repararse.

La desesperación por poseer a María me llevó por un camino oscuro, del que mi hermano Tomasso me advirtió en numerosas ocasiones. Alejo los pensamientos mientras me amenaza el impulso de perderme en las drogas, la bebida y el placer sexual.

Una mirada a los guardaespaldas de Marcelo que descansan en los asientos de al lado y enfrente me lleva a creer que me sujetarían por todos los medios si lo intentara. Son hombres gigantescos, con cuerpos marcados por la violencia que caracteriza nuestro estilo de vida. Marcelo se aseguraría de que supieran mantenerme a raya.

No tengo ningún deseo de ponerlos a prueba. Aunque sea más despiadado que ellos, me superan en número y en poder. Y una vida de juerga me ha debilitado.

* * *

Lune Resort and Spa tiene vistas al océano Pacífico en Crystal Cove. Abro las puertas y salgo al balcón para admirar las vistas. Una brisa salina agita las cortinas de la suite del ático, en la última planta. Desde esta posición ventajosa, la vista de la playa es sobrecogedora: las olas espumosas y espumosas golpean la arena mientras las gaviotas sobrevuelan y la gente juega en el agua.

Me doy la vuelta, disgustada, cuando una imagen de María aparece de improviso en mi cabeza, la misma que vi el día que murió mi padre. Mis hombres me pisan los talones cuando salgo de la suite, en dirección al bar de la primera planta. El Dr. Roth ya no tiene control sobre mí. Si mañana voy a desnudar mi alma ante él, la única forma de pasar la noche es adormecer el dolor de la misma forma que lo he hecho durante semanas.

El tenue aroma a aceite de naranja y cuero perfuma el aire del bar. Encuentro un taburete vacío en el extremo más alejado de la multitud de gente congregada junto a la entrada. Romeo adopta su posición detrás de mí, con los ojos escrutando a la multitud en busca de señales de problemas, mientras Vito se apoya despreocupadamente contra la pared, cerca de la puerta.

Aparece ante mí una mujer de lustroso y largo pelo negro azabache natural y ojos castaños que lleva el chaleco negro del complejo sobre una camisa blanca y pajarita roja. "¿Con qué puedo hacerle empezar, señor?".

Una sonrisa genuina levanta las comisuras de unos labios carnosos y sonrosados que suplican ser besados y, por primera vez hoy, una oleada de calor me invade la ingle. Un escote se tensa contra el chaleco, una cintura estrecha ceñida por un cinturón negro se ensancha en unas caderas que mis manos ansían sujetar. Esto es exactamente lo que necesito, junto con un quinto de whisky.

"Tú desnuda y un quinto de tu mejor whisky", sonrío, levantando una ceja para darle más énfasis.

La muestra de auténtica amabilidad desaparece, borrada tan repentinamente como un castillo de arena en la playa durante la marea alta. "¿Qué le sirvo *de beber*, señor?". La mujer acentúa la palabra adecuada, con los ojos fijos en algún punto focal sobre mi cabeza.

"Whisky. También te llevaré a ti si estás en el menú". Mi bufido de risa ahogada se combina con mi risita divertida. Seguro que no me lo niega por segunda vez.

Una llama de ira oscurece el verde más claro de sus iris mientras ambas pupilas se dilatan. Sus fosas nasales se inflaman. Por un segundo casi pienso que va a insultarme o a montar en cólera y abofetearme. Pero no, como una dama, gira sobre la bola de un pie antes de alejarse unos metros para coger un vaso, hielo y whisky. Menos de sesenta segundos después, una

servilleta y la bebida se posan frente a mí con un ruido sordo.

"¿Quiere abrir una cuenta, señor, o pagar sobre la marcha?". Ella, más fría que el hielo, llena el vaso delante de mí.

"Pago a medida que voy". Mi sonrisa burlona provoca un resoplido de la ardiente belleza que tiene las manos apoyadas en la barra.

"Serán veinte pares, señor. Te tomé por un tipo de Johnny Walker Blue. Aceptamos tarjeta de crédito o efectivo".

Coge los cincuenta con un hábil movimiento de una mano y se vuelve hacia la caja registradora que tiene detrás para contar mi cambio. Sin decir nada más, deja el cambio en la barra, junto al vaso, y se va a atender a otro cliente.

"No es bueno cabrear al camarero", se ríe Rocco detrás de mí. "Y esa es una señora acalorada".

"Mantén la atención en tu trabajo", le ofrezco, con una mirada por encima de un hombro en su dirección. La advertencia corta la risa de Rocco, cuyos ojos vuelven al instante a observar a la multitud.

* * *

Me siento en la barra durante las siguientes horas bebiendo Johnny Walker Red y pagando a la camarera, que parece que podría estrangularme con cada nueva copa. La multitud empieza a disminuir hacia las diez. Ahora soy la única persona sentada en la barra, hecho que la mujer no ha pasado por alto. Vuelve a acercarse a mí mientras se muerde el labio inferior.

"¿Puedo ofrecerle otra copa, señor?", pregunta vacilante, de pie a unos metros de distancia, con los miembros temblorosos de forma muy parecida a como lo hace un animal asustado cuando se enfrenta a un depredador supremo.

Escaneo la etiqueta con su nombre que lleva prendida en el chaleco. "¿Nina? Soy Romeo Valentino. Creo que antes hemos empezado con mal pie. Te pido disculpas por haber sido tan maleducado".

Vacila, la punta de la lengua se le escapa para humedecerle los labios. El pulso que aletea en su garganta late a un ritmo frenético. ¿Me tiene miedo? Aunque me siento atraído por ella, los errores del pasado me han enseñado el error de comportarme de la misma manera que lo hice con María.

La alejaste, me recuerda mi conciencia.

Respiro hondo y vuelvo a intentarlo, aunque hablar con claridad me resulta cada vez más difícil con el calor embriagador que me recorre el cuerpo. "Te pido disculpas por haberme portado tan mal antes. No pretendía ofenderte. ¿Podemos...? ¿Podemos volver a intentarlo?"

Nina sacude la cabeza. Un paso atrás la aleja más en lugar de acercarla como pretendía. Esto no está saliendo como había planeado. Cualquier pérdida de control me hace entrar en pánico, un estado que intento ocultar desesperadamente a la atractiva joven que está detrás de la barra.

"No eres diferente de los demás ricos que vienen aquí", murmura. Una mano revolotea hacia arriba para apartarle unos mechones de pelo de la cara. "Crees que tienes derecho a hacer lo que te dé la gana mientras estés aquí. Tira algo de dinero a la dirección del complejo y a la seguridad para que todo desaparezca mientras tú vuelas a otro lugar exótico para volver a sembrar el caos. No, no podemos volver a hacerlo. Sólo soy el camarero. No una puta a la que puedes comprar o utilizar a tu antojo. Si no quieres beber nada más, tengo otras cosas que hacer antes de que aparezca el encargado para cerrar el turno".

Se me retuercen las tripas ante sus palabras. Tanto dolor recubre cada palabra mientras fluye libremente. La columna lechosa de su garganta trabaja convulsivamente mientras habla, permaneciendo siempre lo bastante lejos para evitar que la agarre. Sólo ese hecho ahuyenta la calidez brumosa, haciéndome más imprudente de lo normal.

Sólo hay una forma de terminar esta velada dejando a Nina con un poco de su dignidad intacta. "Mis disculpas por mi mala conducta. No era mi intención incomodarte".

El billete de veinte que arrojo sobre la barra permanece allí un segundo antes de que Nina lo coja y me lo dé. "No olvides el cambio".

"Es por tu excelente servicio". Me levanto para marcharme, sólo para que me arrojen a la cara el billete enrollado.

"Quédatelo", resopla. "No quiero nada de lo que ofrecen los de tu clase".

Se da la vuelta y sale por una puerta. Se cierra de golpe con fuerza suficiente para hacer tintinear los vasos apilados ordenadamente en el mostrador junto a la pared.

* * *

Unos instantes después, aparece por la puerta un hombre vestido con el traje negro, la camisa blanca y la corbata roja característicos del complejo. Su etiqueta identificativa es Lee Jenkins, el gerente del bar.

"¿Puedo ayudarle en algo, señor?", la voz fría y controlada insinúa su intención de pedirme que me vaya.

"Ya me iba". Nico y Rocco se colocan a mi lado como un reloj mientras salgo del bar por el vestíbulo.

Las puertas del ascensor se abren y, justo antes de que se cierren, veo a Nina de pie en la acera, fuera del complejo, hablando por el móvil. Una nariz mucosa y los ojos llorosos lo dicen todo. Me pregunto si soy la causa o si el Sr. Lee ha tenido algo que ver.

Una cosa es segura. Tengo la intención de averiguar y arreglar las cosas si soy la causa de su dolor.

Es hora de dar un paso adelante y hacer lo correcto por una vez en mi vida. El pasado me lo ha enseñado.

Espero que el Dr. Isaac Roth pueda ayudarme a derribar los muros formados por mis recuerdos.

Capítulo Dos

Romeo

Me despierto con un gemido, quitándome el sueño de los ojos, y contemplo el cielo de la madrugada sin intentar levantarme de la cama. El débil rugido de las olas rompiendo en la playa se filtra por la puerta parcialmente abierta del balcón. Unos golpes en la puerta me obligan a rodar fuera de la cama y abrir.

Vito d'Angelo, uno de mis hombres que funciona más como chófer que como protección, está de pie en la puerta. Un grueso dedo índice da golpecitos a su reloj de pulsera. "Su cita es a las nueve de esta mañana, señor. Sugiero que empecemos ya, dado el tráfico matutino de la zona. *Il caffè è pronto...*"

Su rostro impasible no contribuye a motivarme para prepararme. Como si percibiera mi reticencia, un pitido que indica un mensaje entrante me atrae hacia el móvil que hay en la mesilla de noche. Un mensaje de Rocco animándome a colaborar.

"No olvides tu cita. Avísame de cómo va".

No tengo ningún deseo de responder. En lugar de eso, tomo el camino más fácil y me visto antes de reunirme con los chicos en el salón.

"Vámonos".

La taza de café de viaje apenas contiene lo suficiente para aguantar el viaje, por no hablar del tiempo agonizante que debo pasar con el Dr. Roth. El sabor agrio de mi boca y el dolor sordo y palpitante en la base del cráneo me lo dicen todo.

Vito maniobra nuestro BMW entre el tráfico con una habilidad innata. Los rascacielos pasan borrosos, con la luz del sol reflejándose en los elegantes exteriores espejados. Las calles están bordeadas de palmeras.

La vista por sí sola me recuerda una época diferente en Estados Unidos, en la que mi control estaba muy intacto. Las personas que pensaban que podían engañarme con millones de mi dinero aprendieron una historia diferente aquel día. La expresión de sus rostros cuando salieron a la luz las arriesgadas fotografías todavía me hace correr por las venas un torrente de energía victoriosa.

Vito entra en un aparcamiento junto al edificio donde está la consulta del Dr. Roth. Rocco me acompaña al interior del edificio. Nico se queda atrás.

* * *

Los recuerdos de control y victoria se desvanecen en cuanto entro en el elegante despacho de la décima planta del moderno edificio. Grises y azules apagados suavizan las paredes y el

mobiliario. Los suelos de madera brillan, reflejando la combinación de colores en un intento de desviar mi atención. Una mujer mayor con un solo collar de perlas y gafas de lectura en la punta de la nariz, sentada tras un mostrador, tiene el control. Un acontecimiento que dista mucho de ser de mi agrado.

Me entrega un portapapeles con una sonrisa y tiene toda mi atención. Se me corta la respiración ante la mera idea de divulgar mis pensamientos y secretos más íntimos a un desconocido. Un hombre al que no conozco.

"Si empieza a rellenar los formularios, Sr. Valentino, avisaré al Dr. Roth de que está aquí. Necesitaré una copia de tu DNI y del seguro".

Otro empleado se acerca, saca una carpeta con los documentos y se ocupa de la recepcionista mientras yo intento rellenar el fajo de papeles. Letras negras sobre papel blanco indagan en mi vida sin pronunciar palabra. Mi mano tiembla cuando el bolígrafo se mueve para rellenar cada espacio en blanco más allá de la información demográfica básica. Es como si el Dr. Roth escarbara en mi psique con brutal intención sin haber dicho una palabra.

Presentando el problema.

¿Tienes hoy pensamientos de hacerte daño a ti mismo o a otra persona? ¿En el pasado? Si es así, ¿cuándo?

Historial de consumo de sustancias (por favor, sé específico; nombre, cantidad, frecuencia de consumo y método preferido de consumo: oral, intravenoso, inhalado, fumado, etc.). Bla, bla, bla.

Las preguntas sobre hacerme daño a mí misma o a los demás ponen fin a cualquier intento de completar el cuestionario. Un músculo se contrae espasmódicamente en una mandíbula tan apretada que mis muelas rechinan entre sí con fuerza contundente.

¿Cómo voy a decirle a nadie que he sido responsable de la muerte o las lesiones de decenas de personas?

¿Cómo voy a decirle al Dr. Roth que he destruido lo único que amaba?

"Sr. Valentino, la Dra. Roth le recibirá ahora". La mujer de voz suave me hace señas para que atravesase una puerta que mantiene abierta. Su sonrisa no ayuda a calmar mi inquietud.

El Dr. Roth está de pie en un pasillo decorado de forma idéntica a la sala de espera. Me recuerda a mi padre en muchos aspectos. Un rostro suavemente delineado por el paso del tiempo. Pelo canoso, corto y bien peinado. Lleva zapatos de cuero pulido, pantalones azul marino y una camisa de botones azul pálido. Sus ojos azules me examinan con indiferencia, pero con interés.

"Sr. Valentino, soy el Dr. Roth. Encantado de conocerle. Por favor, pase". Nos damos la mano antes de entrar en el despacho. La puerta que se cierra tras nosotros me recuerda a la tapa de un ataúd cerrándose por última vez.

El despacho del médico difiere poco de las demás zonas. En un lado de la habitación hay un escritorio negro pulido y una silla de cuero, mientras que un sofá y una silla mullidos están situados perpendicularmente a la ventana. En una mesita auxiliar hay una caja de pañuelos, sin duda convenientemente situada para confesiones emocionales llenas de lágrimas. Independientemente de los trucos del buen doctor, tengo la firme intención de mantenerlo a distancia.

"¿Pudiste encontrar la oficina sin problemas?"

"Mi conductor utiliza Google Maps. Y estoy aquí, como puedes ver". Mi tono sarcástico no tiene ningún impacto aparente en el médico.

"Y aquí estás", murmura el Dr. Roth. "Veo que has estado trabajando en el paquete de admisión que te proporcionó mi recepcionista. ¿Te importa que le eche un vistazo?".

Le entrego el portapapeles sin decir nada más.

"Permíteme que me presente con un poco más de detalle", dice el Dr. Roth con una sonrisa. "Soy doctora en Psicología y tengo treinta años de experiencia en el campo de la salud mental. La mayor parte la he pasado con supervivientes de sucesos traumáticos y con personas que experimentan un duelo complicado. La mayor parte de esa experiencia la adquirí con veteranos de conflictos militares. Considero que nuestro trabajo es una colaboración. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme hasta ahora?".

"¿Cómo... hacemos esto? ¿Se supone que debo tumbarme en el sofá de una habitación oscura y hablarte de mis padres?". A la pregunta le sigue una risita sin gracia.

"Me temo que esos métodos desaparecieron hace varias décadas. Prefiero que mis clientes estén despiertos, lúcidos y plenamente activos en cada sesión. Antes de empezar, quería repasar algunas cosas que hablo con todos mis clientes. En primer lugar, la respuesta a la terapia es algo que no se puede predecir fácilmente. A algunas personas les va bien, a otras no tanto. En segundo lugar, todo lo que compartas conmigo sigue siendo confidencial, excepto a veces en que la ley me obliga a informar a las autoridades. Una es si existe la posibilidad de abuso, negligencia o explotación de un niño, un adulto incapacitado o una persona mayor. La otra es si revelas una intención de hacerte daño a ti mismo o a otra persona". La voz del médico permanece tranquila y serena, como si sus palabras estuvieran automáticamente guionizadas tras repetir lo mismo una y otra vez a docenas, si no cientos, de personas con las que ha trabajado a lo largo de los años.

Es hora de poner a prueba la brújula moral del buen médico. "¿Qué pasa si te digo que he asesinado a alguien?"

"No podría divulgar esa información a nadie sin tu consentimiento expreso por escrito para hacerlo". El Dr. Roth coloca el portapapeles sobre su regazo mientras habla. Inquebrantable, inquebrantable. El hombre tiene pelotas de acero.

"Te tomas en serio la confidencialidad". Un brazo se mueve para apoyarse en el respaldo del sofá mientras cruza las piernas. Dos pueden jugar a este juego.

"Desde luego que sí, Sr. Valentino". Mira un momento el portapapeles que tiene sobre el regazo, sin duda revisando la información garabateada que dejó allí con las prisas. "Indicas que has sufrido dos pérdidas en poco tiempo. ¿Podrías contarme algo más sobre ellas?".

Una ráfaga de hielo ártico me revuelve las tripas ante la pregunta. Ha ido directo a la yugular. Nada podría haberme preparado para este momento.

"La mujer que amaba fue secuestrada. Sus heridas eran graves". La punta de mi lengua recorre la comisura de mis labios. Juntando las manos, con la cabeza inclinada, mi explicación continúa. "Los médicos me dijeron que sólo podían salvarla a ella o a nuestro hijo nonato. Tuve que elegir".

Una energía caótica e inquietante irrumpe en cada fibra de mi ser. Me pongo en pie de un salto y camino por el suelo mientras la historia se desarrolla para el placer auditivo del Dr. Roth.

"Elegí a María". Las lágrimas no derramadas me obstruyen la garganta. El silencio se extiende interminablemente entre nosotros mientras lucho por controlarme.

"Tuviste que tomar una decisión de vida o muerte sin apenas avisar", dice el Dr. Roth con

una voz llena de amable comprensión.

"No tienes ni idea de lo que es!", respondo con un ladrido de rabia ácida. Me giro hacia él, con los puños cerrados y los ojos llenos de lágrimas.

Nadie puede entender el infierno de perder a nuestro bebé. Mi primer hijo. *Nuestro hijo*.

"No sé lo que supuso para ti tomar esa decisión. Me imagino que fue una de las cosas más difíciles que has tenido que hacer".

Diez crecientes insoportables exigen alivio mientras mis uñas se clavan en las palmas de cada mano. Vuelvo al sofá, con los codos apoyados en las rodillas, una respiración profunda tras otra, mi única esperanza de recuperar el control. Mis pulmones engullen aire como un perro hambriento la comida.

"¿Quieres un vaso de agua?"

Una inclinación de cabeza es la única respuesta que recibe. Las palabras se me congelan en la garganta.

El Dr. Roth se dirige a una mesa situada cerca de la puerta, donde se sirve un vaso de agua de una jarra colocada en una bandeja. Si nota el temblor de la mano que coge el vaso, no lo menciona. La mitad del vaso de agua llena mi estómago antes de que retorne una pizca de control.

Permanecemos sentados en silencio unos minutos más. Las ganas de hablar vuelven sin previo aviso.

"Nuestro matrimonio terminó. Y después de todo lo que pasamos juntos, María me dejó. Se enamoró de otro hombre. Me abandonó a mí y a todo lo que teníamos juntos. Así que sí, doctor, la vida me ha dado una patada en las pelotas y me ha preguntado si quiero otra".

"¿Puedo llamarte Romeo?"

"Claro". La palabra llega en medio de un bufido de humor sarcástico acompañado de un gesto de una mano.

"¿Cómo has conseguido todo esto, Romeo?". Se inclina hacia delante, como interesado en mi respuesta.

"He follado, bebido y cocinado hasta la saciedad, Dr. Roth. ¿Qué piensas de mí ahora que conoces mis habilidades secretas para salir adelante?"

"Creo que eres un hombre que lo hace lo mejor que puede tras experimentar dos de las pérdidas más dolorosas que podemos vivir. Perder un hijo no nacido de una de las formas más traumáticas que pueda imaginar. Y perder a la mujer que amabas a manos de otro hombre. Me sorprende, para ser sincera, que estés aquí queriendo superar esto de forma positiva. Pero también creo que habla de tu fuerza interior y de tu voluntad de sobrevivir".

Sacudo la cabeza mientras miro al suelo. Se me escapa otra carcajada seca. "¿Qué dirías si te dijera que no tengo voluntad de sobrevivir? ¿Que he intentado tomar una sobredosis? ¿Qué? ¿Qué piensa ahora de mí, Dr. Roth? Probablemente me obligará a ingresar en un hospital psiquiátrico. Tira la llave".

"Muchos de mis clientes han querido morir, pero no desean quitarse la vida, Romeo. Sin embargo, intentan por todos los medios a su alcance no despertar. Muerte por policía. Sobredosis accidental. Ataques al corazón o incluso paradas respiratorias. ¿Y los que sobreviven y superan sus problemas? Esas personas aprenden lo fuertes que son realmente. Supervivientes. Como tú". Apoya la barbilla en los dedos apretados, con los ojos clavados en mí, relajado, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

"Menudo chiste".

"No creo que seas una broma. Creo que estás perdido, pero que deseas desesperadamente

encontrar el camino a casa. Si estás dispuesto, Romeo, creo que podemos llegar juntos. ¿Qué posibilidades hay de que vuelvas la semana que viene y me hables de nuevo?".

La exploración inquisitiva y sin prisas rompe los muros levantados esta mañana. Me resulta casi imposible creer que alguien quiera ayudarme sin segundas intenciones. La suave persistencia y la serena aceptación del Dr. Roth han acabado con mi resistencia, al menos por ahora.

"Las probabilidades son buenas, Dr. Roth. Tengo que reconocértelo. Eres bueno. Muy poca gente conoce mis pensamientos y sentimientos más íntimos. Pero tú", le señalo con el dedo. "Eres hábil en los juegos de palabras".

Se ríe entre dientes, con ojos llenos de calidez y compasión. "Te aseguro que aquí no hay juegos. Me tomo mi trabajo muy en serio".

"Eso está bien, doctor, porque tengo problemas serios". Le ofrezco la mano mientras me levanto. El Dr. Roth se levanta, me estrecha la mano y me acompaña hasta la puerta.

"Mi recepcionista puede concertarte una cita. Hasta la semana que viene".

Romeo paga en metálico a la recepcionista por la primera sesión. La mujer parpadea ante el fajo de billetes, y luego me ofrece un recibo y una tarjeta de cita.

* * *

Vito y yo volvemos al coche. Aferro la tarjeta en una mano con un renovado sentido del propósito. El bar del complejo me llama cuando paso por delante, pero mis pies siguen avanzando, impulsándome hacia un nuevo capítulo de mi vida.

Por primera vez en meses, tengo esperanzas en mi futuro.

Capítulo Tres

Nina

Se siente como
Eres mía
Se siente bien
Tan bien
Soy tuya
Eres mía
Como el paraíso
Te daría el mundo si fuera mío
Se siente bien
Se siente como
Eres mía
Soy tuya
Tan bien
Como el paraíso

— Sade - "Paraíso"

Esa es la canción que suena en la radio de mi destartalado Toyota Camry 2011. Nada más lejos de la realidad, al menos en mi mundo. Soy la hija olvidada de una madre que prefiere viajar a lugares exóticos del mundo con su nuevo marido. No sé si se trata del quinto o del sexto padrastro, aunque tampoco es que importe. Este millonario jubilado está más interesado en presumir de dinero y poder que en formar parte de una familia.

Mamá ha estado más preocupada por sus problemas que por los míos desde que mi padre murió cuando yo sólo tenía siete años. Los intentos desesperados por encontrar el amor empezaron menos de un año después, cuando se casó con un magnate del petróleo de Texas que exigió que nos mudáramos a Dallas, donde él vivía.

Su primer matrimonio duró sólo seis meses. Volvimos a California cuando la fase de luna de miel se disolvió en infidelidad por ambas partes, gritos de venganza y un rápido divorcio en Las Vegas. Al menos mamá encontró el amor después de nuestro regreso.

Mi mejor amiga, Kiara, era la única persona que realmente se preocupaba por mí. Nos conocimos en primer curso, vivimos la vida y no nos hemos separado desde entonces. Cuando era pequeña, pasaba más tiempo en su casa que en la mía. A sus padres no les importaba que me

quedara durante meses, sobre todo cuando cambiaba dinero por servicios prestados.

Una cosa que he aprendido sobre los padrastros ricos es que no les importa pagar la guardería para liberar tiempo para viajar por el mundo.

Kiara no era sólo una amiga. Era mi terapeuta aficionada cuando los tiempos se ponían difíciles. Un hecho que agradecí más de la cuenta tras descubrir a mi novio engañándome con una compañera de trabajo en nuestro piso compartido. Lloré en su hombro y comí más helado con ella en el tiempo transcurrido desde entonces que en toda mi vida: veinticuatro años y tres meses antes de que salieran a la luz los engaños de Cameron. Tengo un metabolismo alto y me gusta hacer footing, otra gratitud dado que el helado está repleto de calorías.

El peor momento de mi joven vida ocurrió casi nueve meses después del día en que Romeo Valentino entró en mi lugar de trabajo. Su actitud autoritaria se hizo patente cuando me trató como a una prostituta a la que podía comprar con un fajo de billetes.

No es más que otro gilipollas rico, intenté decirme a mí misma y descubrí que las lágrimas flotaban tras mi enfurecida necesidad de venganza.

Sin embargo, no podía darle una patada en los huevos ni un puñetazo en la cara. Los cargos por agresión y lesiones acabarían con mis sueños de convertirme en orientadora sobre el TDAH antes incluso de que empezaran.

Así que opté por la venganza. Al estilo Johnny Walker. Veinte pavos por bebida deberían hacer que cualquiera se sentara y tomara nota, ¿verdad? Romeo Valentino no. Se sacó cien del fajo de billetes que llevaba en el bolsillo como si nada.

¿He mencionado que odio a los gilipollas ricos?

Sin embargo, la maldición de Romeo aún no había acabado conmigo. Al parecer, el gerente y jefe de mi bar, Lee Jenkins, me había estado vigilando a través de las cámaras de seguridad equipadas con audio. No le vio la gracia a mi plan de venganza y me amonestó verbalmente.

"Un ejemplo más y te vas, Nina. No me importa que seas la camarera más trabajadora y fiable que tenemos", siseó Lee en el despacho después de que saliera furiosa del bar. "Ahora ficha y vete a casa. Yo cerraré por esta noche".

* * *

Mi amiga Kiara vio todo el escenario desde otra perspectiva cuando se lo conté aquella noche mientras comíamos pizza. "Creo que le gustas", me explicó. "Cualquier imbécil normal habría exigido ver al encargado después de que le sirvieran una bebida cara sin preguntarle si tenía un whisky preferido".

"Creo que estás mintiendo, Kiara. Que tu vida amorosa esté en su punto no significa que la mía vaya a estarlo nunca. Así que no, el Sr. Valentino es un imbécil". Cogí ingredientes del segundo trozo de pizza para comérmelo. Nadie puede permitirse una terapia de carbohidratos para siempre. Era lo bastante sabia como para saber que cualquier corteza de pizza adicional iría directamente a mis caderas, donde no tenía ningún deseo de ganar centímetros ni kilos.

"Cameron te engañó hace casi un año, Nina. No puedes jugar en el campo. Eres joven, pero tus ovarios están enviando señales de humo de que el tiempo corre en tu contra. Si quieres tener hijos, será mejor que empieces a buscarte un hombre ya -replicó, royendo un segundo trozo de pizza como si no hubiera un mañana. Ante mi mirada inquisitiva, se rió y movió las cejas. "Mi hombre me quitará los carbohidratos más tarde".

"¡Ew! ¡Dennis, ese grandullón! Supongo que debería llevarme mis coberturas al otro lado del pasillo, para que el amante pueda hacer una visita a domicilio sin supervisión". Nadie quiere oír

hablar de una inminente visita sexual, yo incluida.

Intercambiamos abrazos y besos al aire antes de dirigirme al otro lado del pasillo, al diminuto apartamento de una habitación que llamaba hogar. El desgastado suelo de baldosas y la sucia pintura de las paredes exigían desesperadamente una reforma. Dado que el apartamento era unos doscientos dólares más barato que los otros del complejo, estaba dispuesta a renunciar a la reforma.

Un rápido vistazo a mi teléfono reveló que no había mensajes de mamá ni de su último marido. Sin duda, la diferencia horaria entre Chicago y California jugaba un papel importante, aunque no es que me molestara. Tenía un alto grado de independencia después de haberme criado a mí misma desde los siete años. A menudo mamá no me llamaba ni se ponía en contacto conmigo durante semanas. No saber nada de ella no era un problema.

Al menos, eso me dije a mí misma. El dolor de mi corazón contrarrestó con algo totalmente distinto. El sueño me abrumó antes de que pudiera caer en la madriguera de aquel tema.

* * *

A la mañana siguiente, el despertador sonó demasiado temprano. El turno de las cinco de la mañana tenía poco atractivo, salvo por la paga que ofrecía. El propietario ofreció pagar un dólar más por hora a quien estuviera dispuesto a trabajar en el turno de apertura.

Mi envejecido coche llegó al trabajo con sólo unos pequeños problemas. Un molesto pitido en la transmisión y algunos problemas para arrancarlo fueron la menor de mis preocupaciones. Cobrar hoy era una prioridad absoluta... hasta que Romeo Valentino apareció en la cola.

Estupendo. Estupendo. Puedo manejar una interacción con él. Manténlo profesional. Tratarle como a cualquier otro cliente. Ése era mi plan hasta que me di cuenta de que se había dejado la tarjeta de crédito, lo que a su vez requería otro encuentro con el guapísimo turista con guardaespaldas.

Y así fue como me convenció para que le enseñara mis lugares favoritos de Crystal Cove. Llegamos a un lugar antes de que escarbara demasiado, removiendo el pasado y echando sal en las heridas al actuar como si le importara.

Conseguí salir indemne hasta aquella noche en que mi mente sacó a relucir el pasado y todas las razones por las que no era suficiente.

No para mi madre. Ni para Cameron. Y menos para alguien como Romeo Valentino.

* * *

Al día siguiente, Kiara insiste en investigar después de que comparta con ella los acontecimientos de ayer.

"Google es tu amigo", reflexiona. "Y cualquiera que tenga guardaespaldas no es un turista aburrido. Has dicho que pagó con un fajo de billetes de cien, ¿verdad? Dime, ¿quién lleva tanto dinero encima?"

"Los ex de mi madre".

Nos desplomamos el uno contra el otro, riéndonos a carcajadas. Las risas se acaban cuando Kiara abre Google y teclea el nombre de Romeo. Su boca se abre en una "o" que se ensancha lentamente.

"¡Dios mío! Te dije que este tipo no es un turista normal!", chilla. "¿Tienes idea de quién es este tipo?"

"No". Cojo su teléfono, miro los resultados de la búsqueda y casi grito cuando veo la vida de Romeo esbozada ante mí. Tiene su propio artículo en Wikipedia, que lamentablemente omite cualquier fuente real. La información que aparece es asombrosa. "¿Es un jefe de la mafia italiana? Espera... ¿y está divorciado?"

Kiara se aprieta para seguirme leyendo. Mis dedos vuelan por la pantalla mientras un enlace tras otro divulgan fragmentos de la vida de este hombre.

Secuestró a su ex mujer para obligarla a enamorarse de él. La secuestró y estuvo a punto de matarla, lo que provocó la pérdida de su hijo nonato. Su matrimonio acabó en divorcio. Me quedé con la boca abierta cuando leí un artículo en el sitio web de una popular revista de cotilleos en el que se describía el matrimonio de Maria Valentino con un rival llamado Marcelo Piazza. El hijo de la pareja nació hace meses.

Sólo puedo imaginar cómo los últimos acontecimientos han echado sal en una herida no cicatrizada. Su sufrimiento emocional no cambia el hecho de que es conocido como mujeriego, y ha sido fotografiado con múltiples mujeres hermosas a lo largo de los años. Modelos. Actrices. Ricas. Ricas. Hermosas.

Cierro los ojos con fuerza mientras le devuelvo el teléfono a Kiara. Un malestar en mis entrañas refleja las emociones y pensamientos agitados que se arremolinan en mi cabeza.

Romeo Valentino podría tener a la mujer que quisiera. Me pregunto por qué quiere pasar tiempo con alguien como yo.

* * *

Esta noche no habrá respuestas. Kiara me acompaña hasta la puerta principal y me abraza al abrirla.

"¿Tienes sitio para mí entre dos de las chicas más sexys que conozco?". El balbuceo ebrio de Cameron me hace levantar la cabeza y el cuerpo se me pone rígido, preparado para luchar o huir. Se recuesta contra la pared junto a mi puerta, sonriendo como si no me hubiera arrancado el corazón nueve meses antes.

En otro tiempo, el aspecto de chico surfero californiano de Cameron habría hecho que me flaquearan las rodillas. Hay algo en ver a tu novio desnudo teniendo sexo con una mujer extraña en tu cama que te hace darte cuenta de algunos hechos importantes.

Hecho uno: El pelo rubio sucio y los ojos azules combinados con la sombra de las cinco no son cualidades importantes en un novio. Segundo hecho: Una vez infiel, siempre infiel. Tercer hecho: El sexo decente no es una buena razón para permanecer en una relación sin futuro.

Cualquier sentimiento de compasión hacia Cameron desapareció el día que le dejé. Un hecho que debe ser reforzado una vez más.

"Ninguno de los dos tiene tiempo para una basura como tú", murmura Kiara. "¿Qué ha pasado, Cameron? ¿La compañera de trabajo se dio cuenta de que estaba tratando con material de perdedor de primera clase y te echó a la calle?"

Sus ojos se entrecierran en dirección a Kiara, pero sigue sonriendo. "¿Qué te parece, Nina, te apetece un canuto?"

En otro tiempo, habría cedido a los encantos de Cameron. Afortunadamente, esos días han terminado.

"No hay la más mínima posibilidad de que vuelva a hacer nada contigo, Cameron. He pensado en recoger mis cosas y mudarme, cambiar mi número de móvil y seguir adelante te lo he dicho. ¿Qué parte de eso no entiendes?". Mi voz está ribeteada de hielo y acero. Refuto con los

brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados. "Tienes treinta segundos para salir a la carretera antes de que llame a la policía. Estás invadiendo propiedad privada".

"Kiara no ha dicho eso", gimotea, con las manos extendidas en un gesto que huele a su desesperación.

Kiara es una mujer de acción, hecho que se demuestra en este mismo momento. Coge su móvil, marca el 911 y procede con calma a decirle al operador que un visitante no deseado nos está acosando a los dos. "La policía llegará en cinco minutos, imbécil. Será mejor que te vayas".

La cara de Cameron se vuelve de un rojo moteado, su boca se tuerce en una mueca de desprecio mientras se dirige hacia las escaleras. "No has visto lo último de mí".

Sus palabras perduran en mí mucho después de que se haya ido. Cameron nunca fue abusivo durante el tiempo que estuvimos juntos, y ni una sola vez mostró signos de comportamiento violento. No me hacía daño.

¿Lo haría?

Capítulo Cuatro

Romeo

Una semana hasta mi próxima cita con el Dr. Roth me deja tiempo de sobra para explorar la zona de Crystal Cove, en Newport Beach.

Al día siguiente de la primera cita, me dirijo a la calle del centro turístico. Rocco camina a mi lado, contento de acompañarme después de haberles dado el día libre a Nico y Vito. ¿Quién iba a decir que un hombre del tamaño de un frigorífico podía ser tan molesto? Yo no lo sabía hasta que Rocco se metió un chicle en la boca, haciendo burbujas mientras lo masticaba. En menos de cinco minutos de viaje, las ganas de enviarle de vuelta al complejo alcanzan un nivel épico.

El delicioso aroma de productos recién horneados que emana de una cafetería atrae mi atención. El negro y el acero inoxidable combinados con una decoración moderna dan a la tienda un aire moderno. Más de la mitad de las mesas están llenas de gente disfrutando del desayuno y el café.

Hacer cola con la media docena de clientes que esperan para hacer sus pedidos me da tiempo para dirigirme a Rocco. "Escupe el chicle ahora", siseo. "¿Qué diría tu madre de tus modales?".

Rocco se detiene a medio masticar, con los ojos desorbitados por la sorpresa. "Lo siento, señor. No sabía que te molestaría".

resoplo. ¿Cómo es posible que no sepa que sus malos modales me irritan? En lugar de hablar, señalo hacia una papelería que hay junto a la puerta.

La cola avanza rápidamente. La cara familiar detrás del mostrador capta y mantiene mi atención mientras toma los pedidos.

Nina del bar.

Hoy lleva una gorra negra y un polo con el logotipo de la tienda, combinados con pantalones negros. Lleva el pelo trenzado en una sola trenza gruesa que le llega hasta el centro de la espalda y cuyo extremo cae justo por encima de los hombros. Levanta la vista y frunce el ceño al verme. Decidida a suavizar las cosas, sonrío y la saludo con la mano. Sus mejillas se colorean.

"Eh, es la señora del bar", observa Rocco cuando vuelve de su recado.

El volumen de su voz es cualquier cosa menos discreto, lo que llama la atención de Nina. Con los ojos entrecerrados, le mira fijamente y luego me mira a mí, justo cuando la última persona que nos precede se dirige a la cola de recogida de pedidos, al otro lado del mostrador. Se produce un impasse mientras sonrío y espero a que tome nuestro pedido. Nina, al parecer, no tiene intención de hacerlo hasta que un hombre de la cola que tenemos detrás suspira y mira su reloj.

"¿Puedo tomarle nota?", bromea, sin duda un desaire destinado a recordarme mi comportamiento aquella primera noche en el bar.

"Touché". Rocco se ríe entre dientes y me da un codazo, lo que le hace ganarse una mirada castigadora que no admite discusión. "Un expreso doble y una magdalena de plátano y nueces para mí. No sé qué tomará mi compañero cavernícola. ¿Rocco?"

"Lo mismo", confirma Rocco con una sonrisa.

Nina hace sonar el pedido, repite el total y me tiende la mano. No hace ningún comentario sobre la exclusiva tarjeta de crédito negra que le entrego. En lugar de eso, la desliza por el lector de tarjetas y la presenta con un resguardo de firma y un bolígrafo de tinta. Un chisporroteo de electricidad cobra vida cuando nuestras manos se rozan.

"¿Qué trae a mi amable camarero de barrio a la cafetería tan temprano?". le pregunto mientras le entrego el bolígrafo y el recibo.

"Algunos no nacimos con una cuchara de oro en la boca", sonrío, arqueando una ceja para dar énfasis al comentario.

"Algunos de nosotros no nacimos con respuestas tan ingeniosas. Deberías unirme a nosotros si tienes un rato antes de que nos vayamos". Capto y retengo su atención durante un instante.

Sin reconocer mi comentario, Nina mira por encima del hombro al hombre que está detrás de mí y dice: "¿Estás tomando lo de siempre, Davis?"

"Lo mismo de siempre".

Ser despedido no es algo a lo que esté acostumbrado. Normalmente, soy yo quien da órdenes a la gente que me rodea. La experiencia es inquietante.

Me acomodo en una mesa junto a las ventanas mientras Rocco recoge nuestro pedido. Vuelve a la mesa y casi inmediatamente inicia una conversación en un fuerte susurro.

"No creo que Nina haya olvidado lo que pasó en el bar, señor". Desenvuelve la magdalena, le da un enorme mordisco y la mastica con el mismo entusiasmo que lo hizo con el chicle.

"Creo que tu madre necesita darte algunas lecciones de etiqueta, concretamente de modales en la mesa". La corrección tiene el efecto deseado. Rocco come con menos gusto, incluso se pone una servilleta en el regazo.

"¿Crees que sigue enfadada contigo?"

Mi asiento frente al mostrador me asegura que Nina no ha reparado en nuestra presencia. Sonríe, se ríe y se relaciona con facilidad tanto con los clientes como con los compañeros. Nuestras miradas se cruzan durante un segundo, sus labios se entreabren y su súbita respiración me da la impresión de que tal vez siente atracción. Quizá no estoy solo.

"Nunca se puede estar seguro de las mujeres, Rocco. Estas mujeres americanas son especiales".

* * *

Pasamos unos minutos comiendo y bebiendo en silencio. El bullicio de la cafetería tiene un aire reconfortante. Las tazas tintinean en los platillos. El tintineo de las cucharas al remover la nata y el azúcar en el café humeante. Risas. Conversaciones en voz baja.

El dorado sol de California se eleva en el cielo mientras disfrutamos de nuestro café espresso después de acabar con las últimas magdalenas. Minutos antes de nuestra partida, una tarjeta de crédito negra se desliza por la mesa impulsada por un delgado dedo índice.

"Olvidaste tu tarjeta", murmura Nina. "Pensé que te gustaría recuperarla".

"Gracias". La tarjeta se desliza en su ranura en la cartera que saco de un bolsillo. "¿Significa

esto que estoy perdonado por mis transgresiones?".

La risa musical de Nina baila en el aire. "Apenas. Tengo que irme". Una mano levantada señala su inminente partida. "Que tenga un buen día, Sr. Valentino".

Me pongo en pie y una mano se enrosca en su brazo antes de que pueda girarse para irse. "¿Por qué no me acompañas hoy? No tengo ni idea de qué hacer en Cala de Cristal".

"Oh, yo... Realmente no podría hacerlo. Seguro que tienes planes. Cosas mucho más interesantes que pasar el rato con una camarera y camarera".

"Rocco no sabe cómo entretenerme. ¿Y tú, Rocco? A los dos nos encantaría tener tu compañía".

Se aparta, con los dientes preocupados por el labio inferior mientras sacude la cabeza. "Debería irme".

Romeo maldice y me persigue mientras sigo a Nina hasta la calle.

"Siento haberme comportado como un imbécil en el bar". La disculpa suena más fuerte de lo que pretendía.

* * *

El mundo fuera de la cafetería desaparece en el fondo. Nina ya está a mitad de la calle, pero gira sobre un pie para mirarme. El corazón me da una patada en el pecho. La expectación aumenta mientras estamos allí de pie, a unos metros el uno del otro, pero a un millón de kilómetros de distancia.

"Gracias. Se da la vuelta y se aleja, luego vacila, con los hombros tensos, como si el peso del mundo la oprimiera ahora.

Mis pies me impulsan hacia ella. Romeo tiene el buen sentido de permanecer a una distancia discreta de nosotros.

Nina continúa: "Si no tienes nada planeado, quizá podríamos ir a algún sitio, a cualquier sitio. Conozco algunos lugares que quizá te gustaría visitar. La playa parece maravillosa en esta época del año".

De pie detrás de ella, no puedo resistirme a cogerle la mano. Unos dedos de seda se enroscan en la mía. "Me gustaría".

Nina me mira, protegiéndose los ojos con una mano del resplandor del sol. "No me pareces el típico turista. ¿Quién eres realmente?"

"Intento encontrarme a mí misma. ¿Quién eres, Nina?" Mi voz se reduce a un susurro, retumbando en lo más profundo de mi pecho.

Esta mujer tira de algo profundamente enterrado en mi interior, algo que no comprendo. En cierto modo, me recuerda a mis sentimientos pasados por María, pero en otros, es diferente.

Se ríe de nuevo, apretando los dedos alrededor de los míos. "Pues estás de suerte. Llevo veinticinco años intentando encontrarme a mí mismo. ¿Puedo llamarte Romeo?"

"Eso me gustaría. Ahora, ¿por qué no me enseñas esta playa tuya?".

"Me encantaría".

Por primera vez desde la traición de María, siento que se abre ante mí una nueva puerta. Todo lo que tengo que hacer ahora es atravesarla, hacia el futuro.

* * *

La playa cercana está abarrotada.

Las olas chocan contra la orilla. El sol alcanza su punto álgido del mediodía en el cielo despejado. Una brisa refrescante impide que el calor alcance una intensidad abrumadora. Nina me dice que el tiempo es más fresco de lo normal para esta época del año, hecho que agradezco.

Nina camina por los márgenes de la multitud hacia una solitaria torre de salvamento en la distancia. Su exterior de brillantes colores mandarina y verde azulado contrasta bien con el telón de fondo de arena, mar y cielo. Romeo se baja los pantalones y resopla detrás de nosotros, sin duda deseando haberse puesto hoy algo que no fuera traje y corbata. Me alegro de haberme puesto una camisa negra abotonada con unos pantalones a medida.

Se detiene cerca de la torre del socorrista, con una mano tapándose los ojos mientras contempla el mar. Un dedo señala algo en la distancia.

"Si miras con atención, puedes ver barcos a lo lejos. Los petroleros son los enormes y planos que casi se confunden con el océano", explica. "De vez en cuando verás deslizarse un velero o un yate".

Si miro fijamente el tiempo suficiente, se ven los camiones cisterna a lo lejos. Bajos, planos y macizos mientras cortan el agua camino de otra parte. "Creía que aquí el mar sería azul como en la televisión".

"¿No se romantiza todo con la televisión?", pregunta mientras lanza una mirada comprensiva en dirección a Romeo. "Tu amigo no parece disfrutar de la playa".

"¿Rocco? Algún día aprenderá que llevar traje todos los días no es necesario". Nuestras risas se entremezclan compañeras, al igual que la atracción eléctrica que hay entre nosotras. "¿Qué te gusta de la playa, Nina?".

Señala con la cabeza a la multitud que hay cerca del embarcadero. "No toda esa gente apiñada ahí abajo. Si de verdad quieres ver la playa en todo su esplendor, prueba al amanecer o al atardecer. A mí me gusta pasear por aquí por la mañana. Son los momentos más tranquilos para visitarla".

"Quizá me permitas llevarte a la playa para ver la puesta de sol".

"Ésta es una excursión amistosa, Romeo, y apenas te conozco. Las puestas de sol en la playa suelen reservarse a los enamorados". Se arrodilla y se quita los zapatos y los calcetines, remangando las perneras de ambos pantalones antes de caminar hacia un punto rocoso más alejado.

Sigo su ejemplo e ignoro las gruñonas protestas de Romeo cuando le entrego mis zapatos y calcetines para que los lleve. La acción no pasa desapercibida para mi guía.

"Tengo la sensación de que Rocco no es un amigo. ¿Trabaja para ti?"

"Lo hace". Le tiendo la mano y no me sorprende cuando evita el contacto metiéndosela en el bolsillo. La acción me hace preguntarme por qué Nina es tan reacia. Su comentario sobre las puestas de sol en la playa es otra pista. "¿Por qué dices que los atardeceres en la playa son sólo para los enamorados?"

Nina se adentra en las olas hasta que le cubren los pies y los tobillos. Admira la espuma arremolinada durante un momento, con el ceño fruncido como si se planteara la pregunta. "¿No es eso lo que nos dicen la televisión y la Asociación de Turismo de California? Además, trabajo en el bar todas las noches porque siempre está abierto. No tengo mucho tiempo para actividades inútiles como puestas de sol en la playa".

"Inútil. Interesante descripción". Una mirada en dirección a Rocco me asegura que permanece a una discreta distancia mientras escruta la zona en busca de cualquier señal de problemas. "Me pareces una mujer a la que le gusta ser misteriosa".

Una mano cubre las risitas que brotan de sus labios. "Y tú me pareces un hombre en posición

de autoridad que disfruta utilizando su habilidad para seducir a mujeres desventuradas".

"Me has hecho daño, Nina. ¿No confías en un turista italiano honesto que simplemente quiere dar un paseo por la playa mientras conoce a una mujer bella y misteriosa?". La mano en mi pecho sirve para reconocer con humor la broma de Nina. Provoca más de su risa, un sonido que me doy cuenta de que disfruto oyendo.

"No todos los hombres son sinceros", murmura. "Al menos según mi experiencia".

El momento de frivolidad se evapora, para mi disgusto. Los ojos verdes musgosos se oscurecen de emoción y se empañan con lágrimas no derramadas. Se vuelve hacia el océano y se lleva una mano a la cara.

Alguien ha herido a esta hermosa mujer. Saberlo me enfurece, aumentando exponencialmente el impulso de protegerla. Me acerco y apoyo una mano en su hombro en señal de apoyo. Su mano flota hacia arriba para cubrir la mía durante un instante, pero desaparece con la misma rapidez.

"¿Estás bien?"

La cabeza de Nina se balancea, su espalda se pone rígida y se da la vuelta. Su rostro está ahora desprovisto de emoción, con sólo una nariz de puntas rojizas que da indicios de las lágrimas que dejó escapar hace sólo unos instantes.

"Deberíamos volver ya. Estoy segura de que tienes cosas importantes que atender", dice sin avisar.

El alivio de Rocco cuando nos dirigimos hacia las escaleras que conducen al complejo es evidente en su expresión. Saca un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor de la frente, y nos sigue a cierta distancia.

Una vez que estamos delante del complejo, cojo el brazo de Nina antes de que pueda escabullirse. "¿Cuándo puedo volver a verte?"

"Seguro que me encontrará en alguno de los lugares donde trabajo, Sr. Valentino. Que tengas un buen día". Ella saluda vacilante antes de darse la vuelta y caminar en dirección a la cafetería, con los zapatos aún en la mano.

La observo hasta que desaparece en la distancia. Rocco se coloca en su posición habitual a mi lado, afortunadamente en silencio por una vez. "Averigua todo lo que puedas sobre Nina".

"Sí, señor". Se marcha al instante, con la intención de completar la tarea asignada. El hombre es leal a pesar de su tendencia a molestarme.

Nina es un misterio que pretendo resolver, independientemente del coste o de los métodos necesarios. Mi única plegaria es que pueda controlar mi impulso de poseerla y no arruinarla como hice con María.

La historia no debe repetirse.

Capítulo Cinco

Nina

El regreso de Cameron trae consigo una sensación de inquietud que persiste incluso cuando me presento a trabajar en la cafetería a primera hora de la mañana siguiente. Las caóticas exigencias del turno de apertura mantienen mi mente ocupada hasta que la multitud habitual de madrugadores aparece en la cola para su dosis matutina de café.

Me acomodo a la rutina de preparar pedidos y luego repartirlos a los clientes. Un espresso doble y una magdalena de plátano y nueces echan por tierra mi resolución de seguir centrada en el trabajo y no en los hombres. Una mano profundamente bronceada con un característico tatuaje de ave fénix me quita la taza de las manos.

¿Incluso más extraño? El tatuaje se rellena con el semblante de una calavera. Y entonces el barítono aterciopelado de su voz me obliga a mirar hacia arriba, directamente a un charco de chocolate fundido.

"Buenos días, Nina". Una comisura de sus labios se levanta ligeramente.

¿Cómo puede alguien tener tan buen aspecto? Romeo es todo bronceado, con la sombra de las cinco en punto cuidadosamente cuidada, el pelo despeinado al descuido y una sexualidad descarada. Para colmo, hoy lleva una camisa abotonada de color crema sin remeter sobre unos vaqueros de diseño caídos a la altura de las caderas.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que he estado mirando con la boca abierta. Coge la magdalena y sonrío. Las mejillas se me llenan de color. "Buenos días. ¿Vamos a jugar hoy al acosador?"

La risa de Romeo alivia la tensión. No puedo evitar reírme con él, aunque un hilo de calor se me enrosca en el vientre.

"Me gusta el café y el paisaje de aquí. Deberías esperar verme más a menudo, Nina". Se aleja del mostrador con una risita, dejándome sin palabras, con la mente en blanco.

* * *

Afortunadamente, la hora siguiente pasa rápidamente mientras más gente abarrota la tienda. Me pierdo en el silbido de la máquina de café. Mi turno termina a las once de la mañana. Salgo por la entrada exclusiva para empleados después de fichar y ponerme una camiseta y unos pantalones cortos vaqueros.

Romeo se sienta en la mesa, justo enfrente de la puerta. Habla por el móvil en italiano, levantando ligeramente la voz. Tiene el cuerpo tenso y la mano libre cerrada en un puño. No hay

necesidad de detenerse y fingir que somos algo más que conocidos.

Su voz llamándome por mi nombre me detiene en la acera de enfrente. "¡Nina!"

Se me corta la respiración cuando me giro y lo veo corriendo por la calle hacia mí.

"Pensé que podríamos pasar el día juntos", explica.

"Yo... tengo otras cosas planeadas para hoy". Cuando sus ojos se clavan en los míos, me entran ganas de moverme. Cambio el peso de un pie a otro y me muerdo el labio. Una parte de mi mente me advierte de *que este hombre es peligroso*. ¿Por qué no puedo alejarme?

"No tienes cita en el bar hasta las seis de la tarde. Seguro que hoy podrías dedicarle algo de tiempo a un desventurado turista". Parece casi inseguro, con la boca torcida y una mano que se extiende vacilante para agarrarme del brazo. "Por favor. Me gustaría mucho pasar tiempo contigo, Nina".

Una respiración profunda llena mis pulmones. Los ojos se cierran de golpe. Mi corazón y mi mente corren en direcciones opuestas.

Sí. No. "Tengo que hacer algunas cosas hoy. La universidad. Tengo que matricularme hoy en la universidad y ver cuánto cuesta la matrícula". Mis palabras salen estranguladas y entrecortadas.

"Podría ir contigo", ofrece sin detenerse. Una sonrisa revela unos dientes nacarados perfectos. "Considéralo un esfuerzo educativo para mejorar mis conocimientos sobre la educación en Estados Unidos. Las universidades americanas difieren de las italianas".

Se me escapa un suspiro entre los dientes mientras muevo la cabeza en señal de asentimiento. "Será aburrido".

Un solo paso le acerca lo suficiente como para que nuestros cuerpos se rocen. "Nada de ti es aburrido, Nina, te lo aseguro. Me has quitado el sueño".

De ninguna manera responderé a ese comentario. De ninguna manera. "Déjame coger mi coche".

Levanta la mano en el aire. Unos instantes después, un reluciente BMW se detiene a unos metros de distancia. "Mi chófer nos llevará. ¿Adónde vamos?"

El interior del BMW es lujoso y más lujoso que nada que haya visto antes. Cuero blanco. Costuras en contraste. Olor a coche nuevo. Un hombre del tamaño de un defensa de la NFL vestido de traje se sienta al volante. Maniobra el coche entre el tráfico con la habilidad fácil de un hombre acostumbrado a conducir en ciudad.

Romeo mantiene una conversación informal, la mayor parte de ella dirigida a los lugares de interés de Newport, como haría cualquier turista normal. Se transforma instantáneamente en otra persona cuando el coche llega a la USC. Antes de que pueda salir, su chófer me abre la puerta y Romeo aparece a mi lado. Me pone una mano en la cintura cuando camino hacia el edificio.

* * *

Paso la siguiente hora más o menos solicitando la admisión y la ayuda económica, hablando con un asesor, y me doy cuenta de que mi sueño de ser consejera puede ser demasiado costoso. Con dos trabajos apenas puedo pagar el alquiler, los servicios públicos y otras necesidades. El coste adicional después de la ayuda económica estimada bien podría ser de un millón de dólares. Mi displicente madre y mi padrastro nunca aceptarían ayudar. Romeo sigue apoyándose en silencio durante ese tiempo, incluso permaneciendo en la sala de espera mientras hablo en privado con un asesor de ayuda económica.

Mi sueño yace en ruinas cuando termina la visita.

"¿No deberíamos visitar la librería?", me pregunta cuando me dirijo hacia el coche.

"No hay necesidad de hacerlo. No puedo permitírmelo. Hay otras universidades que puedo consultar otro día". Mi voz lleva el pesado peso de la derrota.

Los brazos de Romeo me enjaulan contra el coche. "¿Cuánto necesitas?"

Jadeo. No es posible que quiera pagar mi educación, ¿verdad? "No puedo permitir que pagues mi educación".

Sus dedos me agarran la barbilla. La leve presión me obliga a mirarle a los ojos. "Puedes hacerlo, Nina. Deja que te ayude".

"De ninguna manera". De algún modo, me libero de la barrera que suponen sus brazos y abro la puerta. "Haré esto sola o no lo haré".

Se hace a un lado. Su risa me sigue hasta el coche antes de unirse a mí. "¿Por qué eres tan cabezota? ¿Por qué? Te ofrezco un regalo sin compromiso".

La parte lógica de mi cerebro insiste en que hay gato encerrado. Recuerdo el artículo de Wikipedia que leí anoche. Romeo está implicado en el crimen organizado. Se ha divorciado recientemente. Tantas razones pasan por mi cabeza, diciéndome que esto es una trampa, una jugada para atraerme a sus nefastos planes. Cameron me enseñó a no aceptar nunca un regalo al pie de la letra.

"He encontrado algunas cosas en Internet sobre ti", los dedos preocupan la correa de mi bolso. "¿Es cierto que estás implicada en el crimen organizado?"

El rostro de Romeo se queda en blanco. Su mandíbula se aprieta. "Ojalá me hubieras hecho las preguntas que tuvieras. Internet puede ser una enrevesada maraña de verdades, cotilleos y mentiras mezclados en un amasijo agradable para las masas. Te contaré todo lo que quieras saber".

"¿Me habrías hablado de tu divorcio?"

Una mano le roza la cara. Se hace el silencio. "Puedo contarte muy poco sobre el negocio de mi familia, salvo que estoy al mando. La relación con mi mujer acabó mal. Es una de las razones por las que estoy aquí en Estados Unidos, para ver a una parte imparcial que pueda ayudarme a solucionar todo esto."

Trago saliva con fuerza. ¿De verdad quiere decir que puedo preguntarle cualquier cosa? Las palabras salen antes de que pueda sopesar lo positivo y lo negativo de la pregunta. "¿Es cierto que secuestraste a tu mujer antes de casarte?"

Se pasa los dedos de la mano libre por el pelo. Romeo mira por la ventanilla. El conductor sigue hacia el complejo turístico como si se tratara de un día cualquiera en la vida de su jefe.

La voz de Romeo es grave y ronca cuando habla. "He cometido muchos errores en el pasado. Mi relación con María fue uno de ellos y las cosas no acabaron bien entre nosotros".

Se me revuelven las tripas ante sus respuestas. Lo único que ha hecho es dar vueltas a los temas sin dar realmente una respuesta. ¿Cómo puedo confiar en alguien que no quiere ser sincero conmigo? El coche se detiene cerca de la cafetería. Salgo del coche antes de que Romeo o su chófer puedan reaccionar.

"¡Nina! Espera, deja que te explique".

"Ya he oído tus explicaciones. Debo declinar su oferta de pagarle la universidad, Sr. Valentino. Que tengas un buen día".

No hace ningún esfuerzo por seguirme. Mi coche se comporta, arranca sin ningún reparo, lo que me permite emprender la huida. Expulso de mi mente todos los pensamientos sobre Romeo Valentino. No hay espacio en mi vida para alguien que se niega a responder a preguntas sencillas.

* * *

Una siesta antes de mi turno de trabajo me refresca el alma. Aprender a controlar mis emociones es una habilidad aprendida tras años de tener que hacerlo de niña. Los pensamientos sobre las actividades del día están firmemente compartimentados en una parte distante de mi cerebro.

El turno en el bar empieza bastante bien. Un puñado de clientes entra entre las seis y las ocho, pidiendo lo de siempre. Nada fuera de lo normal para un miércoles por la noche.

Justo después de las ocho, se me erizan los pelos de los brazos y la nuca. Cameron se sienta en mi sección del bar. La sonrisa de satisfacción de su cara me dice que está aquí para jugar.

"¿Qué le sirvo de beber, señor?". El tono neutro y practicado de un empleado de servicio brota de mis labios cuando me acerco a él. Se me revuelven las tripas al recordar su amenaza de anoche.

"Vamos, Nina, seguro que recuerdas lo que me gusta beber", se burla. El cabrón se echa hacia atrás en el asiento y enciende un cigarrillo sin tener en cuenta los carteles de prohibido fumar pegados por todo el bar y el complejo. Una columna de humo acre sale en espiral de cada orificio nasal.

"¿Le importaría apagar el cigarrillo, señor? Aquí no se puede fumar". Mis dedos se clavan en la toalla del bar. Empieza a notarse la lucha por mantener bajo control mis emociones. Una capa de sudor me cubre la cara y el cuello.

"¿Qué tal un beso por los viejos tiempos a cambio de apagar mi cigarrillo?".

"Cameron, por favor, no", le espeté.

"Pasamos tan buenos momentos juntos. ¿No te acuerdas, cariño? Tú y yo, despiertos hasta el amanecer casi todas las noches". Se inclina hacia delante para apoyar ambos codos en la barra. "Nadie puede hacértelo tan bien como yo. Admítelo".

"Creo que la señora le ha pedido que apague el cigarrillo, señor", interviene el barítono familiar de Romeo.

* * *

Una mirada en su dirección revela una nueva personalidad para el hombre mercurial que aparece sin previo aviso en mi vida. Ahora viste un traje a medida combinado con una camisa de seda abierta por el cuello. Ojos encapuchados. Mandíbula apretada. Las manos juntas delante de él. El chófer de antes y otro hombre están detrás de Romeo. Su postura puede parecer despreocupada, pero de ellos se desprende una agresividad latente.

"Yo me ocupaba de esto". La súplica dirigida a Romeo provoca la risita de Cameron.

"Vete a la mierda, gilipollas", añade Cameron.

Los hombres de Romeo se acercan a Cameron, pero la mano de Romeo que flota hacia arriba los detiene. "Te pediré una vez más que apagues el cigarrillo y te marches. Nina se merece algo mejor que ser acosada mientras trabaja".

"¿Qué coño sabes tú de Nina?" ladra Cameron. Se levanta y se pavonea hacia Romeo.

En cuestión de segundos se produce un desenfoque de la acción.

Romeo agarra a Cameron por la garganta antes de estamparlo contra la barra. Un hombre se vuelve hacia los clientes del bar mientras el otro permanece al lado de Romeo.

Cameron jadea. Agarra frenéticamente el brazo de Romeo.

Romeo se inclina hasta que su nariz queda a escasos centímetros de la de Cameron. "Sé que

la engañaste cuando estabais juntos. Y ahora que tu novia te ha echado, has vuelto con ella esperando que se apiade de ti. Estás decidido a hacerle la vida imposible". Sus dedos se aflojan. Cameron aspira una bocanada de aire. "Así que escúchame con mucha atención. Abandonarás la ciudad esta noche. No volverás a ponerte en contacto con Nina. Si lo haces, mis hombres reforzarán este mensaje. Asiente si lo entiendes".

Cameron mueve la cabeza. Romeo le acaricia la mejilla.

"Buen chico. Ahora repítemelo para que sepa que lo has entendido".

"Me voy esta noche. No volveré a ponerme en contacto con Nina", balbucea Cameron. Su rostro, antes rubicundo, ha perdido el color.

"¿Y si lo haces?" pregunta Romeo mientras alisa la camisa de Cameron.

"Tus hombres me lo recordarán".

"Me alegro de que nos hayamos entendido. Ahora apaga el puto cigarrillo, discúlpate con la señora y ponte en marcha".

"Lo siento, Nina", murmura Cameron después de recuperar el cigarrillo aún humeante del suelo, donde se le cayó. Pellizca el extremo encendido antes de salir del bar con toda la dignidad que puede.

* * *

El aire sale disparado de mis pulmones. No hay tiempo para que un susurro de gratitud pase entre nosotros. Lee aparece sin previo aviso. Me hace una seña imperiosa para que le siga a la trastienda.

"Nina, creí que la advertencia verbal que te hice bastaría para refrenar tu comportamiento", le espetó.

"Eso no tuvo nada que ver conmigo, señor. Dos clientes tuvieron un desacuerdo. Seguí el protocolo de la empresa esperando a ver si podían resolverlo sin molestar a los demás clientes". Las piernas me tiemblan tan violentamente que temo que se me caigan.

Respira hondo. Respira hondo.

El Sr. Lee se sienta detrás del escritorio. Su gélida inspección de pies a cabeza me hace sentir como un trozo de carne en una vitrina. "Además de las violaciones de la política de la empresa, me he enterado de que estás confraternizando con los invitados. Me temo que tengo que despedirte, Nina".

Ninguna profesión de los hechos ni ninguna súplica influyen en la decisión de Lee. Menos de cinco minutos después de mi segunda visita al despacho del director, me encuentro sin el trabajo que tanto necesitaba.

* * *

Mantengo la compostura hasta que llego al vestíbulo. Romeo y sus hombres parecen estar esperándome.

Las lágrimas me nublan la vista. Si nunca hubiera conocido a Cameron ni a Romeo, nada de esto habría ocurrido.

"¿Qué ocurre?" pregunta Romeo en cuanto me ve. Acercándose. Robándome el frágil control que mantengo sobre el dique de emociones que amenaza con romperse en cualquier momento.

Le empujo. Mi rostro se retuerce en una expresión de dolor. "Déjame en paz".

"¿Qué ha pasado?"

Sus preguntas exigen una respuesta. Así que le proporciono la información que necesita.

"Me acaban de despedir por culpa tuya, del Sr. Turista y de mi maldito ex, Cameron. ¿Estás contenta ahora?" Mis palabras son un susurro sin aliento. Un sollozo se me atrapa en la garganta, pero me niego a perder el control.

Mis pies me conducen hacia la salida. Romeo me sigue, una mano se posa en mi espalda hasta que me alejo.

"Puedo ayudarte", insiste.

La emoción se agolpa en el fondo de los ojos de chocolate cuando me enfrento a él. Mi mano flota en el aire entre nosotros. Un gesto suplicante implorando la gracia de algún ser divino. No la obtengo.

"¿No has hecho ya bastante?"

La pregunta sigue sin respuesta cuando me alejo con la entereza de no volver a ver a Romeo.

Capítulo Seis

Romeo

El trabajo de Rocco con un detective privado arroja resultados en cuestión de horas. El primer informe llegó no mucho después de que me desplazara a la cafetería sin otro propósito que ver a la sensual belleza que me tira del corazón.

¿Es posible que mi corazón se haya curado de la traición de María?

Mi preocupación por el antiguo novio de Nina aumenta cuando lo veo en el bar. Oír sus insinuaciones me retuerce las tripas. Hace que el depredador supremo pase a primer plano. Nadie le hablará así mientras yo esté cerca. Nina tiene la espalda erguida.

El hombre al que conozco como gerente del bar aparece segundos después de que el perdedor de su novio se marche con el rabo metido entre las piernas. Nina aparece en el vestíbulo instantes después. Le brillan las lágrimas en los ojos. Se agarra la correa del bolso con los dedos hasta que le palidecen los nudillos.

Enterarse de que el jefe la ha despedido sin motivo despierta la necesidad de venganza. Asoma su fea cabeza, gruñendo como un animal hambriento. Este hombre pagará por lo que ha hecho. No como lo haría en Italia. No. Esto es América, y debo proceder con cuidado.

Desaparece por segunda vez hoy. Mi corazón me ruega que la siga. Hacerlo sólo la alejaría más. Nina necesita tiempo y espacio para ordenar el torrente de pensamientos que se arremolinan en su interior.

Mañana, te lo prometo. Hay tareas importantes que debo realizar para Nina.

* * *

Los guardaespaldas me conducen hacia los ascensores. Una vez dentro de mi suite, hago una llamada a Vinny Salvatore, mi fiduciario en Italia. Una magnífica vista del océano Pacífico me atrae hacia el balcón.

"¡Romeo! Me alegro de tener noticias tuyas. ¿Qué tal California?", pregunta con su habitual tono alegre. Casi puedo imaginármelo pavoneándose por la villa, donde se sienta con las piernas cruzadas mirando por la ventana.

"California es una belleza. Mira, necesito que investigues algo por mí".

"Lo que necesites", me asegura Vinny.

"Quiero comprar el complejo donde me alojo. ¿Puedes investigarlo por mí? Cuando tengas esa información, hazles una oferta que no puedan rechazar. Avísame cuando esté hecho".

"¿Se trata de una mujer?", se ríe. La emoción tiñe su voz. "Rara vez te oigo tan excitado".

¿Cómo puede Vinny ver a través de los miles de kilómetros que nos separan? Me conoce mejor que nadie.

"Necesitamos diversificar nuestras participaciones. Crystal Cove es un destino turístico popular, y el complejo es de primera categoría. No he tenido ocasión de conocer a una mujer, y mucho menos de enredarme tanto como para comprar un complejo turístico en su nombre. Tú, más que nadie, deberías saberlo". Mentiroso.

El humor tiñe la respuesta. Vinny se burla, su respuesta desconcertada a lo que yo esperaba. "Piensas con la *polla* cuando se trata de mujeres. Tú y yo conocemos esa manía tuya. Es preciosa. Diferente. Por favor, dime que la señorita tiene la cabeza sobre los hombros".

"Nina Williams. Quiere ser consejera y tiene dos trabajos para pagárselo. Se niega a que le pague los estudios. Hoy ya me ha abandonado dos veces". La risita de Vinny me quita un peso de encima. "Sé que te cuesta creerlo".

"Creería cualquier cosa que me dijeras", musita. "Ten cuidado, Romeo. Investigaré esto y te avisaré cuando esté hecho".

* * *

A la mañana siguiente me dirijo al otro trabajo de Nina, con la esperanza de verla detrás del mostrador. Su ausencia me inquieta hasta el punto de preguntar por la joven que toma los pedidos en el mostrador.

"Llamó diciendo que estaba enferma", la mujer se encoge de hombros. "¿Ordenas o qué?"

"Hoy nada, gracias". Renuncio a mi habitual taza de café y al desayuno.

* * *

Vito me lleva a su apartamento, un hecho que ahora conozco gracias a las frecuentes actualizaciones de Vinny.

Las palmeras y los cuidados arbustos decoran el exterior del destartado complejo de apartamentos. Al menos no hay curiosos a estas horas de la mañana. Vito aparca junto al destartado Toyota Camry de Nina. Me sigue los pasos mientras me dirijo al apartamento del tercer piso.

Mis dedos rastrean los números desvaídos clavados en la pared junto a la puerta. 302.

* * *

Diez minutos y contando, sigo de pie luchando contra el impulso de tirar la puerta abajo. Nina está dentro sin duda, negándose a contestar en cuanto me vio por la mirilla.

"No está en casa, gilipollas", me sorprende la voz de una mujer. "Y gracias por despertar a todo el mundo aporreando la puerta como un aspirante a policía con una orden que cumplir".

Una mujer menuda, con una peluca despeinada y unos penetrantes ojos negros, está de pie en la puerta del apartamento contiguo al de Nina. Tiene los brazos cruzados. Da golpecitos rítmicos con un pie, como si señalara su irritación por haber sido despertada.

"Le pido disculpas por despertarla, señora, pero es importante que hable con Nina. ¿Por casualidad sabe dónde está?". La mano que le tiende para estrechársela es ignorada. Tal vez una presentación serviría mejor para romper el hielo. "Yo soy... "

La mujer me interrumpe sin vacilar, acercándose incluso un paso para fulminarme con la mirada. "Romeo Valentino. Lo sé todo sobre ti. Soy Kiara, la mejor amiga de Nina y vecina de al lado, por si no lo sabías. ¿Quién es tu amigo? Un guardaespaldas, sin duda. Parece que los mafiosos necesitáis mucha protección".

"Rocco, ésta es Kiara. Kiara, te presento a mi colega".

Kiara asiente a Rocco. La tensión estrangula el espacio que hay entre nosotros. Ensucia el momento hasta que mis nervios se tensan como una cuerda de violín. Kiara se niega a facilitar información de un momento a otro a desconocidos. Me complace saber que Nina tiene una amiga tan devota.

* * *

Kiara nos hace señas para que entremos en su casa cuando pienso que no tiene intención de revelar más información. La puerta se cierra tras nosotros. "¿Os apetece comer o beber algo?", nos ofrece mientras nos conduce al diminuto salón. "Siéntate".

"No, gracias". Rocco y yo respondemos al mismo tiempo.

Ambos tomamos asiento en el sofá. Espero impaciente mientras Kiara se acurruca en un sillón cerca de la ventana. Ahora no es el momento de meter prisa a esta mujer. Es fundamental establecer una buena relación con ella y ganarse su confianza. Hacerlo podría poner fin a mi relación con Nina antes de que empiece.

Pero ya ha comenzado, me recuerda mi conciencia.

"Nina salió a dar un paseo. Lo hace mucho cuando está enfadada o necesita pensar". Kiara se alisa las piernas con ambas manos. "Nina me contó lo que pasó anoche en el bar. Gracias por salvarla de ese loco de su ex".

Mis sentidos se ponen en alerta máxima. "¿Le ha hecho daño antes?"

"La engañó. Un día salió antes del trabajo y le pilló en pleno acto. No se puede negar, pero Cameron lo intentó durante días. Nina tuvo la sensatez de alejarse. La otra noche se presentó aquí borracho, profiriendo amenazas. Llamé a la policía". Una sonrisa ilumina su rostro al admitirlo. "¿Qué intenciones tienes con Nina?"

"Quiero ayudar a la joven. Lo último que pasó fue inesperado e injusto para alguien que trabaja tan duro".

Kiara se ríe, con una expresión de desconcierto en su rostro en forma de corazón. "Perdóname por ser directo, pero creo que es algo más que un deseo de ayudarla. La estás persiguiendo, Sr. Valentino".

La amiga de Nina es espabilada. Quizá demasiado. "Oye, llámame Romeo. Parece que sabes mucho sobre una amistad que empezó hace sólo unos días. Somos conocidos, nada más". La negación de la intensa atracción suena hueca incluso a mis oídos.

"Cualquiera puede ver que te gusta", se ríe Kiara. Me clava sus inquebrantables ojos oscuros. "No le hagas daño, Sr. Valentino. Es lo único que te pido, porque si lo haces, no estoy segura de que lo supere. La han herido más de lo que nadie debería en toda una vida, pero de algún modo sigue adelante. Todo el mundo tiene un punto de ruptura".

"Gracias por cuidar de ella como debe hacer un amigo. Ahora debo irme".

Nuestro anfitrión nos acompaña hasta la puerta. "Ha sido un placer conoceros. Si quieres encontrarla, dirígete al norte por la playa. No le gustan las zonas concurridas alrededor del complejo".

Llego al rellano del segundo piso cuando la voz de Kiara llega desde arriba con otra

información. "Probablemente deberías llevar zapatillas de tenis. Esos caros zapatos tuyos de cuero italiano no irán bien donde está Nina. Sólo es un consejo".

* * *

Rocco y yo nos ponemos un atuendo más apropiado para la playa después de oír la advertencia de Kiara. Unos pantalones cortos caqui, unas zapatillas Gucci y un polo de manga corta no son mi atuendo habitual. Sin embargo, me pondría cualquier cosa con tal de encontrar a Nina.

Vito conduce el coche un par de kilómetros al norte del complejo y aparca el coche en un aparcamiento público. Yo camino por la playa hasta que nos encontramos. A partir de ahí, unimos nuestras fuerzas en la búsqueda.

La multitud disminuye a medida que caminamos hacia el norte hasta que, finalmente, somos las únicas personas en la estrecha franja de arena. El oleaje espumoso se arremolina a pocos metros de nosotros. Los afloramientos rocosos se hacen más frecuentes cuanto más caminamos. Rocas de diversos tamaños se esparcen en el agua a unos cien metros delante de nosotros.

Una figura encaramada en lo alto de una roca capta mi atención. Un brazo alrededor de ambas piernas sujeta sus rodillas contra el pecho. Su cabeza descansa sobre una rodilla. Su postura es la personificación misma de la derrota.

"Quédate aquí". Rocco asiente y permanece donde está, girando la cabeza para inspeccionar nuestro entorno.

Una capa resbaladiza de algas y agua hace que atravesar las rocas y los peñascos sea una aventura peligrosa. Las olas chocan contra la roca donde está sentada Nina. El rocío se arquea hacia arriba, rociando el aire. En cuestión de segundos, mi ropa está mojada, así que sólo puedo imaginar que la suya está empapada.

* * *

Nina no se ha movido desde que me acerqué. Gira la cabeza antes de que pueda acercarme lo suficiente para tocarla. Unos ojos oscuros, desprovistos de esperanza, me observan con indiferencia.

"¿Por qué no puedes dejarme en paz?" Las palabras son huecas. Su voz es ronca y apenas perceptible en el estruendo creado por las olas del océano.

"No puedo alejarme".

Su respuesta es un grito visceral al cielo. Los puños cerrados golpean la superficie de la roca hasta que temo que se haga daño en ese arrebato. Hacen falta los dos brazos que la sostienen para calmar a la fiera que lucha por liberarse.

"Ven, deja que te lleve a casa. Debes de estar helada".

La cabeza de Nina rueda hacia atrás hasta apoyarse en mi bíceps. Sus ojos sin vida miran al cielo. "No importa. Tengo que irme".

"No irás a ninguna parte hasta que podamos hablar". Le acaricio la cara con la mano y el pulgar traza el contorno de un pómulo alto. Se estremece tanto que le castañetean los dientes. "Camina conmigo, Nina. No puedo llevarte desde aquí, las algas lo hacen demasiado peligroso".

Un silbido penetrante hace trotar a Rocco por la playa. Se abre paso entre las rocas. Medio arrastrando, medio cargando a Nina, la sacamos de la roca. Permanece en silencio todo el tiempo. En lugar de enviar a Vito al coche, obligamos a Nina a caminar por la playa a paso ligero. Sus

escalofríos no cesan.

Mi nivel de preocupación se dispara. ¿Tal vez hipotermia? "Pongámonos en marcha, pronto", ordeno.

* * *

Si hay algo de lo que puedo fiarme es de que mis hombres obedecen las órdenes sin rechistar. Una llamada a Nico le informa de la situación. Se reúne con nosotros delante del complejo con una manta térmica. Nina no protesta cuando la envuelvo en ella y la llevo al ascensor. Sólo cuando la llevo a mi habitación da señales de vida.

"¡Bájame!", sisea. Retorcerse, girar, arañar como un animal que teme por su vida presenta su propio desafío.

Un codazo bien colocado me alcanza en el pecho. La deposito sobre la cama, aunque un ardiente estallido de ira exige una retribución por su comportamiento. En lugar de eso, me arrodillo ante ella, le acaricio la cara y la beso. La ira contenida se disuelve cuando mis labios tocan los suyos. Mis dedos se enredan en su pelo húmedo. Mi lengua acaricia la costura de su boca hasta que gime y se abre a mi exploración.

Nina se libera sin previo aviso. Tiene las mejillas sonrojadas y el pecho agitado. Para mi sorpresa, una chispa de vida calienta sus ojos.

"No puedo", susurra.

"¿No puedes qué?" Mis brazos la rodean. Se relaja contra mí, con la cabeza hundida en el pliegue de mi cuello y mi hombro.

"No te conozco así. No puedo..." Otro escalofrío sacude su cuerpo.

"Respeto tus deseos, pero...". Un suspiro entrecortado me calienta el corazón casi tanto como tenerla relajada y entre mis brazos. "Tienes que quitarte esa ropa mojada. Haré que Nico y Rocco te recojan algunas cosas, pero mientras tanto, ponte la bata que cuelga en el baño. Puedes ponerte una de mis camisas debajo".

* * *

La resistencia se ha disipado. Acepta la camiseta que he cogido del armario y desaparece en el cuarto de baño. Momentos después, el sonido de la ducha me trae imágenes no deseadas de Nina desnuda, con la piel reluciente por la mezcla de agua y el costoso jabón corporal que proporciona el complejo. Aparto los pensamientos. No es el momento de atormentarme.

Nina aparece de la ducha con la camiseta debajo del albornoz antes de que mis hombres puedan volver con ropa nueva. Una toalla envuelta alrededor de su cabeza al estilo turbante se suelta cuando ella tira del extremo. Las ondas húmedas caen alrededor de su cara.

"Gracias por lo de antes", se las arregla Nina mientras se peina con los dedos la enmarañada masa de pelo. "No pude quitarme de la cabeza el tiempo suficiente para darme cuenta de que quedarme en la playa no era una elección acertada. Me resulta difícil pensar en una solución cuando sé que tardaré semanas en encontrar un trabajo que pague tan bien como el del bar."

"Podrías trabajar para mí", le ofrezco. "Te pagaré el doble que ellos".

"¿Qué podría hacer yo para merecer un sueldo así?". murmura Nina. Sus cejas se fruncen mientras la vacilación inunda su expresión.

"Necesito un asistente personal mientras estoy aquí en California. Aunque los chicos hacen un gran trabajo manteniéndome a salvo y proporcionándome transporte, necesito a alguien que

conozca bien la zona." Nina se apoya en silencio contra la pared cercana al cuarto de baño. "¿Qué me dices?"

"Me gustaría probarlo", susurra. Pasan unos instantes mientras ella juega con el extremo del cinturón del albornoz. "¿Podemos hablar de lo de antes?"

"Por supuesto".

Nina se aparta de la pared. Se queda junto a las puertas abiertas contemplando las vistas. "Ahora mismo no puedo entablar una relación. Mi mente no está donde tiene que estar. Y dentro de poco volverás a Italia. Nunca funcionaría".

Camino hacia ella mientras habla. Mis brazos la rodean por la cintura y entierro mi cara en su pelo. "No tengo planes de volver a Italia hasta dentro de muchos meses. ¿Y quién dice que no funcionaría?"

"Yo", murmura, jadeando cuando la agarro por los hombros y la hago girar para que me mire. Nina me rodea el cuello con los brazos. Sus dedos se enroscan en el pelo de mi nuca.

Ambas manos ahuecan su rostro. Me deleito con sus bellos contornos, observando la tristeza que brilla en sus ojos musgosos.

"Déjame demostrarte lo equivocada que estás".

Capítulo Siete

Nina

La boca de Romeo asume el control de la mía. Suave. Aterciopelada. Intensa. Sus labios son exuberantes. Su lengua es sensual y exigente. El rasguño de su desaliño contra mi piel no hace más que aumentar la sobrecarga de sensaciones que inspira un beso. Es más que eso. Su calor. Su olor. Sus manos se deslizan desde mis hombros hasta justo debajo de mi cintura, agarrándome por las caderas para sujetarme. Su rodilla se desliza entre las mías mientras me empuja contra la pared.

Me cuesta creer que Romeo se sienta atraído por alguien como yo. Hasta que la gruesa cresta de su polla me presiona íntimamente el vientre. Gruñe por lo bajo en su garganta tras romper el beso.

Mi gemido pide algo más. Romeo está más que encantado de complacerme. Me pellizca a lo largo de la barbilla y la mandíbula, hasta el lugar sensible bajo una oreja. Sus dedos se enredan en mi pelo, apretándolo hasta que me escuece el cuero cabelludo. Unos dientes afilados me raspan la concha de la oreja.

No puedo dejar que esto continúe. ¿O sí?

Mis manos se apoyan en su pecho, apartándolo un momento hasta que puedo recuperar el aliento. Romeo se ríe, un sonido profundo y sensual que retumba en su pecho. Unos ojos encapuchados observan todos mis movimientos. Tengo las mejillas sonrojadas y me corre el sudor por la frente y el cuello. Él lo ve todo. Sabe lo que me produce su contacto.

"¿Por qué me alejas, Nina?". Sus nudillos rozan mi mejilla.

"¿Por qué empujas para acercarte, Romeo?"

"Nunca se me han dado bien los juegos de palabras", explica. "Me confundes más que cualquier otra mujer que haya conocido. La relación con mi ex mujer me ha dificultado comprender a las mujeres normales. No es que tú seas normal, pero María era un tipo especial de jodedora mental. Entre su locura y la mía, bueno, puedes imaginarte los problemas que causó. Es una de las razones por las que estoy viendo a un psiquiatra".

"No me van las folladas mentales. Cameron, mi madre y la casi docena de padrastros que he tenido son más que suficientes. Si estás aquí para jugar, dímelo ahora. No me gustan los juegos". Mi advertencia es sincera. Debería escuchar y prestar atención al mensaje. No tendré ningún problema en alejarme de Romeo si eso significa mantener a salvo mi cabeza y mi corazón.

"No estoy jugando". Su seguridad es seria. Su rostro está lleno de todas las señales que demuestran que habla en serio.

Un golpe en la puerta interrumpe la íntima conversación. Romeo abre la puerta y descubre a

Vito colgando de un dedo bolsas de regalo con el logotipo de una boutique de lujo. Me hace un gesto con la cabeza.

"¿Necesitaba algo más, señor?", pregunta.

"Trae el coche. Nina y yo iremos a cenar. ¿Te has ocupado de las reservas que te pedí hoy temprano?" pregunta Romeo.

"Tienes una mesa para dos reservada para comer, señor. Iré a buscar el coche y nos vemos abajo".

La puerta se cierra. Romeo me trae las bolsas de regalo. Un vistazo al interior de las bolsas me provoca un grito de sorpresa. Dentro de las bolsas hay varios trajes de diseño y otros vestidos, junto con un par de zapatos negros de tacón de Louis Vuitton.

"No puedo aceptarlo. Es demasiado". Romeo pone los ojos en blanco ante mi protesta.

"Considéralo una prima por el puesto que aceptaste antes", responde. "Ahora tengo que vestirme. Te sugiero que elijas un atuendo apropiado para un restaurante de lujo. Estate lista en quince minutos".

* * *

El tiempo que Romeo me ha concedido apenas me da tiempo a secarme el pelo, dejándomelo suelto, y a ponerme un vestido ajustado de manga corta y cuello alto, de color negro, a juego tanto con los zapatos como con la etiqueta del diseñador. Es la primera vez en mi vida que me pongo algo de diseño, por no hablar de Louis Vuitton de pies a cabeza. Romeo espera en el balcón cuando salgo del baño. Lleva zapatos de cuero negro pulido, un traje negro a medida, camisa y corbata coordinadas.

¿Por qué este hombre tiene que tener tan buen aspecto? Y huele aún mejor. Mi estómago gruñe, un recordatorio de que ya ha pasado la hora del desayuno.

"Estás increíble", sonríe Romeo. "Deberíamos irnos ya". Me presenta a un guardaespaldas que no había visto antes. "Vito, ésta es Nina. Recibe el mismo nivel de atención que yo".

"Sí, señor". Los ojos de Vito estaban ocultos tras unas gafas de sol. Su cuerpo estaba relajado y, al mismo tiempo, enroscado como el de una serpiente. Una extraña mezcla que insinúa el peligro que seguramente acecha en las sombras que rodean a Romeo en todo momento.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal al pensarlo. ¿Estoy preparada para esto? ¿Quiero dar un paso más en su mundo? Y como una tonta, lo hago.

Romeo me conduce al ascensor. El elegante artilugio de acero inoxidable y madera con moqueta carmesí. El aire huele a perfume y colonia caros mezclados deliciosamente con su aroma. Las puertas se abren para revelar el vestíbulo y la gente guapa y poderosa que entra o sale.

El momento es surrealista. Desde que empecé a trabajar en el bar, he sido yo quien ha visto a gente rica y guapa pasear por el vestíbulo o pedir bebidas escandalosamente caras de la carta. Les he visto meterse en limusinas con chófer camino de algún sitio exótico.

Y ahora esa persona soy yo. Mi mano metida en el pliegue del brazo de Romeo. Los tacones chasquean en el suelo de mármol pulido. Las cabezas se giran. Los ojos se desvían. La gente se pregunta: "¿Quiénes son? Mi sonrisa misteriosa es la única respuesta que obtienen. Romeo se pasea por todo ello, fresco e imperturbable ante todo lo que nos rodea.

* * *

Vito mantiene abierta la puerta del coche. La cierra y se sienta en el asiento del copiloto junto a Vito, que ahora se ha convertido en una cara familiar en el mundo de Romeo.

El coche sale rodando de debajo del toldo hacia el tráfico mientras Romeo se pega a mi lado. Su pierna se aprieta contra la mía. Sus dedos se posan en mi rodilla, agarrándola ligeramente. Lo suficiente para que mi corazón se acelere de nuevo.

"¿Dónde está Rocco?" Hace un par de días que no veo al primer guardaespaldas al lado de Romeo.

¿Es posible que las cosas se hayan desarrollado tan rápidamente entre nosotros en este breve lapso de tiempo? No es amor. La atracción que derrite las bragas es algo totalmente distinto.

La respuesta de Romeo llega de inmediato, su aliento abanica mi cuello mientras habla. Sólo tiene que girar la cabeza para hablarme directamente al oído. Su voz es grave, un barítono profundo que raspa las terminaciones nerviosas que aún palpitan tras el beso que nos dimos.

"Le he enviado para que atienda unos asuntos por mí. Volverá pronto".

"¿Negocios?" Una ceja arqueada da énfasis a la pregunta. Giro la cabeza para mirarle. Nuestros ojos se cruzan.

"Asuntos personales. Nada de lo que debas preocuparte". Su cabeza se inclina hacia delante y hacia un lado, lo que acerca su boca a escasos centímetros de mi oreja. "¿Te has puesto el tanga de encaje? Me imagino lo decadente que quedaría tu coño envuelto en encaje".

Se echa hacia atrás y una sonrisa perpleja asoma por las comisuras de su preciosa boca.

"¿Así que volvemos a jugar a ese juego? Pueden jugar dos". Las palabras murmuradas le sirven de única advertencia. Mi mano se posa en su rodilla, deslizándose por la suave tela que descansa sobre los músculos de su muslo. El movimiento se detiene cuando mis dedos tocan el evidente bulto que descansa allí.

La respiración entrecortada de Romeo, seguida de los dientes apretados, es la única reacción que recibo.

Juega más sucio, me recuerdo.

La punta de una uña recorre toda su longitud, primero hasta su ingle y luego de nuevo hasta la punta. Alrededor de la sensible cabeza del hongo, apartándose cuando la uña llega a lo que estoy segura que es la raja. ¿Hay allí un punto de humedad?

Me toca sonreír. La cara de Romeo se sonroja.

"*Fanculo*", murmura.

"No hablo italiano". El recordatorio provoca su risa. Se funde con la mía y termina besándome en la frente.

"Dije joder", admite. "Me llevas al borde de la locura. Me pregunto qué pensará el Dr. Roth al respecto".

"¿Es el psiquiatra al que estás viendo?"

"El único. Espero que pueda ayudarme a solucionar las cosas, Nina. Sin embargo, no creo que pueda ayudarme con el deseo irrefrenable de hacerte mía. Tú eres la única que puede hacerlo".

Su admisión acaba con la frivolidad del momento. Así que quiere poseerme.

Pero, ¿cómo será la posesión desde el punto de vista de Romeo? ¿Me secuestrará como hizo con su ex mujer? ¿O dejará que la relación se desarrolle por sí sola?

* * *

No hay tiempo para pensar las cosas o hacer más preguntas. El coche llega a un restaurante

de lujo con vistas a la playa. Vito nos acompaña dentro mientras aparca el coche.

La madera dorada, el cristal y el latón dan a este lugar un ambiente diferente. La gente llena la mayor parte del comedor. Un suave zumbido de conversaciones y risas se combina con la música rock que emite el equipo de sonido. Puede que sea de lujo, pero el confort hogareño del lugar me relaja.

La anfitriona nos conduce a una mesa con unas vistas fantásticas. Un momento después aparece un camarero con menús y agua en copas de vino de gran tamaño.

Un vistazo a los precios del menú me acelera el corazón. Romeo, siempre atento a su entorno, toma nota y actúa casi simultáneamente.

"¿Ocurre algo?"

"Yo... no puedo permitirme este sitio". Se me escapa un suspiro. Dejo el menú sobre la mesa y cruzo las manos sobre él.

"Nina, mírame", me ordena. Obedezco sin rechistar. "Sería descortés por mi parte invitarte a comer y luego esperar que pagues tu comida. Pide lo que quieras".

Su seguridad me recuerda que cualquier hombre que pueda permitirse alojarse en el Lune, conducir un BMW de 2022 y comprar ropa de diseño para una mujer a la que apenas conoce puede permitirse fácilmente cenar aquí. Trago saliva y asiento con la cabeza.

El camarero vuelve con un bloc de pedidos en la mano. "¿Estás listo para pedir o te doy unos minutos para decidirte?"

Romeo responde enseguida, y luego me mira fijamente. "Tomaré la lubina con costra de parmesano y bacon".

"¿Y para beber?"

"Agua con limón". Mi respuesta llega automáticamente, con los ojos clavados en los de chocolate de mi cita. Él sonríe, aparentemente satisfecho con mi pedido.

"Estás aprendiendo a aceptar mis regalos. ¿Es una señal de que algún día aceptarás mi oferta de pagarte la educación?"

"Bajo ninguna circunstancia". La decisión de pagarme los estudios es un punto sobre el que no voy a vacilar.

"Tendré que ver si te subo el sueldo".

Romeo parece creer que puede cambiar las reglas del juego. ¿A quién quiero engañar? Siempre está cambiando las reglas.

La manipulación debería hacerme más recelosa. En lugar de eso, me relajo y disfruto de la comida y de nuestra conversación.

Capítulo Ocho

Romeo

Nina es más que testaruda en algunos aspectos. Me parece un reto. Un reto que pretendo ganar.

Aceptó mi oferta de trabajo. Ahora se sienta frente a mí en un restaurante de lujo y lleva ropa de diseño que yo le compré. ¿Mi próximo reto? Despertarme con Nina en la cama. Y no tardaré mucho si tengo algo que ver con ello.

Llegan nuestras comidas. Antes de que pueda cortar mi solomillo medio hecho, suena mi teléfono. En la pantalla aparece el número de Vinny. Contesto con la esperanza de oír buenas noticias sobre la adquisición de Lune.

"Vinny. Espero que tengas buenas noticias para mí". Nuestra conversación continúa en italiano, ya que quiero que Nina no tenga conocimiento de mis planes.

"Sabes que soy portador de buenas noticias", se ríe Vinny. "El grupo empresarial propietario del complejo está más que dispuesto a venderlo por el precio adecuado".

"¿Cuál es el precio que piden?" Una oleada de calor me recorre la pelvis cuando levanto la vista y veo que Nina saca la lengua para rescatar unos copos de parmesano que tiene pegados a la comisura de los labios.

Mi falta de atención atrae enseguida el interés de Vinny. "Llegaron a treinta millones. ¿Me estás escuchando? Ah, claro que no. Otra vez estás pensando con la polla. Espero que sea una provocadora implacable".

"No tienes ni idea". Mi respuesta está teñida de risa.

Nina suspira, deja los cubiertos sobre la mesa y se reclina en la silla. Mira el océano por la ventana un momento antes de murmurar: "Supongo que me voy a empolvar la nariz".

"¿Era ella?" pregunta Vinny. "Parece aburrida, Romeo. Deberías dejar el teléfono y prestar atención si quieres llevártela a la cama. Ese es tu plan, ¿no?".

Mi buen humor se desvanece al instante ante sus suposiciones. Ya es hora de recordarle a Vinny quién coño manda. "Apenas me pongo grosero contigo, Vinny, porque eres un miembro importante de mi organización y un querido amigo. Hoy, sin embargo, me fastidias de cojones. Cierra la puta boca y compra el complejo. Llámame cuando esté hecho".

* * *

Nina vuelve unos minutos después. Me levanto para retirar su silla, pero ella me detiene con una mano en el aire.

"No te molestes. Puedo arreglármelas sola mientras tú sigues teniendo conversaciones secretas en italiano". Parece un poco ofendida, incluso petulante. En lugar de disfrutar de la comida, se queda mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho.

"¿Estás enfadado conmigo?" Quiero abordar el problema ahora en lugar de dejar que se encone.

Mi conducta difiere de cómo me he comportado en el pasado. Mi mente vagabundea hasta la época en que envié a María lejos, a Polonia, mientras me ocupaba de la guerra que estalló después de que castigara a un rival que se atrevió a tocarla. Ella reaccionó mal cuando llegué a Polonia. Aunque nuestra relación sobrevivió a aquella noche después de que ella admitiera su amor por mí, fue una de las muchas fracturas que debilitaron nuestro vínculo. Una de las razones por las que María me dejó.

¿Es posible que Nina esté motivando mi deseo de cambiar?

"Eres perspicaz para ser una turista italiana", bromea. Sin previo aviso, se inclina hacia delante hasta que sus pechos se tensan contra el corpiño del vestido negro. La apetitosa visión es más que suficiente para que la entrepierna de mis pantalones se vuelva insoportablemente estrecha. "Dime una cosa, Romeo. ¿Se consideran buenos modales en Italia invitar a comer a una dama y luego ignorarla mientras conversas en un idioma que no conoce con un desconocido?".

"En absoluto, Nina. Si me das un segundo, puedo explicártelo".

Nina se echa hacia atrás, con una ceja levantada como si ya estuviera cuestionando mi explicación. "Estoy deseando oírlo".

"He elaborado un plan después de que el Sr. Jenkins te despidiera injustamente. He llamado a unos empresarios de Italia y les he pedido que estudien la posibilidad de comprar el complejo. Tu antiguo gerente será despedido el día que yo asuma el control. Quiero que estés allí cuando esto tenga lugar. La llamada era de mi buen amigo, el Sr. Vinny".

La risa lírica de Nina rompe la tensión que se crea entre nosotros. "Sabes cómo mantener a una chica en vilo", admite.

"¿Estoy perdonado?" La sonrisa infantil de mi cara se encuentra con su sonrisa y más risas.

"Lo estás haciendo. ¿No deberíamos estar disfrutando de esta buena comida?".

* * *

El día pasa más deprisa de lo que esperaba. A lo largo del día, Nina me asombra con su rápido ingenio y su gracia. Eso, unido a su rápida comprensión de las exigencias de ser mi asistente personal, me asombra. Ha organizado varias salidas los días que no tengo cita con el Dr. Roth. Me asombra saber que ha preparado un itinerario para cada día, que espera mi aprobación.

Rocco regresa antes de que Nina esté lista para volver a casa. Me entrega una carpeta negra, que guardo en el maletín cerrado de mi habitación. Ya tendré tiempo de leer el contenido del informe completo del investigador privado esta noche, antes de acostarme.

* * *

Nina me permite acompañarla en el viaje de vuelta a casa. Insisto en acompañarla hasta la puerta.

"No olvides mi cita con el Dr. Roth mañana a las nueve. Me gustaría que me acompañaras en el trayecto hasta allí. Quizá podamos comer juntos mañana". Me mira como si esperara que

volviera a besarla. "¿Has oído lo que he dicho, Nina?".

"¿Hm?"

"Admítelo, chica. Estabas fantaseando con que te besara".

Nina se levanta de puntillas para rozarme la mejilla con un beso. "En realidad, fantaseaba con mucho más que besos".

Entra en su apartamento sin mediar palabra. El cerrojo encaja en su sitio mientras su risa se burla de mí a través de la puerta.

Unos minutos después, un mensaje de alerta suena en mi móvil.

Nina: Nos vemos a las ocho.

Nina era una excelente multitarea. Un talento que pensaba poner a trabajar muy pronto de una forma más íntima.

* * *

La implacable cara de póquer del Dr. Roth obligó a mis nervios a tensarse una vez más. La maldita psicóloga tenía una forma de hacer preguntas que me daban ganas de hablar.

"¿Te importa si repasamos lo que hemos hablado hasta ahora para asegurarme de que lo entiendo todo?"

"Adelante". Pronunciar dos palabras me pareció inusual después de los cientos que había compartido en los primeros treinta minutos de nuestra sesión juntos.

"Cuando te dispararon, tuviste visiones de una mujer que, según dices, te ayudó a luchar para sobrevivir. Juraste encontrar a esa mujer y convertirla en parte de tu vida. Más tarde, viste en el aeropuerto a Mario Esposito, la mujer que juraste que era la misma de tus visiones, y decidiste secuestrarla. Luego le diste 365 días para que se enamorara de ti". Por una vez, el bolígrafo del Dr. Roth no rayó notas en el bloc de notas amarillas que sostenía sobre el regazo. "¿Lo estoy haciendo bien hasta ahora?"

"Perfecto".

"La Sra. Esposito se enamoró de ti y más tarde fue secuestrada y tiroteada. Te viste obligado a decidir entre su vida y la de tu hijo nonato. Un niño del que no sabías nada hasta ese momento. No puedo imaginar lo difícil que fue para ti tomar esa decisión". El Dr. Roth se detuvo un momento, sus ojos se llenaron de sinceridad y compasión mientras me miraba.

"Fue lo más difícil que he tenido que hacer nunca, aparte de enterarme de la muerte de mi padre". La confesión reabre viejas heridas. Nos sentamos en silencio unos instantes. El Dr. Roth parece comprender innatamente la necesidad de recoger mis emociones.

"Con el tiempo, María y tú os distanciasteis. Perder un hijo es uno de los acontecimientos más dañinos que puede experimentar un matrimonio. La mayoría de los matrimonios no sobreviven. Puedo entender tu comportamiento de los últimos meses, Romeo. No parece que tuvieras el apoyo que necesitabas de una fuente imparcial. La mayoría de las personas de tu vida están ahí por una razón, pero no es para ayudarte en los momentos difíciles. ¿Qué opinas de todo lo que hemos hablado hoy?"

El bolígrafo del Dr. Roth se posa sobre el papel, preparado para tomar notas de nuestra sesión. Mi cabeza da vueltas con su comprensión de mi vida y de la gente que hay en ella.

"Tienes razón cuando dices que las personas de mi vida tienen un propósito. Nunca me lo había planteado de la misma forma que tu observación. ¿Cómo demonios pude dejar que las cosas se descontrolaran tanto?". Me levanto y camino por el despacho como hice durante la primera cita. La tensión se acumula en mi interior hasta que me siento como un león enjaulado

empeñado en escapar a toda costa. "¿Y cómo puedes ver dentro de mi cabeza con tanta facilidad?"

El Dr. Roth ladea la cabeza como si considerara la pregunta antes de responder. "No puedo ver dentro de tu cabeza tan fácilmente. Se hizo evidente cuando hablaste de tu vida en Italia".

"¿Cuál es el siguiente paso? ¿Cómo me curas de todos los males que me aquejan?". Tomo asiento en el sofá. Apoyo un brazo en el respaldo del sofá mientras espero su cura milagrosa.

"Nada de curas milagrosas, Romeo. Examinaremos los aspectos positivos y negativos de que las cosas permanezcan igual, y luego nos fijaremos en las mismas cosas para cambiarlas. Hará falta mucha introspección y trabajo por tu parte, pero creo plenamente que eres capaz de hacerlo."

Ahora tiene mi atención. "Dame un ejemplo".

"Tomemos como ejemplo el secuestro de María. ¿Cuáles fueron los aspectos positivos y negativos del secuestro?"

Se me retuerce el estómago al pensar en volver a aquel fatídico suceso y su desenlace. Ya no tengo ganas de saber más sobre los métodos del Dr. Roth, pero le seguiré la corriente. ¿"Aspectos positivos"? Veamos. María pasó a formar parte de mi vida más pronto que tarde. Se separó del novio idiota que ignoraba sus necesidades y no podía mantener la polla en los pantalones. Me hizo sentir mejor saber que estaba conmigo. En realidad, era milagroso. Yo había vuelto de un viaje a Estados Unidos y María regresaba a Italia de unas vacaciones. Fue el destino. Sin nuestro encuentro, quizá nunca me habría conocido ni me habría amado".

"Interesante. ¿Y los aspectos positivos y negativos de no haberla secuestrado nunca?". El Dr. Roth se frota la barbilla pensativo tras garabatear unas notas en el bloc de notas.

¿"Negativo"? Empecemos por ahí. Nunca habría conocido a María ni se habría enamorado de mí. Me habría visto atrapado en una relación sin amor con otra mujer. María habría estado atrapada en una relación sin amor con un hombre que sólo pensaba en sí mismo. Sin duda, mi obsesión por una mujer sin nombre habría empeorado".

"Perspicaz, Romeo. ¿Y los aspectos positivos de no haber secuestrado nunca a María?" El Dr. Roth está empeñado en llevarme al punto de no retorno. ¿O es que cree que puedo soportarlo?

"Si nos hubiéramos conocido de otra forma, nuestra relación podría no haber degenerado en la cogida mental controladora en que se convirtió. Puede que María nunca hubiera llegado a odiarme. No la habrían secuestrado ni disparado. El bebé..." Se me quiebra la voz. Necesito respirar hondo unos instantes para controlar mis emociones. "Nuestro matrimonio habría sobrevivido. No habría acabado bebiendo, drogándome y prostituyéndome para superar mi dolor. Tantos quizás, Dr. Roth".

"En efecto, las hay. Has mencionado varias cosas que valdría la pena examinar como áreas susceptibles de cambio. Como tu consumo de drogas y alcohol y tu promiscuidad sexual. ¿Cuánto tiempo hace que no consumes sustancias?"

"Cocaína, el día antes de volar a California. Alcohol, la noche de mi llegada al bar. Tomé unas copas, pero dejé de hacerlo. En cuanto a las mujeres, Dr. Roth, no ha habido ninguna desde mi llegada aquí".

"Eres un hombre joven y sano, Romeo. Debe de ser difícil para ti, dado que California está llena de mujeres hermosas".

¿Me está provocando? Garabatea algunas notas más en el bloc de notas mientras espera mi respuesta.

"He conocido a una joven que me interesa. No ha habido sexo, si es eso lo que preguntas".

Me aliso las palmas de las manos sobre las piernas para secar la humedad allí acumulada. La línea de interrogatorio del Dr. Roth ha aumentado mi ansiedad.

"No te lo estaba pidiendo, pero gracias por compartirlo. Como deberes entre ahora y cuando volvamos a vernos, me gustaría que cogieras esta lista de valores. Identifica cinco o diez que sean importantes para ti. Luego me gustaría que escribieras cómo saben los demás que son valores importantes para ti. Piensa en cosas que haces y dices. ¿Tienes alguna pregunta?" El Dr. Roth chasquea el bolígrafo y lo coloca en la mesa junto a su silla, junto con el bloc de notas.

"Me preguntaba cuándo me asignarían deberes. Tu folleto lo mencionaba". Me levanto en el mismo momento en que él lo hace. "Concertaré una cita con tu recepcionista. Dentro de una semana, supongo".

El Dr. Roth sonríe y me acompaña hasta la puerta. "Te estás poniendo las pilas, Romeo. Te veré la semana que viene".

* * *

Estoy impaciente por salir de la oficina. Nina espera con Vito en el BMW. Me mira con preocupación cuando me limpio la cara con un pañuelo que sostengo con mano temblorosa.

"¿Estás bien?", murmura.

Una risa nerviosa y un movimiento de cabeza son las únicas reacciones que puedo dar ahora. Mi estómago sigue retorciéndose y revolviéndose. Todo lo que salió a relucir en la sesión con el Dr. Roth me ha inquietado hasta un punto que nunca imaginé posible cuando llegué a California. Mi mente ya se acelera al examinar cada cosa que discutimos.

Una cosa es cierta. No puedo cometer con Nina los mismos errores que cometí con María. Hacerlo significaría el fin de una relación que tira de mi alma.

Capítulo Nueve

Nina

Un par de semanas pasan como un borrón.

En ese tiempo, he respondido a las preguntas de Kiara sobre mi nuevo trabajo y he organizado el horario de Romeo para satisfacer sus exigencias. Insiste en que coma y cene con él todos los días. A veces organiza el servicio de habitaciones, pero la mayoría de las veces comemos en restaurantes de lujo. Ni una sola vez ha utilizado la hermosa y muy funcional cocina del ático. Un ático que cuenta con un magnífico gran salón que separa la suite principal y el estudio de tres dormitorios más pequeños.

Y esas son las características que conozco.

En ese tiempo, Romeo me ha robado unas cuantas docenas de besos. Besos que han derretido mi resistencia al tiempo que han destrozado mi capacidad para fingir que lo nuestro no es más que un flirteo casual. Va más allá de eso. Ambos lo sabemos. También ha soltado algunos comentarios atrevidos, seguidos de su característica sonrisa burlona y juvenil. El hombre es implacable en su persecución de mí.

Debo admitir que sus avances son una diversión agradable.

Me da ganas de volver a sentir. De arriesgarme y ver adónde va esto. ¿Y quién no querría verse del brazo de Romeo Valentino? Ese hombre es guapísimo. Irradia una confianza rayana en la arrogancia, enroscada como una serpiente pero aún no preparada para atacar.

* * *

La tercera semana de mi empleo empieza con una explosión. Romeo hace que le entreguen un iPhone 13 y el último MacBook Pro en su despacho poco después de mi llegada, el lunes por la mañana. Me quedo con la boca abierta, con los dedos acariciando los elegantes dispositivos, y me resulta imposible hacer algo más que tartamudear.

"Yo... um, yo... No tenías por qué hacerlo". Las palabras son ahogadas, precipitadas y casi ininteligibles.

Romeo se echa hacia atrás en la silla con las manos detrás de la cabeza. "No puedo esperar que gestiones gran parte de mi vida sin las herramientas adecuadas, Nina. El teléfono y el portátil están preparados a través de la empresa".

"Gracias". Mis mejillas se llenan de calor con mi acuse de recibo. Pero Romeo aún no ha terminado. Le da la vuelta a la tortilla con otra sorpresa.

"Tenemos una reunión en la sala de conferencias dentro de unos minutos". Se levanta y me

coge de la mano. "Deja aquí los aparatos. Tengo un equipo reunido para ayudar a resolver los detalles, así que puedes observar y aprender".

* * *

Nico nos acompaña en el ascensor hasta la sala de conferencias de la segunda planta del complejo. Se me corta la respiración al ver al equipo elegantemente vestido sentado en el extremo opuesto de la mesa. El director general del complejo, su ayudante y Lee Jenkins se unen a nosotros instantes después. Romeo se sienta en la cabecera de la mesa. Yo me siento a su derecha.

Romeo no pierde tiempo en empezar. Cuando empieza a hablar, un miembro de su equipo se levanta y entrega una carpeta al personal presente.

"Gracias por acompañarme", empieza Romeo. "Me doy cuenta de que esta mañana tenéis más preguntas que respuestas. Hoy trataremos algunas de ellas. Mi equipo estará aquí para hacer un seguimiento de los detalles relacionados con mi adquisición de este encantador complejo turístico.

La cara de Lee se queda sin color. Los latidos de mi corazón se aceleran hasta que la sangre me palpita en las sienes.

"Ahora soy el propietario del Lune. Mi responsable de RRHH examinará el expediente de cada empleado y discutirá los detalles conmigo antes de que se tomen eventuales decisiones. Por supuesto, habrá cambios". Mira fijamente al Sr. Lee. "Y el primer cambio es relevarle de su puesto, Sr. Jenkins. Encontrarás la indemnización de un mes en tu carpeta. Ya puedes marcharte".

El Sr. Jenkins estalla en una diatriba salpicada de todo tipo de blasfemias. Se le pone la cara roja. Nico le agarra del brazo y le susurra algo al oído. La cara del Sr. Jenkin pierde color y se levanta.

"No te saldrás con la tuya", balbucea. Hace un vano intento de liberar su brazo del agarre de Nico sin éxito. "Llevo aquí más de diez años. Tengo antigüedad".

"Te han despedido, Sr. Jenkins. Coge tu cheque y vete con dignidad o mis hombres disfrutarán tirándote de culo a la calle". Romeo empina los dedos. Su rostro está impassible, como si se tratara de un hecho cotidiano normal.

* * *

Nico conduce al Sr. Jenkins fuera de la habitación. La puerta se cierra con un ruido sordo tras ellos. *¿A quién quiero engañar? Esto es lo normal en la vida de Romeo Valentino.*

"En cuanto al resto de vosotros, trabajaréis con mi equipo para facilitar la transición. Veréis que no es fácil trabajar para mí. Tengo grandes expectativas y exijo lo mejor de todos mis empleados. Recibiréis un aumento del 5% a partir de hoy. ¿Alguna pregunta?" Romeo se levanta, una clara señal de despidio. Nadie hace ninguna. "Por favor, ponte en contacto con la empresa si las tienes. Que tengas un buen día".

* * *

Me uno a Romeo cuando sale. Tomamos el ascensor. Mi cabeza da vueltas con decenas de

preguntas y pensamientos sobre por qué compró el complejo. Me conduce a su suite en vez de al despacho. Hay una mesa para dos cerca de las ventanas. Una botella de champán reposa en una cubitera.

¿Explotada? La descripción de mi estado emocional en este momento es un término deslucido para el torrente de pensamientos y sentimientos que me abruman.

"¿Por qué compraste el complejo y despediste al Sr. Jenkins?"

Romeo me abraza. Sus manos se posan en mi cintura mientras sus ojos se clavan en los míos. El hambre que reflejan me asusta y me excita a la vez.

"Porque te despidió injustamente. Cualquiera que te haga daño, Nina, responderá ante mí".

Se me aprietan las tripas. El calor brota e irradia hacia fuera desde mi núcleo. "Nadie ha hecho algo así por mí. Jamás. Decir gracias no parece suficiente".

Sus labios rozan mi mejilla. "Tómate una copa de champán conmigo en el jacuzzi para celebrarlo. También hay un regalito esperándote en el baño".

"¡Vaya!" digo mientras brindamos.

El regalo que Romeo me ha hecho es un seductor bikini Missoni. El color verde azulado oscuro resalta el brillo de mis facciones. Vacilo un momento, mirándome en el espejo, preguntándome quién es esta negra ruborizada y tímida del espejo.

Mientras tanto, Romeo me espera en el jacuzzi. Dos copas de champán, el cubo de hielo y la botella están al alcance de la mano junto a la bañera. Se levanta para ofrecerme la mano cuando entro en la bañera.

Su boca toma la mía en un beso abrasador antes de que pueda sentarme. Mis manos se enredan en su pelo. Las hebras oscuras son sedosas y gruesas al tacto. La sinuosa caricia de su lengua contra la mía hace que se me ericen los pezones.

"No sabes cuánto te deseo", susurra Romeo. "Estoy limpio. Tengo una copia de mis resultados, si quieres verla".

"Yo también tomo la píldora y estoy limpia". Mis palabras son enredadas, roncadas por la cruda necesidad que despierta.

"El jacuzzi no es el lugar donde soñé hacerte el amor por primera vez". Romeo guía. Yo le sigo sin reservas.

* * *

Segundos después, estamos en la cama, los dedos de Romeo desatan hábilmente mi bikini. Me chupa el pezón. El calor húmedo de su lengua me hace suspirar. Se me cierran los ojos ante la intensidad de las sensaciones que despierta su tacto.

Su piel es como la seda bajo mis manos cuando se deslizan dentro del bañador. Romeo se ríe y colabora en mi afán por tenerlo tan desnudo como yo.

Su cuerpo es pura perfección. Piel bronceada y tatuada. Musculoso y tonificado, pero no en exceso. El pelo oscuro de semental italiano le cubre el pecho, el abdomen, las piernas y los brazos. Un rastro por el centro de los definidos músculos abdominales conduce a otra sorpresa. Una polla larga, gruesa y llena sobresale de su ingle. Una gota cristalina de líquido se acumula en su punta. Mis dedos la rodean y empiezan a acariciarla.

Este hombre es bueno y aterrador al mismo tiempo.

La mano de Romeo se cierra sobre la mía para calmar mis acciones. "La primera vez que nos corramos será con mi polla dentro de ti".

"¿A qué esperas?"

El comentario burlón produce resultados instantáneos. Su cuerpo cubre el mío, sus caderas delgadas se deslizan entre mis muslos. Encuentra fácilmente mi resbaladiza entrada y se hunde en mi interior de un poderoso empujón. Su ardiente estiramiento roza el dolor.

"No puedo ir despacio, Nina. No contigo".

"Oh, joder, Romeo", gimo.

* * *

Media docena de embestidas cegadoras me tienen retorciéndome y gimiendo. Sus dedos se clavan en mis caderas mientras su boca rinde homenaje a mis tetas. La sensación cegadora se acumula y me arranca un orgasmo sin avisarme.

Me tumbo sin huesos, jadeando. La acerada polla de Romeo sigue golpeándome, inclinando la pelvis para que su pubis me roce el clítoris con cada movimiento.

"Otra vez", ordena.

"Espera... no puedo, es demasiado pronto".

Romeo me demuestra lo equivocada que estoy. Rasguea mi cuerpo con tanta pericia como un violinista lo haría con su instrumento de cuerda favorito. A veces es delicado y cariñoso. Otras, exigente, casi desesperado, en su afán por poseerme. Pierdo la cuenta de las veces que he dicho su nombre o de los orgasmos que me ha provocado. Tengo el coño hinchado y dolorido cuando me duermo esa misma noche, envuelta en el abrazo de Romeo.

Todo el día me ha sumido en un estado contemplativo de autorreflexión. Una pregunta se repite una y otra vez.

¿Cómo me enamoré de Romeo tan rápido, tan fuerte?

Capítulo Diez

Romeo

Nina. La mujer de mis sueños. Yace desnuda en mi cama, dormida, con el olor almizclado del sexo en el aire. Anoche la llené con mi semen más veces de las que puedo contar.

Y aún así, quiero más.

Los primeros rayos del sol de primera hora de la mañana llenan la habitación de un resplandor dorado. Nina está tumbada de lado, con un brazo sobre la almohada, y su culo desnudo se curva hacia mi entrepierna. Un torrente de calor fluye por mis venas del mismo modo que fluye la lava de un volcán en erupción. Fundido. Implacable.

Mi boca encuentra la zona sensible en la unión de su cuello y su hombro. Ella se agita cuando mis dientes mordisquean la piel sedosa en el afán de despertarla. Mi polla se endurece contra la hendidura de sus nalgas. Para mi disgusto, Nina no se despierta. Dos dedos introducidos en las resbaladizas y estrechas profundidades de su coño la hacen gritar. Murmura mi nombre.

Joder... Romeo... Sus dedos se clavan en la almohada.

"Pensabas pasar el día durmiendo. Dormir no es lo que tenía en mente".

Los dedos enterrados en su interior se deslizan libres antes de que una rodilla se abra paso entre sus muslos. Mis dedos se clavan en sus caderas. Suena un gemido gutural cuando la pongo de rodillas.

"Romeo, por favor".

"No puedo ser suave con tu culo al aire". Me inclino sobre ella y le beso los hombros mientras con una mano me aprieto la polla.

Empujones burlones deslizan mi glande por los pliegues del coño de Nina. La manipulación burlona de su clitoris provoca la respuesta que deseaba. La mano de Nina agarra mi polla y la guía hasta su posición. Un chasquido de mis caderas une de nuevo nuestros cuerpos.

Nina se retuerce, arqueando la espalda para llevarme más adentro. El frenético golpeteo de mi ingle contra su culo resuena en el aire. Ella gime y gimotea, con los músculos internos tan apretados que chispas brillantes de luz blanca irrumpen en mi campo de visión.

"Niña traviesa. Debería darte unos azotes por intentar quebrantar mi resolución".

Nina chilla cuando mi mano baja de golpe sobre su culo. Admiro la huella roja que la mano ha dejado en su impecable culo colorado.

Ella se agita y rechina contra mi pelvis hasta que cegadoras oleadas de éxtasis me recorren la espalda. Me abrasa la próstata y explota cuando alcanza su punto álgido. Las paredes de seda, envolviendo mi polla, ordeñan la última gota de mi liberación.

Nos desplomamos en un charco sudoroso de carne post-orgásmica, extasiados por una de las

experiencias íntimas más energéticas de mi alma.

"¿Todos los italianos son así de cachondos?" gime Nina. "Creo que no podré andar en días".

"Deberíamos poner a prueba esa teoría". Mi risa se mezcla con los besos apretados contra su piel sudorosa. "Vamos a ducharnos y veremos. Todavía la tengo dura".

"No puedo, otra vez no, todavía no", gime.

"¿No puedes qué Nina? Levántate o si no".

Tiene los labios entreabiertos cuando se da la vuelta para mirarme. Las pupilas dilatadas casi devoran la última pizca de negro de sus ojos. Tiene las mejillas sonrojadas. Una ligera capa de sudor brilla en su piel. Mi polla se estremece ante esta mujer caliente que yace desnuda ante mí.

* * *

Nina gimotea cuando cumplo mi amenaza de cargar con ella. Me golpea el pecho en señal de indignación. Los gritos de risa amortiguados contra mi pecho dicen otra cosa. Se pone de puntillas para darme un beso en la boca cuando la suelto.

"Gracias".

"El placer es mío. Ahora, si de verdad quieres recompensarme, llévame a desayunar. Una señora cuyo nombre empieza por *la* letra N se aprovechó de mí anoche".

Nina se ríe mientras me empuja bajo la alcachofa de la ducha. Nuestras bromas continúan en la ducha, mientras nos vestimos e incluso en el ascensor cuando bajamos a desayunar. Mi deseo es que esta Nina relajada y divertida se quede conmigo. La he visto apenada demasiadas veces en el poco tiempo que hace que la conozco.

* * *

Nina y yo volvemos arriba para abordar algunos proyectos antes de una reunión después de comer con el equipo que dirige la aclimatación del personal del complejo a la nueva propiedad. Ultimamos los planes para un evento de alfombra roja con motivo del estreno de una nueva película dentro de unos meses, antes de que la llamada de Vinny nos interrumpa.

"¡*Ciao!* ¿Cómo está la hermosa mujer que inspiró a California Guy a comprar un complejo turístico?" dice Vinny en italiano en tercera persona para despistar a quien esté escuchando.

"He oído que está bien. ¿Cómo estás tú?" Nina finge ignorar mi comentario, pero no puede ocultar el subidón de color que llena sus mejillas.

"Me va bien. Sin embargo, ese tal California es el hombre más malhumorado que he tenido la desgracia de conocer. ¿Cómo demonios le soportas?"

"Apuesto a que tus amigos dirían lo mismo. ¿Por qué dices que está malhumorado? Déjame adivinar, no está de acuerdo con tus decisiones la mayoría de las veces. Te ofendes pensando que el Tipo de California está haciendo de esto algo personal. ¿Cómo le va hasta ahora?"

"¡California Guy, supongo que es insoportable! ¿Cuándo volverá a casa para ocuparse de su asesor favorito?"

"No sé cuándo volverá a Italia. El Dr. Roth y California Guy apenas han empezado. Me ha dicho que el doctor dice que puede ser un proceso largo y complicado que no debe precipitarse. Seguro que puedes aguantar unos meses más. El Tipo de California hace buenas propuestas que nunca se basan en juicios improvisados. Yo confío en él. ¿Por qué tú no?"

Un suspiro sigue a mi comentario. "Supongo que podré tolerarlo durante un tiempo. Sólo por California Guy haré este sacrificio. Dime, ¿cuándo enviará una fotografía de su asistente

personal? He oído que es muy sexy".

La irritación se convierte en ira ante el comentario de Vinny. "¿Quién te ha dicho eso?" *Apostaría que Nico. De todas formas, creo que es hora de enviarlo de vuelta a Italia. Le necesito de todos modos para asuntos importantes de negocios allí*, murmura Romeo para sí.

"Esta mujer tiene cogido por las pelotas al Tipo de California", tacha Vinny. "Recuerda lo que pasó la última vez que una mujer tuvo a Chico California por las pelotas".

"¡Que te jodan! No sabes nada de su relación con la señora". Nina levanta la vista, sonrojándose furiosamente ante mis expresiones faciales. Ahora no hay necesidad de endulzar mi reacción. Sobre todo en lo que concierne a Nina. "La próxima vez que se te ocurra cuestionar las decisiones del Tipo de California, recuerda quién dirige las cosas por aquí. Puede que el Tipo de California no esté preparado para irse, pero eso no le impedirá venir a Italia el tiempo suficiente para ponerte a raya. ¿Capisce?"

"Está realmente bajo tu piel", murmura Vinny. "No he olvidado quién paga los cheques por aquí. Estoy seguro de que el Tipo de California tiene mucho trabajo con la adquisición del nuevo complejo. *Arrivederci!*" Vinny termina la llamada antes de que pueda responder.

La mirada impasible de Nina me acaricia la cara cuando levanto la vista. "¿Ese es Vinny y hablaba de mí?", susurra.

"Sí... Uno de mis hombres ha estado hablando. Y estoy seguro de que Vinny sabe quién. Sé que Rocco nunca haría algo así. Jamás".

"Creía que lo que había entre nosotros quedaría entre nosotros". Nina se acerca a la ventana, donde permanece unos instantes sin moverse. La tensión de su postura me indica lo intranquila que está por la llamada telefónica.

"Mi vida está bajo el microscopio hasta cierto punto. Hago lo que puedo para mantener la confidencialidad de ciertos detalles. El negocio familiar. Nuestra relación. Vinny es un cabrón entrometido a veces". Abandono mi asiento para colocarme detrás de ella, con las manos apoyadas en sus hombros mientras entierro la nariz en su pelo. "Deja que me ocupe de esto".

"Hay muchas fotos tuyas y de tu ex mujer en Internet. Las de vosotros juntos yendo a cenar o a eventos no me molestan. Pero había algunas de ti y ella en un yate...". La voz de Nina se quiebra. Se tapa la cara con las dos manos mientras se sacude los hombros. "¿Y si alguien nos hace fotos en una posición comprometida?"

El nivel de angustia que muestra Nina casi me hace caer de rodillas. "No dejaré que nadie te haga daño. No puedo impedir que la gente haga de paparazzi, pero puedo hacer que se deshagan de las imágenes si alguna vez se hacen públicas".

Nina se vuelve hacia mí. Su rostro se tuerce en una expresión de desagrado, las cejas fruncidas, la boca en una línea firme. "¿Enviarías a algunos de tus hombres a amenazarles? ¿Y si se niegan? No puedo tener la muerte de alguien en mi conciencia, Romeo".

"Deja que me preocupe de eso cuando llegue el momento. Por ahora, estaremos más atentos". Mis manos ahuecan su cara, un pulgar acaricia su labio inferior. "Confía en mí".

"Sí, quiero", murmura Nina, apoyando la cabeza en mi pecho. Un suspiro entrecortado se queda atrapado en su garganta mientras la tensión desaparece de su cuerpo. "Deberíamos prepararnos para la reunión con tu equipo".

* * *

La reunión con mi equipo transcurre sin problemas. El director de RRHH ha resumido el rendimiento de una docena de empleados para que lo revisemos. Unos cuantos son despedidos por ausencias excesivas u otras medidas disciplinarias tomadas contra ellos durante su periodo de empleo. Nina me regala una sonrisa cuando le anuncio que la mayoría de los empleados permanecerán en la empresa.

Mi corazón se acelera ante el regalo. Algo tan sencillo me hace sentir completo. No, Nina ha vuelto a unir los pedazos destrozados de mí en el hombre que soy y que funciona como debería. Lucharé por mantenerla a mi lado.

Ni el mismo diablo podría impedirme alcanzar el objetivo.

Capítulo Once

Nina

Trabajar para Romeo me mantiene tan ocupada que la vida se me pasa volando. Antes de que me dé cuenta, han pasado un par de meses en un borrón sin sentido de reuniones con el personal del complejo y con una agencia de publicidad que Romeo ha contratado para atraer más negocio al Lune. Sus visitas semanales al Dr. Roth han continuado. A veces le acompaño a petición suya. Otras, permanezco en la oficina respondiendo correos electrónicos y realizando otras tareas.

Kiara y yo apenas tenemos tiempo para estar juntos. Ella trabaja un turno de noche en un popular club nocturno de la ciudad, mientras que yo trabajo durante el día. El desfase no nos impide enviarnos mensajes de texto. Aparece un mensaje suyo al menos una vez al día. Mi teléfono suena como recordatorio del mensaje diario de mi amiga.

Kiara: Siempre estás tan contenta. ¿Cuál es el secreto?

Yo: Sexo caliente italiano.

Kiara: ¡Joder! ¿Cuántas veces te excitó Romeo anoche?

Yo: Yo no beso y cuento.

Kiara: Vale, parece que te ha hecho gritar... ¿Qué lleva en la maleta?"

Yo: Dile a tu hombre que vaya al gimnasio. La resistencia merece la pena.

* * *

El humor soez de Kiara me lleva a lo largo de la mañana mientras Romeo visita al Dr. Roth. Vito me visita de vez en cuando a su manera tranquila y discreta para asegurarse de que no necesito nada. Prefiero a Vito, la compañía del chófer, de los tres hombres con los que Romeo se movía con más frecuencia.

"Estoy bien, Vito. Gracias".

"De nada, Sra. Williams. El Sr. Valentino volverá pronto". Desaparece tan silenciosamente como entró.

* * *

El nombre de mi tío Larry aparece en mi móvil. Contesto sin vacilar, aunque me reprendo por no haber mantenido el contacto con el único hermano de mi padre.

"¡Tío Larry! ¿Cómo te va?"

"Debería preguntarle lo mismo a mi sobrina", reprende. "Hace un par de meses que no nos llamas. Dime qué te ha tenido tan ocupada".

El hermano mayor de mi padre y su mujer regentan un motel/albergue de dos estrellas en las afueras de Las Vegas. Nuestro contacto a lo largo de los años ha sido esporádico en el mejor de los casos, debido más a la reticencia de mi madre a permitir que la relación evolucionara como debería. La vida parecía interponerse siempre que me iba a vivir sola. Tener dos trabajos me dejaba poco tiempo para socializar, cosa que ahora lamento.

"Lo siento mucho, tío Larry. Tenía dos trabajos y rara vez tenía un día libre. Ahora tengo un trabajo nuevo y me ha llevado bastante tiempo adaptarme a las exigencias de mi jefe". *La última excusa es cierta*. Las exigencias de Romeo sobre mi tiempo ocupan casi todos los días, desde las ocho de la mañana hasta medianoche algunos días. No puedo admitir ante mi tío que la mayoría de las tardes y noches incluyen citas con Romeo en su cama.

"¿Te paga bien esta empresa?"

"Sí. No trabajo para una empresa. Trabajo como asistente personal del hombre que compró el complejo turístico donde me despidieron. ¿Cómo está la tía Berenice?"

"La tía está bien. ¿Cuándo podemos esperar tu visita? Alojamiento gratuito para mi sobrina favorita", engatusa con una risita.

"Pronto, te lo prometo". Me llama la atención el sonido de alguien gritando en la otra habitación. "Tengo que irme. ¿Podemos volver a hablar este fin de semana?"

"Cuando quieras, Nina. Te quiero". El tono de llamada llena la línea antes de que pueda responder. La decepción pesa sobre mi corazón mientras me dirijo al ático.

La visión que me recibe no es agradable.

Romeo, una mujer elegante y Rocco están reunidos en el extremo opuesto de la suite. Romeo está congelado, mirando fijamente a una morena alta que lleva un vestido rojo holgado y diáfano. Detrás de ella hay una enorme maleta en la puerta. Le grita a Romeo en un idioma que no entiendo mientras gesticula salvajemente con ambas manos.

Romeo se fija en mí. Maldice, moviendo la cabeza en mi dirección.

Rocco asiente casi imperceptiblemente y se acerca a mí. "Señorita Williams, si me acompaña".

La mujer se gira hacia mí y se ríe mientras aplaude. "Así que ésta es tu Beyonce, supongo", sonrío. Sus ojos me recorren de pies a cabeza. "No puedes sustituirme tan fácilmente, cariño", declara con lo que creo que es acento italiano.

Romeo mira en mi dirección. La furia oscurece sus ojos. Se le tuerce un músculo de la mandíbula al mirar de mí a la mujer. Y permanece en silencio. No dice nada en mi defensa. Sólo furia dirigida a mí.

"¡Sácala de aquí, ahora!", le grita a Rocco.

* * *

El rechazo de Romeo y su incapacidad para defenderme me golpean con la fuerza agonizante del gancho de derecha de un boxeador. Me balanceo inestablemente, sólo para apartarme cuando Rocco intenta sujetarme. Una sensación nauseabunda se apodera de mi estómago.

Esto no puede estar pasando. No ahora. No después de haber dejado entrar a Romeo, de haberle dejado echar raíces en mi corazón. *¿Cómo he podido equivocarme tanto?*

Rocco me empuja hacia la puerta que da al pasillo junto al ascensor. "Tienes que irte ya", me

explica. Sus ojos me suplican que razone. "Dale tiempo a Romeo para que se ocupe de la situación. Vete a casa. Descansa un poco. Te llamaré cuando todo esté bien".

Asiento en silencio. Tengo la lengua congelada en la boca seca.

"¿Hay algo que quieras que le diga al Sr. Valentino?", pregunta.

"No queda nada que decir. Lo ha dicho todo". La capacidad de hablar ha vuelto, pero mi voz es plana y sin vida.

Las manos de Rocco encuentran las mías, sus ojos se llenan de compasión. ¿O es lástima? Seguro que ya ha visto todo esto antes. ¿A cuántas mujeres ha dejado Romeo rotas y perdidas en favor de su ex mujer?

El ascensor se abre con un suave silbido. Entro en él a trompicones, logrando mantener la compostura hasta que entro en el vestíbulo. Cerca del ascensor hay un aseo. Pierdo el contenido de mi estómago en el retrete.

Ahora no es el momento de autocompadecerse. Soy una superviviente y hará falta algo más que Romeo Valentino y esta zorra para doblegarme.

* * *

De algún modo, me dirijo a mi destartado coche y llamo a Kiara al salir del aparcamiento.

"Te necesito", digo con voz espesa por las lágrimas no derramadas. El malestar ardiente y punzante me suplica que las libere. Mi negativa drena aún más mi menguante reserva de energía.

"¿Dónde estás ahora?", pregunta.

"De camino a casa".

"¿Qué ocurre?"

"Todo. Romeo. Creo que ha vuelto con su ex mujer".

"¡Oh, mierda!", sisea ella. "Se acabó. Me voy ya".

* * *

Tal como prometió, Kiara se reúne conmigo en mi casa. Mis piernas se tambalean mientras un pesado manto de agotamiento amenaza con derribarme. Al menos, mi mejor amiga tiene la decencia de apoyarme en lugar de acribillarme a preguntas.

"Necesito tu ayuda", dije.

"¿Qué es boo?"

"Voy a devolver al complejo todo lo que pertenece a Romeo. Me duele tanto la cabeza que no puedo pensar con claridad".

"Deja que me ocupe yo", murmura Kiara. "Tengo un amigo que trabaja para un servicio de mensajería. Hacen cosas así todo el tiempo. Entregan ropa de diseño a estrellas de cine, pero seguro que podrían encargarse de esto".

* * *

Kiara llama por teléfono a su amiga. Una hora más tarde, un joven aparece en mi piso con una carretilla, dos cajas grandes y un par de rollos de cinta de embalar. Entre los tres, consigo empaquetar todas las prendas de ropa, las joyas e incluso el ordenador y el móvil. El hombre sella las cajas antes de etiquetar cada una en grandes letras de imprenta con el nombre de Romeo

y la dirección de Lune.

Una pasada de mi tarjeta de débito en un dispositivo conectado a su móvil paga la transacción. Me envía un recibo por correo electrónico y se marcha para entregar los paquetes.

* * *

Kiara se queda atrás. Meto todas las cosas que puedo en unas cuantas bolsas de lona y en la maleta de Kiara. Ella me ayuda a llevar mis cosas escaleras abajo hasta mi Camry, que espero que llegue a Las Vegas.

"Vaciaré tu nevera y limpiaré el apartamento", me asegura. "¿Adónde vas?"

"No puedo decírtelo, Kiara. Te lo sacaré si decide buscarme". Ahora no hay *peros*: Romeo tiene a su mujer de nuevo en su vida. "Es mejor así".

Kiara me quita la llave de mi piso. "Se lo explicaré todo al casero. Llámame cuando te instales".

"¿Seguro que no te importa atar algunos cabos sueltos por mí?"

"Te tengo, boo. Siempre te he tenido. Siempre lo haré. Los muebles van a Goodwill. El resto de tus cosas las guardaré en mi casa hasta que me digas qué hacer con ellas".

Sus lágrimas mojan mi camisa cuando intercambiamos un último abrazo. *Ojalá Romeo pudiera quererme tan profundamente, sin reservas.*

Él hizo su elección. Y yo he hecho la mía. Cuidado Las Vegas.

Allá voy.

Capítulo Doce

Nina

El tío Larry parece sorprendido al oír mi voz cuando le llamo una vez que estoy en la carretera.

Esta vez la llamada procede de mi viejo teléfono con la pantalla agrietada. El que tiene un plan de prepago razonable. El nuevo iPhone está de camino de vuelta a Romeo junto con todo lo que me compró.

"No esperaba tener noticias tuyas tan pronto", ofrece el tío Larry. "¿Qué le pasa a mi sobrina favorita?"

"Tu única sobrina".

"Y es mi favorita", se ríe. Su risa desinhibida y su buen humor alivian el peso que pesa sobre mis hombros. "¿Qué pasa?"

"Sé que llevamos un par de años hablando de que os visite a ti y a la tía Berenice. Siento no haberlo hecho antes. ¿Podría... ¿Estaría bien que os visitara ahora?"

"Siempre serás bienvenido en nuestra casa", me asegura el tío Larry. Pasa un momento de silencio antes de que continúe. "¿Qué ocurre, Nina? Pareces disgustada".

Necesito todas mis fuerzas para no echarme a llorar. Mi voz sigue saliendo en un susurro ahogado. "Necesito un nuevo comienzo. Algo diferente".

"¿Cuánto falta para que llegues?" Un tono tranquilizador infunde la voz de mi tío. No le oculto nada, por mucho que intente enmascarar el motivo de mi visita.

"Acabo de incorporarme a la autopista en dirección Norte".

"Tres horas y media, más o menos, dependiendo del tráfico. La tía Berenice y yo prepararemos una habitación".

"Gracias. Te quiero, tío Larry".

"Siempre te he querido", responde. "Ahora ten cuidado".

La breve conversación me levanta un poco el ánimo.

Me detengo una vez en el camino para llenar el depósito de gasolina del coche y comprar un nuevo teléfono de prepago con otro proveedor de telefonía móvil. Nadie se da cuenta cuando quito la tarjeta SIM de mi viejo teléfono, la tiro a la papelera del surtidor y coloco el aparato bajo el neumático del coche. El sonido de su rotura cuando el neumático pasa por encima calma parte de mi inquietud.

Romeo no vendrá a buscarte, se regodea mi yo interior. Consiguió la leche gratis, así que ¿para qué comprar la vaca?

* * *

Estoy agotada cuando Google Maps me guía desde la interestatal 11 hasta una carretera que lleva al Motel del Tío Larry y la Tía Berenice. Un cartel de neón rojo y azul con el nombre del motel señala mi destino. Mi coche chisporrotea violentamente cuando corto el contacto. Sólo puedo rezar para que aguante un poco más.

Tía Bernice y tío Larry están juntos en la recepción cuando entro. Son propietarios del Motel BL's desde que se casaron hace treinta años. El motel es una atracción popular para las familias y parejas que desean visitar Las Vegas sin pagar una cantidad extravagante por una habitación en uno de los muchos híbridos de complejo-casino establecidos a lo largo del Strip.

El tío Larry es una versión mayor de mi padre. Pelo oscuro. Ojos marrones. Mandíbula cuadrada y hoyuelo en el centro de la barbilla. El parecido es asombroso. La tía Berenice es medio metro más baja que el tío Larry. Lleva el pelo canoso cortado en una melena corta. Sus ojos marrones rebosan amor y compasión por todos los que conoce. Hoy no es diferente.

Gritan con lo que parece ser alegría por mi repentina aparición. Me envuelven en el calor de sus abrazos durante casi un minuto antes de soltarme.

"¡Oh, Nina, has crecido hasta convertirte en un alma tan bonita!". exclama Bernice mientras me sujeta con el brazo. "No puedo creer que por fin te hayas decidido a visitarnos".

"Siento haber avisado con tan poca antelación". Mi disculpa es seguida inmediatamente por el bufido y la mirada del tío Larry.

"No te disculpes", aconseja, moviendo el dedo. "Podrías haber venido sin avisarnos y estaríamos igual de contentos. Ahora, ¿qué tal si dejas que un anciano te ayude a llegar a tu habitación para que puedas instalarte?".

El tío Larry mantiene una conversación informal sobre la diferencia del tiempo en California y Las Vegas mientras trae mi equipaje. "Las Vegas tiene dos temperaturas", bromea. "Más caliente que el Hades y más frío que la Antártida. No hay término medio".

Me conduce por una puerta trasera de la oficina a una sala situada en la parte posterior del complejo. Me llama la atención una piscina gigantesca, una cascada improvisada y un río donde los huéspedes pueden pasar el rato jugando con sus hijos.

"¡Qué guay!" digo al pasar.

Larry se detiene ante una habitación en cuya puerta hay un cartel con el número "101". "Puedes utilizar la piscina cuando quieras. Hemos pensado ponerte aquí, en el rincón donde la sombra permanece la mayor parte del día. Recibirás algo de sol por la mañana temprano, pero eso es todo". Me conduce a la habitación mientras me da una visión general de las comodidades. "El desayuno continental se sirve todas las mañanas en el comedor, justo al lado de la oficina, de seis a diez cada mañana. Bernice y yo rotamos los turnos. Yo trabajo de noche y tu tía de día. Nuestra persona del turno de noche dimitió hace un par de días, así que volvemos a tener turnos de doce horas hasta que encontremos a alguien que nos sustituya."

Unos cuantos rebotes en la cama revelan que tiene la suavidad perfecta con una pizca de apoyo añadido. "No me importaría ayudar. Quiero decir, si te parece bien". El ofrecimiento surge espontáneamente. Mantener la mente alejada de los acontecimientos de hoy es necesario si pretendo seguir adelante y empezar una nueva vida en Las Vegas.

"Nos encantaría", me asegura el tío Larry. Me entrega la llave de la habitación y luego se pasa un pulgar por encima del hombro mientras retrocede hacia la puerta. "Acomódate, sobrina. Ven luego a la oficina si te apetece. La tía Berenice tendrá la cena lista sobre las seis, como siempre".

"Gracias, tío Larry".

La puerta se cierra tras él, dejándome sola con los demonios corriendo en mi cabeza.

Romeo. Esa zorra. Traición.

Romeo no era diferente de Cameron. Sólo que tardó más en revelar su verdadera personalidad.

* * *

Instalarme en BL's no lleva mucho tiempo. El tío Larry y la tía Bernice están más que encantados de formarme en la ligera lista de tareas que se exigen a los recepcionistas. Al cabo de un par de días, empiezo a trabajar en el turno de tarde sin su ayuda, lo que les permite pasar algún tiempo juntos antes de que el tío Larry empiece el turno a las once de la noche.

Incluso los huéspedes de BL's son diversos. La mayoría son familias con bajos ingresos que desean unas vacaciones que no les pongan por detrás de la bola ocho. La tía Bernice y el tío Larry permiten a los huéspedes cocinar en la zona de picnic cercana a la piscina. En más de una ocasión, un invitado ha venido a la oficina con un plato lleno de BB para mí.

Un correo electrónico a Kiara la noche que llegué decía simplemente: *Llegada. A salvo.* Desde entonces, hemos intercambiado correos electrónicos varias veces a la semana. Ni una sola vez ha mencionado a Romeo.

En primer lugar, ese hombre nunca se preocupó lo suficiente como para buscarme o preguntarme por mí.

* * *

Darme cuenta de que serví de madre de alquiler para su ex mujer me destroza emocionalmente. Duermo diez, a veces doce horas, sólo para despertarme agotada y confusa. Mi apetito, que suele ser bueno, disminuye hasta que consigo pasar el día después de comer una taza de yogur o una manzana o un plátano en el almuerzo.

La tía Berenice no tarda en darse cuenta del cambio.

Llama a mi puerta una tarde de mi día libre. La invito a entrar, aceptando y devolviendo el cálido abrazo que me da. Me mira a la cara, con ojos llenos de preocupación.

"Estás adelgazando, cariño. ¿Seguro que te encuentras bien?"

Mi encogimiento de hombros displicente ejemplifica mi estado de ánimo. No tengo ningún deseo de explorar Las Vegas ni de hacer otra cosa que no sea trabajar, dormir, *existir*.

"Hay una buena clínica gratuita a pocos kilómetros de aquí", ofrece. "Hacemos donaciones todos los años para ayudar a que siga funcionando. Uno de mis amigos trabaja allí. Podría concertarte una cita mañana para que te examinen".

"Estoy bien, de verdad". Mi protesta a medias suena falsa a mis oídos.

Una mirada vacilante al espejo que hay sobre el tocador confirma todo lo que dice la tía Berenice.

Parezco un fantasma.

Rojizo con manchas oscuras debajo de cada ojo. Los huecos bajo cada pómulo están más definidos. Mi pantalón de chándal favorito ahora me queda holgado y mal ajustado. *Quizá debería ir al médico, aunque sólo sea para asegurarme de que no me pasa nada.*

"El tío Larry y yo estamos preocupados. Me ha pedido que venga a hablar contigo". Berenice me coge las manos rígidas entre las suyas y no puedo evitar sonreír. "Me amenazó con atarte y

llevarte allí si no aceptabas. Tu tío puede ser un poco exagerado, pero sólo es porque te quiere mucho".

Su preocupación me agota. "Vale. Iré si conciertas la cita por la mañana temprano. Quiero volver a tiempo para trabajar mi turno".

Y eso es lo que hace la tía Berenice.

* * *

Ella cumplió su palabra. Ahora ha llegado el momento de cumplir la mía. La clínica se encuentra en una pequeña oficina situada en un cochambroso centro comercial del Viejo Las Vegas. Un restaurante asiático, una lavandería y un salón de manicura ocupan los espacios restantes. La seguridad de la tía Berenice de que la clínica es limpia, gratuita y profesional es la única razón por la que empujo la puerta y entro.

La doctora se presenta como Dra. Nadine. Insiste en que la llame *Nadie, pero no lo hago por respeto*. Su comportamiento me recuerda al de la tía Berenice en muchos aspectos. No tiene ninguna prisa durante la consulta. Nos sentamos a charlar sobre mi salud, que hasta ahora ha sido estelar. No hay problemas que señalar. Le confieso que he estado decaído desde que llegué a Las Vegas.

"¿Qué te hace sentir tan fuera de ti?", pregunta ella.

"Una relación que se fue al traste". Las lágrimas me escuecen. Una se desliza por mi mejilla. La aparto con rabia, atreviéndome a que se escape otra, pero enseguida me doy cuenta de que no hay esperanza. Las compuertas se abren de golpe.

La Dra. Nadine me da un pañuelo de papel y pone la caja a mi alcance. Espera a que termine de llorar antes de decir nada más.

"Siento mucho que lo estés pasando tan mal".

"No pasa nada. Sólo tengo que poner las cosas en orden. Estoy pensando en quedarme permanentemente en Las Vegas con mis tíos".

"A veces empezar de cero es la mejor forma de despejarse", está de acuerdo la Dra. Nadine. "El fin de la relación podría explicar los síntomas de depresión, pero hay algunos síntomas físicos que me gustaría comprobar. ¿Hay alguna posibilidad de que estés embarazada?"

"Ninguna. Tomo la píldora y la tomo fielmente todos los días".

La Dra. Nadine me entrega un vaso de muestras. "Puedes usar el baño de ahí. Me gustaría empezar con una muestra de orina. Te sacaré sangre y miraré algunas cosas más. Si no sale nada de esas pruebas, quizá tengamos que hacer una extracción de sangre en ayunas mañana por la mañana".

"Vale, me parece bien".

Espero en la diminuta sala de reconocimiento mientras la Dra. Nadine lleva las muestras al laboratorio que hay en el mismo edificio. El aire acondicionado se pone en marcha con una ráfaga de aire gélido que hace crujir el papel que cubre la mesa de exploración. El tiempo pasa lentamente. Cuando vuelve la doctora, ya he contado las baldosas del suelo y del techo.

Permanece de pie con la espalda apoyada en la encimera que alberga el lavabo. Pasan los segundos mientras revisa la carpeta que contiene los resultados de las pruebas iniciales.

"Creo que tenemos una explicación", anuncia la doctora Nadine con voz suave, casi vacilante.

"Me estás asustando".

"No es mi intención", murmura. Otra mirada a la carpeta parece afianzar su decisión de

darme el diagnóstico. "Estás embarazada, Nina".

Las negaciones nadan en círculos borrachos y vertiginosos dentro de mi cabeza.

Es imposible que esté embarazada. No. Ahora no. Tomo la píldora todos los días a la misma hora.

Sin embargo, Romeo nunca utilizó preservativo cuando practicamos sexo. ¡Joder!

"Me gustaría hacerte una ecografía antes de que te vayas hoy. Tenemos información sobre las opciones disponibles aquí en Las Vegas. Si estás considerando la posibilidad de abortar, necesitamos determinar de cuánto tiempo estás..."

"¡No voy a abortar a mi bebé!" Las palabras son un grito de indignación. De ninguna manera me plantearía poner fin a este embarazo, no cuando puedo dar a este niño una vida mejor que la que yo tuve al crecer. Puedo hacerlo por mí misma. Sólo tengo que encontrar la manera.

"Es algo que menciono a todas las mujeres que se enteran de un embarazo inesperado. Ahora, nuestro primer paso es ver de cuánto estás. Si me acompañas, haremos esa ecografía hoy mismo". La conducta tranquila de la Dra. Nadine y su constante aura de compasión me ayudan a mantener el control de las emociones que se desbocan en mi cabeza, amenazando con estallar en lágrimas o rabia.

Doce semanas.

El número resuena en mi cabeza cuando me doy cuenta de que el embarazo se produjo la primera vez que mantuvimos relaciones sexuales. Para cuando salgo de la clínica ese día, tengo otra cita con el médico, un frasco de vitaminas prenatales y una inminente sensación de fatalidad que pesa sobre mí. Apoyo la frente en el volante y sollozo.

Faltan 28 semanas.

Capítulo Trece

Romeo

La inesperada llegada de María vuelve a sumir mi vida en el caos. Su aliento desprende un leve aroma a licor mientras se burla de mí por mis fracasos durante el tiempo que pasamos juntos.

Mi rabia no conoce límites, ni siquiera cuando Nina aparece en la gran sala. María la llama *Beyonce*, lo que en realidad quiere decir, *esa chica negra. Qué racista de mierda*. La necesidad de salir en defensa de Nina se desintegra cuando la rabia se convierte en furia. Rocco empuja a Nina fuera de la habitación. El dolor grabado en su bello rostro me atormenta.

Más tarde, me digo. Podré contárselo todo cuando María se haya ido.

"¿Hacer que tu bailarina se vaya tan pronto?" María se ríe. "Estaba deseando conocerla. Saber más de esa puttana que tan gustosamente se abrió de piernas para un *Cagacazzo* como tú".

Mi mano rodea la garganta de María antes de que pueda detenerla. Su rostro se enrojece mientras lucha por respirar, con las uñas arañando rastros de sangre en mi mano.

"Hablar del nombre de esta mujer no volverá a salir de tu boca. ¿Me oyes, María? ¿O deberíamos hablar de tus indiscreciones? ¿Qué? Primero, me insultas con un enemigo en mi club. Luego caes en mi cama. Pero nunca fui suficiente para una puttana hambrienta de pollas como tú. Así que me culpas de todo y caes en la cama de Marcelo como la puttana que eres". Mis dedos se aflojan. La empujo al sofá y me vuelvo hacia Rocco y Nico.

"Lleva a María al aeropuerto. Nico, quédate con ella hasta que esté a las puertas de Marcelo. Te quedarás para asegurarte de que esta mujer perdida -un bufido de risa acompaña a las palabras- encuentra el camino de vuelta al escondite de su *culo*. Porque si oigo un solo pío de ti, María, no se aplicarán las viejas reglas".

"¡Cazzo sì, Romeo! Cazzo di merda!"

María tiene sentido común para saber que lo que digo es lo que quiero decir. *Ni mujeres, ni niños*. Son reglas de la mafia de los viejos tiempos. Ella entiende lo que significa mi juramento a pesar de su actitud vulgar.

Nico y mis otros guardaespaldas hacen la maleta con la rapidez suficiente para que puedan marcharse en menos de treinta minutos. Cuando se marchan, mi ex, María, está metida entre dos de mis hombres más gordos. Mi boca está sedienta de una copa de una elegante botella de champán. Ahora no es el momento.

* * *

Rocco entra y se queda a mi lado, en silencio y apoyándose tranquilamente, hasta que formulo un plan.

"¿Dónde está Nina?"

"Me pareció mejor que se fuera a casa, señor. Le dije que la llamaría cuando se aclarara la situación. ¿Quieres que la llame?"

"Llévame a su apartamento".

Un golpe en la puerta interrumpe nuestros planes. Rocco abre la puerta y descubre a un mensajero con dos grandes cajas atadas a una carretilla.

"Entrega para Romeo Valentino", anuncia el tipo. "Firma aquí".

Firmo en el espacio indicado mientras el hombre lleva las cajas al ático. Rocco abre las cajas con un estilete que lleva en la bota. El agua helada me llena las venas cuando veo el iPhone 13 y el MacBook Pro de Nina encima de algunas cosas que le regalé. La segunda caja contiene un paquete de ropa y zapatos nuevos. No hay nota ni tarjeta. No hace falta ninguna para contarme lo que está pasando.

Nina debe pensar que he recuperado a María.

Tengo que encontrarla y arreglar las cosas. Una disculpa por mi comportamiento de antes no bastará para ganarme su reivindicación. En lugar de dirigir mi ira contra María -el objetivo que se lo merecía-, apunté a Nina.

La dulce e inocente Nina.

* * *

Rocco me acompaña, como lo ha hecho la mayor parte del tiempo, cuando hay algo importante. El trayecto hasta el apartamento de Nina dura menos de treinta minutos. Tras llamar varias veces a la puerta, me doy cuenta de que no está en casa. Me dirijo a casa de Kiara. Ella abre la puerta casi de inmediato.

"Me preguntaba cuándo saldrías de tu culo y vendrías a buscarla", murmura Kiara. Se examina las uñas mientras evita mi mirada.

"¿Dónde está Nina?"

"Se fue. Abandonado. Fuera. Adiós".

Las palabras resuenan en mi mente. Agonizante y destructiva. Se ha ido. Ahora no puedo perder a Nina.

"¿Dónde está?" La risa áspera de Kiara responde a mi demanda cuando está a punto de cerrar la puerta.

"Espera, espera..." repito.

Me mira con descarada repugnancia con las manos en las caderas. "¿Recuerdas la primera vez que viniste a buscarla? Te dije que no le hicieras daño. Y mira lo que vas y haces, Sr. *Gran Hombre* Valentino. No sólo haces daño a Nina. La arruinas. Todo por una mujer que se divorció de ti, luego se acostó con tu rival, se lo folló y le dio un hijo".

"No sabes nada". Me agolpo más cerca, con el pecho agitado mientras la ira acelera mi respiración y mi ritmo cardíaco.

"Puede que yo no, pero parece que alguien sí. Muchos, dada toda la información sobre ti que circula libremente por Internet", añade Kiara. "Tengo una pregunta para usted, Sr. Valentino. ¿Cómo te van ahora las cosas con tu ex?"

Aprieto los puños. Quiero golpear a alguien. Romper algo. La voz de Rocco me impide perder los nervios.

"No lo hagas, señor. Esta chica nunca compartirá lo que sabe si lo haces". Se acerca unos pasos, ahora la tranquila voz de la razón en medio de mi caos. "¿Puedes decírnos al menos si está bien?".

"No sé si lo está. Creo que Nina es lo bastante lista como para asegurarse de que está a salvo. Y no te molestes en mirar en la casa de la perdedora de su madre en Chino Hills". Kiara casi escupe las palabras teñidas de asco. "Su madre está de vacaciones en las Bahamas con el marido número... *demonios*, ¿quién sabe?".

"Te lo ruego, Kiara, si tienes noticias tuyas, avísame. Dile que estuve aquí y que es importante".

"No. Eso no va a pasar, Sr. Valentino. Has molestado a mi amigo y te he hecho daño. Lo que sí sé es que no voy a entregar ningún mensaje. Sé lo que estás pensando. Soy una zorra vengativa y egoísta", se ríe. "Y tienes razón. Pero me importa una mierda lo que pienses de mí".

La puerta del apartamento de Kiara se cierra de golpe con una finalidad que me recuerda a la tapa de un ataúd cerrándose por última vez. Mi mente se desdibuja en un bucle sin fin del futuro sin Nina. De su futuro con otro hombre.

No puedo y no quiero, permitirlo.

* * *

Rebusco en la mesa del despacho hasta que tengo en la mano la carpeta con el informe sobre Nina de mi investigador privado. *Ahora estoy siguiendo a dos mujeres en lugar de a una. ¡Dios mío!* Al hojear las páginas no tengo ni idea de dónde puede estar. Una dirección en Chino Hills figura como la de su madre y su padrastro. La dirección de Kiara aparece en otra página que ya sé que es un callejón sin salida.

Mi última esperanza reside en la tarjeta de visita de otro investigador privado grapada en la cubierta interior de la carpeta que utilicé para otra tarea. La arranco y marco el número.

"Servicios de Investigación Doyle".

"Sr. Doyle, aquí Romeo Valentino. Tengo un asunto rápido para usted".

El crujido del papel precede a la respuesta de Doyle. "Lo siento, tenía que quitarme de en medio unos cuantos archivos y coger un bloc de notas. ¿En qué necesita ayuda, Sr. Valentino?".

"Realizaste una comprobación de los antecedentes de Nina Williams hace unos meses. Necesito más información. Sobre cualquier pariente que pudiera tener. Necesito nombres, direcciones, números de teléfono, cuentas en redes sociales, lo que sea..."

"¿Cuándo necesitas esto? La voz de Doyle es entrecortada y de negocios. Me lo imagino escribiendo notas.

"Tan rápido como puedas hacérmelo llegar".

"Tengo unos cuantos trabajos delante de ti. Puedo hacer las comprobaciones habituales y entregarte algo a finales de semana".

"Esto es una puta emergencia, Sr. Doyle. Menciona tu precio".

Se oye una tos a través del teléfono. "Normalmente no saco a los demás de la cola. Espero que lo entienda, Sr. Valentino".

"Espero que comprendas que no soy sólo otros en la fila. Puedo ser muy convincente. Insistente. Incluso insistente". Mis dedos tamborilean sobre el escritorio. "Pero esto son los Estados Unidos de América, no Sicilia. Mis métodos habituales no serán tan favorables, Sr. Doyle. Estoy de muy mal humor".

"¿Qué intentas decir?" murmura Doyle. "No acepto bien las amenazas".

"Estoy seguro de que me investigaste antes de aceptar nuestro primer trabajo. Si lo hiciste, entonces sabes quién soy y de lo que soy capaz. Si no es así, lo sabrás en cuanto termine esta llamada. De cualquier modo, Sr. Doyle, tengo la intención de que coloques esta tarea en lo más alto de tu cola. ¿Qué haría falta para convencerte? ¿Cincuenta mil?"

Una aguda inspiración me convence de que a Doyle le excita la oferta.

"No es suficiente. ¿Cien mil?" A mi segunda oferta le sigue el silencio. Mis dedos tamborilean más rápido sobre el escritorio, un músculo se crispa a lo largo de mi mandíbula. "Un cuarto de millón, Sr. Doyle. Mi última oferta".

"Vosotros, malditos mafiosos, no jodéis, ¿verdad?". dice Doyle. "Muy bien, Sr. Valentino, tienes mi atención. Pondré todos mis recursos en esto. Me pondré en contacto en cuanto tenga algo".

Una respiración contenida escapa de mis pulmones con un silbido cuando Doyle termina la llamada.

Al menos hay esperanza de que encuentre a Nina. Sólo puedo rezar para que escuche mi versión de la historia antes de que se aleje para siempre.

Capítulo Catorce

Romeo

Pasan casi dos semanas mientras Doyle profundiza en los antecedentes de Nina. Los primeros días son enloquecedores. No puedo dormir ni comer. El café es mi compañero constante, aparte de Rocco.

El único acontecimiento positivo durante ese tiempo llegó el día en que Nico llamó para informar de que María había sido entregada personalmente a Marcelo, junto con sus cosas. Marcelo exigió saber por qué los hombres de Romeo consideraban necesario llevarla a su casa.

La reacción de Marcelo, según mi guardaespaldas Nico al menos, fue explosiva. Nico y el resto de mis hombres pudieron oír cómo se intensificaba la discusión mientras se alejaban. Al día siguiente, una columna de cotilleos de un periódico siciliano informó de que su abogado había presentado una demanda de divorcio en nombre de Marcelo. Escondía a María en una pequeña villa de un pueblo lejano de las afueras, custodiada por una docena de sus hombres, hasta que se le ocurriera qué hacer con ella. *María no estará allí mucho tiempo, créeme...*

Me alegra un poco el día, al igual que la visita al Dr. Roth. Discutimos otra parte de los deberes que me asignó la semana en que mi vida estalló en una tormenta de mierda de proporciones épicas. No menciona mi estado de ánimo.

Mientras tanto, Kiara, la amiga de Nina, pierde la paciencia con mis visitas diarias. Amenaza con presentar una orden de alejamiento si mi acción continúa. Ahora me odia, y no es que pueda culparla.

* * *

Rocco abre la puerta más tarde para entregarme un informe de Doyle. La sangre me inunda la cara y me desplomo en una silla cercana cuando leo la primera página.

Nina Michelle Williams - 26 años - Mujer estadounidense: última localización conocida - Las Vegas, Nevada.

En el informe figura un pariente vivo, hermano del padre de Nina: Larry Williams. La dirección de un motel llamado BL's, propiedad de Larry Williams y su esposa durante veintidós años, Bernice Williams, está escrita a máquina al final de la página. En el bolsillo delantero de la carpeta hay un sobre con una factura por los servicios de Doyle. Una llamada a mi contable se encarga de la transferencia del fondo.

* * *

Rocco, Vito y yo hacemos las maletas para nuestro viaje a Las Vegas. El viaje dura algo menos de cuatro horas, y Vito empuja el Kia Sportage 2022 muy por encima del límite de velocidad una vez que el todoterreno se adentra en la interestatal 11.

Cuando llegamos a Las Vegas, el agotamiento me cala hasta los huesos. Una mirada al espejo de la visera revela el desastre en que me he convertido. Tengo el pelo despeinado. La pelusa oscurece las mandíbulas y la barbilla del rostro demacrado que me devuelve la mirada. Mis ojos están marcados por marcas azuladas y púrpuras. Mis tripas se revuelven casi constantemente.

El Motel BL's está situado junto a la Interestatal 11, en el corazón de lo que se conoce como el Viejo Las Vegas. La sencilla decoración de ladrillo y tejado metálico rojo está sombreada por palmeras. Los sonidos del chapoteo del agua y las voces de los niños resuenan en el aire. Un letrero de neón identifica la oficina del motel. Una mujer afroamericana menuda y de mediana edad levanta la vista y sonríe cuando tintinea el timbre de la puerta.

"Buenas tardes, señor. ¿Puedo ayudarle?", su voz es suave y acogedora, con las comisuras de los labios levantadas en lo que parece una sonrisa perpetua.

"Desde luego, espero que puedas. Busco al Sr. Larry o a Bernice Williams".

A la mujer le brillan los ojos. "Soy Berenice. ¿Y tú quién eres, querida?"

"Romeo Valentino". Berenice me ofrece la mano. Le doy la mano, suelto la mía y lanzo lo que ruego sea una convincente súplica de ayuda. "Espero que puedas ayudarme. Mis amigos y yo hemos venido desde California. Estoy buscando a Nina Williams. ¿Sabes dónde puede estar?"

Berenice suspira mientras apoya las manos en el mostrador. "Eres tú", murmura. "Sabía que vendrías a buscarla muy pronto".

"¿Nina te habló de mí?"

"Oh, no, no ha dicho ni una palabra sobre el hombre que le rompió el corazón. Larry y yo sabíamos que había pasado algo, pero Nina nunca hablaba con nosotros. La pobre apareció de la nada un día queriendo quedarse con nosotros". La sonrisa de Berenice desaparece. Me mira con ojos que ya no centellean. "Comprende lo difícil que me resulta confiar en ti".

"Lo comprendo, Sra. Williams. Al menos dame la oportunidad de explicarme antes de que me rechaces".

* * *

Para mi asombro, Berenice me da la oportunidad de hablar. Le cuento todo, desde la visita sorpresa de María hasta mi enfado fuera de lugar y lo que sospecho que fue la idea equivocada de Nina respecto a aquel día. La expresión de la cara de Berenice se ha suavizado al terminar mi relato. Levanta la vista y sonríe, encontrándose de nuevo con mis ojos.

"No haga que me arrepienta de haber hecho esto, Sr. Valentino". Me conduce por una puerta trasera del despacho, después de cerrar la puerta principal y pegar en el cristal un cartel de "volveré en 15 minutos".

La sigo sin preguntar hasta una habitación al final de la acera, bajo la sombra de un grupo de

palmeras. Berenice se detiene ante la puerta. Su voz baja hasta apenas superar un susurro.

"Nina no se ha encontrado bien. Terminó su turno esta mañana y luego se fue directamente a dormir. No la despiertes, Sr. Valentino. Y no la obligues a escucharte hasta que esté preparada. Tendré una habitación preparada para ti si decides quedarte". Abre la puerta de la habitación 101 antes de darse la vuelta y volver al despacho.

* * *

La habitación está fría y oscura. Unas pesadas cortinas negras impiden que entre en la habitación la luz procedente de la única ventana. Un charco de luz dorada procedente de la lámpara de la mesilla de noche ilumina la habitación.

Mis ojos se dirigen a la cama, donde Nina yace bajo una manta polar rosa y azul. Me acerco a la cama con la intención de contemplar su hermoso rostro antes de despertarla a besos. Lo que veo me hace caer de rodillas junto a la cama.

El rostro de Nina está hundido. Sus ojos están hundidos, las ojeras recortan la piel de melanina bajo cada ojo. Tiene los labios secos y agrietados. El aspecto demacrado de su rostro me indica que ha perdido mucho peso. El miedo irracional a que no respire con regularidad me atenaza el corazón. El pulso que late en su garganta disipa la preocupación.

Revoloteo cerca de ella. Deseo desesperadamente tocarla, besarla, estrecharla entre mis brazos. Las palabras de Berenice vuelven a mi mente. *Nina no se encuentra bien.*

¿Qué misteriosa enfermedad la ha puesto así en tan poco tiempo?

Mis pensamientos se detienen cuando Nina gime y se da la vuelta para correr al baño.

"No, por favor, otra vez no", gimotea. Un instante después, sale disparada de la cama hacia el cuarto de baño. El violento sonido del vómito destroza el silencio. Un sollozo ahogado sigue a la descarga de la cisterna.

Me dirijo al cuarto de baño para ver cómo está. Nina apoya la cara en el borde de la bañera. Lleva una camisa de dormir de gran tamaño enroscada alrededor de las piernas. Cuando levanta la cabeza, sus ojos se cruzan con los míos. Grita.

"Nina, dame la oportunidad de explicarme", suplico.

Retrocede, deslizándose por el suelo hasta que su espalda toca la pared cubierta de baldosas. Levanta las manos como si sintiera la necesidad de defenderse de un atacante. Mueve la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

"¿Cómo demonios has entrado en mi habitación?" grita Nina. Las lágrimas no derramadas se apresuran a llenar sus ojos. Una se cierne sobre sus pestañas inferiores, amenazando con escaparse.

Me arrodillo ante ella. Mis manos están extendidas hacia fuera mientras imploro en silencio compasión, una oportunidad para explicarme.

"Tu tía me dejó entrar. Deja que te explique lo que pasó aquel día. Por favor".

Nina esconde la cara contra las rodillas. Sus hombros se hunden en señal de derrota. Es mi única oportunidad y la aprovecho antes de que Berenice o Larry vengan a echarme de la habitación por hacer daño a su sobrina.

La mujer que amo.

Capítulo Quince

Nina *Hace horas*

Justo cuando todo debería estar asentándose en su sitio, me asaltan las náuseas matutinas más graves -no, no es exacto-, las peores *náuseas de todo el día*.

Apenas puedo levantarme de la cama después de veinticuatro horas vomitando cada hora más o menos. Minimizar la gravedad de las cosas es algo natural después de años en los que mi madre sonreía y asentía, como si escuchara mis quejas. Pero la mirada lejana de sus ojos contaba la verdadera historia. Estaba más centrada en el próximo amor de su vida o en algún destino exótico que en molestarse por una niña que ansiaba desesperadamente su amor.

"¿Seguro que no necesitas nada?" me pregunta el tío Larry cuando consigo caminar la docena de metros que separan mi habitación de la oficina donde está la máquina de hielo.

"Me pondré bien. El hielo siempre ayuda cuando tengo un virus estomacal". Pero esto no era un virus estomacal.

El ciclo continuo de ir a la deriva en un estado medio despierto hasta que llega la siguiente oleada se prolonga durante toda la noche hasta primera hora de la mañana. La tía Berenice aparece con una taza de té de jengibre. Se sienta a mi lado mientras bebo un sorbo.

"Sabes, cariño, nunca nos has contado nada sobre el hombre que te rompió el corazón".

Me quedo inmóvil. La taza queda a medio camino entre mi regazo y mi boca. Mi mano tiembla tan violentamente que la tía Berenice coge la taza y la deja sobre la mesilla de noche.

"No sé de qué me hablas, tía Berenice. Sólo necesito empezar de nuevo. Eso es todo". La mentira suena falsa a mis oídos. Es imposible que me crea.

"Cariño, recuerdo que me destrozaron el corazón. Tienes la misma mirada. También recuerdo cómo fueron las náuseas matutinas las pocas veces que llevé un embarazo más allá de las seis semanas". Me coge la cara con una mano y se le empañan los ojos de lágrimas.

Recuerdo haber oído las historias de los abortos espontáneos de la tía Berenice. Aunque ella y el tío Larry hicieron todo lo posible por seguir las indicaciones de los médicos, nada pudo identificar ni resolver la misteriosa razón de su incapacidad para llevar un embarazo a término. Mis temores cerraron el círculo. ¿Qué daño podría hacer revelar el embarazo? No es como si la tía fuera a divulgar mis secretos. En todo caso, me siento más cómoda hablando con ella que con mi propia madre.

Menudo chiste. No hablo con mi madre.

"Me enteré de que estaba embarazada en la clínica. Me quedo con el bebé. La tía Berenice mencionó opciones, y me asusté cuando mencionó el aborto. De ninguna manera podría hacerlo.

No después de que mamá me dejara tirada con los padres de Kiara cada dos por tres. Sé lo que es no ser deseada". Mi voz se engrosa por la emoción. Las últimas palabras son ahogadas y apenas audibles.

"Serás una madre maravillosa", murmura la tía Berenice.

Ella me abraza. El calor no sólo de su cuerpo, sino también de su aura, me reconforta. Me tumbo contra ella y me quedo dormido unos instantes después. Sus labios rozándome la frente me despiertan. "Tumbate e intenta dormir un poco. Vendré a verte a la hora de comer. Llama al despacho si necesitas algo".

Presente

Consigo dormir unas horas antes de que me golpee la siguiente oleada de náuseas. "No, por favor, otra vez no".

El frío suelo de baldosas me magulla las rodillas cuando caigo en el inodoro un segundo antes de que empiece de nuevo la purga desgarradora. Tengo la piel fría y húmeda cuando termina el vómito. Tiro de la cadena y apoyo la cabeza en el borde de la bañera.

El sonido de unos pasos amortiguados por la alfombra llama mi atención. Romeo Valentino, el diablo encarnado, está de pie en la puerta del cuarto de baño.

El muro detiene mi retirada.

Suplica una oportunidad para explicarse, para excusar su comportamiento el día en que María entró como una bala de cañón para destrozar mis esperanzas y mis sueños.

Algo en sus ojos me suplica que escuche. ¿Cómo podría no hacerlo?

Aunque los bordes dentados de mi corazón gritan de dolor, no puedo dejar de mirarle. Es un hombre apuesto, que destila una cruda sexualidad a pesar de su aspecto. Me vienen a la mente recuerdos de sus largos dedos enroscándose en mi pelo. Manos poderosas que me agarraban con una ternura rayana en el salvajismo.

Apágalo, Nina, antes de que sea demasiado tarde.

Y lo hago, antes de permitirle entrar sin oír las excusas que revolotean en la punta de su lengua. Mi inspección revela defectos poco característicos.

Parece que no soy la única que no ha dormido bien. Romeo tiene el pelo más largo de lo habitual, despeinado. El vello de la mandíbula y la barbilla es más largo de lo que recuerdo. Incluso la camisa y el traje que lleva están desquiciados. Los caros zapatos de cuero italiano no relucen con el brillo que les confiere un pulido reciente.

Romeo se lanza a una larga explicación. "María vino a California sin que yo lo supiera. Yo no lo sabía. Te lo juro. Nico y uno de mis chicos volaron con ella de vuelta a Italia y se aseguraron de devolvérsela a su marido. No tengo ningún deseo de reavivar una relación con ella. *Nessuno*".

La historia de Romeo echa por tierra mi decisión de alejarme. ¿Y si mis suposiciones eran erróneas? Si lo que dice es cierto, entonces soy yo la culpable de la desgarradora agonía de nuestro tiempo separados.

Nuestros ojos se encuentran y se fijan durante un instante, antes de que los míos se desvíen para centrarse en el suelo.

"Es a ti a quien quiero, Nina".

Se arrastra hacia mí de rodillas. Me pongo tensa cuando me tiende la mano, pero me hundo en su abrazo. Las lágrimas surgen sin previo aviso. Los músculos, doloridos por el constante jadeo, chillan con cada sollozo. Mis lágrimas se filtran a través de su camisa. Romeo entierra su

cara en mi pelo. Su gemido vibra contra mi cara.

Sin previo aviso, me aparto para lanzarme de nuevo hacia la cómoda. Esta racha de vómitos ha agotado toda mi energía. Me tumbo en el suelo tomando aire jadeante, cierro los ojos y espero que esto acabe pronto.

La voz de Romeo llega a mí a través de la niebla. "Nina, ¿cuánto tiempo llevas vomitando?".

"Un par de días". La débil y susurrada ronquera de mi voz resulta chocante, dolorosa de oír.

"Te voy a llevar al hospital". Romeo me levanta del suelo y me lleva de nuevo a la cama, donde me coloca sobre ella. "Sin discusiones".

"La tía Berenice me dijo que fuera a la clínica gratuita de South Vegas. Llévame allí".

Mis ojos se niegan a abrirse, mi cuerpo está demasiado agotado para girarse hacia un lado. Temo que se dé cuenta de la redondez cada vez mayor de mi bajo vientre. Una nube desorientadora envuelve mi cerebro. Escucho cómo llama por teléfono a uno de sus hombres. Por favor, que sea Vito. Me ha tratado con más amabilidad que los demás.

"Trae el coche por detrás, pronto".

La presión de sus manos sobre mi vientre me saca del estado de semidespertar que ha sido mi compañero perpetuo. Es demasiado tarde para negar lo evidente. Romeo conoce mi secreto.

* * *

"¿Lo sabías antes de irte?", me pregunta con una voz de paloma que hace que se me salten las lágrimas.

"No hasta que vine aquí".

El colchón se hunde con el peso de Romeo. Me atrae hacia sí. Los contornos de sus bíceps sobresalen cuando sus brazos me rodean.

"No te defraudaré, Nina. Dame la oportunidad de hacer las cosas bien. Haré todo lo que me pidas, pero, por favor, no me quites a mi hijo".

La vulnerabilidad y el miedo tiñen su súplica. Su reacción tiene sentido. Sólo puedo imaginar la angustia de verse obligado a decidir salvar a María o perderla a ella y al bebé. Puede que incluso tema que aborte el embarazo. No puedo atormentarle con esa preocupación.

"Me quedo con el bebé".

A un juramento ahogado en italiano le sigue su risita nerviosa y un golpe en la puerta que anuncia la presencia de Vito. ¿Se alegra de conocer mis intenciones?

* * *

Romeo me ayuda a ponerme una camiseta holgada, unos leggings y unas zapatillas de tenis. Momentos después, me lleva al coche. Rocco abre la puerta. Entramos. Delante, en el retrovisor se refleja la cara regordeta de mi conductor favorito, Vito.

"Me alegro de volver a verla, Sra. Williams", dice Vito. "Ahora vamos a llevarte al médico". El rugido gutural del motor del todoterreno llena el habitáculo. Vito está decidido a que este viaje sea corto.

* * *

La recepcionista no pierde tiempo en llevarme a una sala de reconocimiento cuando me

inscribo y le explico el problema. La doctora entra en la sala unos instantes después, con una bata blanca de laboratorio sobre un uniforme rosa y unos zuecos blancos. Saluda a Romeo con la cabeza.

"Lo primero es lo primero, señorita Williams, ¿le parece bien que este caballero permanezca con usted en la sala de reconocimiento?"

"Me parece bien". La mandíbula apretada de Romeo se relaja cuando respondo.

El médico se enfrenta a Romeo. "Me llamo Dr. Willows. Soy el médico asignado a Nina. ¿Y quién eres tú?"

"Encantado de conocerte, Doctor. Soy Romeo".

"¿Y tu relación con el paciente?" La preocupación del Dr. Willows me levanta el ánimo. *Creo que confío a esta mujer mi hijo nonato.*

El color llena mis mejillas por primera vez en días. "Él... Es el padre del bebé", admito con una mirada vacilante en dirección a Romeo.

"¡Enhorabuena por vuestro primer hijo en común!"

* * *

El Dr. Willows me hace un examen primario. "Tu tensión arterial es extremadamente baja, lo que indica varias cosas. Como dices que llevas un par de días vomitando cada pocas horas. Supongo que estás deshidratada y que se ha alterado tu equilibrio electrolítico. Tengo que hacer algunos análisis de sangre para confirmarlo, y puedo darte algunos líquidos y medicación para aliviar las náuseas y los vómitos. También me gustaría hacerte una ecografía para asegurarme de que el bebé está bien".

"De acuerdo". *Aceptaría cualquier cosa para asegurarme de que el bebé -nuestro bebé- está sano.*

Casi inmediatamente comienza un aluvión de actividad. El Dr. Willows me introduce una vía intravenosa en el brazo, me extrae muestras de sangre y luego me conecta una vía con fluidos. Momentos después, el ecógrafo entra en la habitación. Los ojos de Romeo se clavan en la pantalla. Ni una sola vez aparta la mirada de la imagen que allí se muestra.

Un sonido suave y silbante llena la habitación. No puedo contener la sonrisa ante el reconfortante sonido del latido del corazón del bebé. La Dra. Willows se ríe inesperadamente, con un dedo señalando la pantalla. Las manchas y estrías de la pantalla no significan nada para mí hasta que ella habla.

"Ahora todo tiene sentido. Tenemos dos bebés, lo que puede provocar náuseas y vómitos graves debido a los altos niveles de hormonas necesarios para mantener el embarazo. Parece que son gemelos fraternos. Sacos amnióticos separados. Los latidos son fuertes. No hay separación de las placentas de la pared uterina". El Dr. Willows pulsa un botón de la máquina y entrega a Romeo una imagen del milagro que crece en mi vientre. "Enhorabuena a los dos, otra vez. Voy a comprobar los análisis".

Capítulo Dieciséis

Nina

Romeo no pierde tiempo en acercarse a mí después de que el Dr. Willows abandone la sala. Me duele el corazón al verle tan demacrado y desaliñado. La pregunta persistente y sin respuesta sigue en pie.

¿Puedo creerle?

El único sonido de la habitación procede del chorro de aire frío que sale de las rejillas de ventilación. Romeo toma mis manos entre las suyas y se las lleva a la boca. Besa cada nudillo con reverencia. Tiene los ojos misteriosos encapuchados, las ventanas cerradas de su alma. A diferencia de antes, las profundidades de su alma son tan tranquilas como su presencia en la sala de exploración.

Ese momento de silencio solidifica el pozo de duda que siempre bullía en mi corazón. Romeo admitió sus errores en el pasado. Juró decirme siempre la verdad si acudía a él con preguntas. La niña perdida que llevo dentro sólo conoce el rechazo y el dolor. Primero, mi madre y mis innumerables padrastros nunca quisieron la presencia perturbadora de un niño en sus vidas. Finalmente, fue Cameron quien acabó con mi confianza en los hombres. En el amor y las relaciones.

"¿Dónde está María ahora?" Mi pregunta parece pillar desprevenido a Romeo.

El tipo engreído y seguro de sí mismo vacila. Su garganta trabaja convulsivamente. Ambas manos aprietan ligeramente las mías, como si temiera que me apartara.

"Nico y mis hombres la acompañaron a Italia para asegurarse de que permanecería allí. Les he dado órdenes de vigilarla para que no vuelva a escaparse del país. A Marcelo no le hizo ninguna gracia enterarse de su errática huida a California", admite Romeo.

"Nada de eso me importa. Creía que me habías abandonado, Nina".

"Creía que habías vuelto con *Elvira*". Nos reímos de mi broma. Sin embargo, una dentellada de pérdida me desgarrar el corazón al admitirlo. Mi peor temor queda al descubierto por fin.

Romeo afloja el agarre de mis manos y se inclina hacia abajo. Sus manos me acarician la cara. Un beso suave como una mariposa me roza los labios. "*¡Nessuno!* Aquel día manejé mal las cosas, Nina. Estaba furioso con María por aparecer de la nada. Incluso hablé de nuestra relación con el Dr. Roth. Lo has cambiado todo en mi vida".

Mi corazón me empuja más cerca del abismo que se abre entre nosotros. Bastaría un paso para ponerme al borde del abismo. Una minúscula neurona embozada me acosa.

María se quedó mientras te ordenaban que te fueras. Romeo no te defendió.

"Pero me fui sin saber la verdad", protesto. El olor de Romeo es hipnótico, una rica mezcla

de especias, almizcle y aire marino.

"Debería haberte exigido que te quedaras y que se fuera María". La frente de Romeo se apoya en la mía. Un susurro estremecedor pasa por sus labios antes de continuar. "Tienes mi corazón en tus manos, Nina. Perderte a ti y a nuestros bebés me destrozaría. Dame la oportunidad de convencerte de que soy digno de tu amor".

La puerta se abre sin avisar. La doctora Willows se apresura a entrar con un gráfico en la mano.

"Nina, tengo que ingresarte en el hospital inmediatamente. Dos horas mínimo para observación y líquidos". Mi negativa se levanta automáticamente, sólo para ser detenida por los dedos de Romeo contra mis labios. La doctora Willows continúa, con los labios marcados en una línea sombría: "La deshidratación puede irritar el útero y provocar un parto prematuro".

"Llévatela ahora", ordena Romeo mientras se endereza. En un instante, se ha transformado en el hombre de la autoridad, ribeteado de una cautela subyacente.

"He dispuesto que una brigada de rescate la transporte en helicóptero, Sr. Valentino. Dados los fluidos intravenosos y la necesidad de vigilar su estado, me pareció lo mejor. Puedes ir con ella". La intención de la Dra. Willow recibe la aprobación de Romeo.

Aparecen dos paramédicos con una camilla y minutos después Romeo y yo estamos en el aire sobrevolando el tráfico de las calles de Las Vegas de camino al hospital. Romeo me lleva de la mano en todo momento.

* * *

La pregunta sobre el seguro y el pago me trae de cabeza. Un solo día en el hospital sería más de lo que puedo permitirme. Romeo presenta la exclusiva tarjeta de crédito negra sin vacilar. Algo pasa entre nosotros en ese momento. Una garantía tácita de que piensa estar a mi lado en todo momento.

No puedo evitar preguntarme si su obstinada determinación se alimenta de lo que les ocurrió a María y a su hijo nonato antes de que él llegara a Estados Unidos.

No hay tiempo para demorarse en el supuesto. Un celador me lleva a una zona privada de la sala de maternidad, y no a una sala cualquiera. La enfermera que coloca el monitor fetal deja caer que ese espacio está reservado a personas destacadas.

¿Hay algún lugar al que no llegue la influencia de Romeo?

El relajante silbido de dos latidos me hace sonreír. Romeo se sienta en una silla junto a la cama, observando a todos los que interactúan conmigo con intensidad de halcón. Rocco aparece poco después con una bolsa de viaje y una taza de café expreso para Romeo. Le entrega los objetos a su jefe y cruza el piso para colocarse junto a la cama.

"Sra. Williams", murmura. "Me alegra ver que estás en buenas manos. ¿Necesitas algo?"

El traje y la camisa de Rocco, normalmente bien planchados, están arrugados. Se ha aflojado la corbata y se ha desabrochado los primeros botones del cuello de la camisa. Al igual que Romeo, su aspecto dice más de lo que podrían decir las palabras. Está agobiado, preocupado e inquieto. Saberlo hace que mi consideración por estos hombres pase a un primer plano.

"Estaré bien, pero gracias por preguntar. Gracias por cuidar de Romeo por mí en mi ausencia".

Rocco guiña un ojo y se ríe. "Ha sido un placer".

La Dra. Willows entra por la puerta en ese momento con una enfermera pisándole los talones. Rocco se desliza discretamente por el pasillo para montar guardia. Romeo se levanta y

está a mi lado en un instante.

"La enfermera te dará medicación para las náuseas", me explica la Dra. Willows antes de introducirse en las orejas los auriculares del estetoscopio que lleva colgado del cuello. Me presiona el disco frío contra el pecho y la espalda en varias secciones, mientras me pide que respire hondo.

El siguiente elemento de interés es la impresión del monitor fetal. La enfermera me inyecta medicación en la vía intravenosa del brazo. El Dr. Willows examina la impresión etiquetada como "Bebé A" antes de levantarme la bata de hospital y ajustar el dispositivo atado a mi abdomen a otra zona y marcarla como "Bebé B".

"Tus bebés están muy bien", murmura el doctor Willows. "Volveré dentro de unas horas para ver cómo están". Apaga las luces e indica a la enfermera que la siga. La puerta se cierra tras ellas.

* * *

El calor líquido que recorre mis venas añade un peso increíble a unos ojos que luchan por permanecer abiertos. No puedo luchar contra su efecto como no puedo luchar contra la irresistible atracción que Romeo ejerce sobre mi corazón.

La somnolencia hace que mi mente entre en modo de contemplación. Dudo de mi decisión de marcharme sin escuchar la narración de Romeo. La crianza displicente de mi madre me hizo creer intrínsecamente que mi presencia no tenía sentido en la vida de los demás. Mi ex novio, Cameron, destruyó mi confianza y mi voluntad de entregar mi corazón a otro. Romeo ha trabajado incansablemente para reconstruirlo todo, ladrillo a ladrillo.

Me cuesta un esfuerzo heroico mantener los ojos abiertos. "¿Cómo me has encontrado?"

"Un investigador privado bastante caro", admite Romeo con una sonrisa burlona.

"¿Cómo de caro?" La interrogación amortiguada provoca su suave risa. Se forma una grieta en el hielo que rodea mi corazón mientras lucha por ser libre, por conocer el dulce abrazo del amor.

"Un cuarto de millón".

¡Vaya! "Me alegro de que me hayas encontrado".

"Deberías dormir, *Bella*. Estaré aquí cuando despiertes". El susurro tranquilizador de Romeo me ayuda a adentrarme en la nube de sueño que me engulle por completo.

Capítulo Diecisiete

Romeo

Un silencio apacible, sólo roto por el rítmico silbido del monitor fetal, llena la habitación del hospital. Música para mis oídos. No uno, sino dos niños que pronto bendecirán nuestras vidas. Protegerlos a ellos y a Nina es mi principal objetivo.

Está tumbada de lado, dormida, con un brazo abrazado a una almohada. Su cara ha recuperado algo de color desde que llegamos hace unas horas. Afortunadamente, no ha vomitado desde nuestra visita a la clínica, sin duda gracias a la medicación y los cuidados que le ha proporcionado el Dr. Willows.

Una enfermera ocasional ha entrado en la habitación de vez en cuando para ver cómo estaba. Sus protestas iniciales por la presencia de Rocco al otro lado de la puerta se desvanecieron cuando llamé por teléfono al administrador del hospital.

Desde entonces, me he paseado por el piso, he identificado mentalmente cada color de la casa como el interior de la habitación y he intercambiado numerosos mensajes con Nico y mis hombres. La respuesta de Nico al enterarse del embarazo de Nina fue positiva.

Vinny, en cambio, sigue mostrándose escéptico respecto a ella. Las turbulencias caóticas y los comportamientos arriesgados de María influyen en su juicio desde los primeros días de nuestra relación. Mis planes son llevar a Nina de visita a Italia después de que dé a luz. Unos días con Nina en su presencia cambiarán su opinión. Estoy seguro de ello, dada su disposición tímida y su naturaleza compasiva. El contraste entre las dos mujeres es perceptible cuando recorro la lista de rasgos.

* * *

Nina se despierta a última hora de la tarde. La ayudo a acomodar las almohadas y la acaricio. Ella se sonroja mientras me ofrece unas apagadas palabras de agradecimiento.

"¿Te importaría avisar al tío Larry y a la tía Berenice de dónde estoy y de lo que está pasando? No quiero que se preocupen por mí".

"Estoy en ello".

La conversación con la tía Bernice que sigue me asegura que Nina ha estado en excelentes

manos desde que está con ellos. Su tía está tan angustiada cuando llamo que me encuentro hablando con el tío Larry en cuestión de segundos.

"Bernice no lleva bien estas cosas", ofrece el tío Larry. "Así que tú eres el tipo que le rompió el corazón a mi sobrina. Eso no nos sienta bien, ¿sabes?"

El comentario me hace estremecer. "Espero que me permita corregir el malentendido, Sr. Williams".

El tío Larry va directo al grano. Sin rodeos. Aprecio a un hombre que dice lo que le sale del corazón. "Creo que es a Nina a quien tienes que balancear. Nos mantendrás informados sobre su estado y el alta".

"Por supuesto, señor". Mis ojos vagan de nuevo hacia la belleza melanina que yace en la cama. Su sonrisa vacilante ofrece ánimos para soportar el bautismo de fuego.

"Tú y yo tenemos que sentarnos y mantener una conversación de hombre a hombre cuando esto acabe", añadió el tío Larry. Una campana tintinea de fondo, sin duda la que cuelga sobre la puerta de la oficina del motel. "Ahora tengo que ir a ayudar a un huésped que se está registrando". La línea se corta.

* * *

"¿Tan grave ha sido?" La expresión desconcertada de Nina es un bienvenido respiro a la tristeza y el dolor que he visto hoy. Se sienta en un lado de la cama y la sábana cruje al apartarla. Mi atención se centra en unas piernas largas y suaves que cuelgan por el lateral de la cama.

"Sé que tu familia se preocupa mucho por ti. Aunque eso me hace temer el primer encuentro con el tío Larry, también me asegura que te han cuidado bien en mi ausencia". Mi cuerpo le impide levantarse. "¿Adónde crees que vas, jovencita?"

"De verdad que necesito ir al baño", suspira Nina. "Y por una vez no es para vomitar".

De ninguna manera permitiré que vaya sin ayuda.

Protesta brevemente, pero se da por vencida cuando ambos nos damos cuenta de que ninguno de los dos sabe cómo recorrer la corta distancia que nos separa del cuarto de baño sin ayuda. Una enfermera viene a ayudarla en el proceso. La sigo mientras la mujer retira el monitor y hace rodar la bomba intravenosa mientras sostiene a una inestable Nina.

Llego a la puerta del cuarto de baño, sólo para que me cierren la puerta en las narices. No poder ayudar a Nina es una experiencia aleccionadora. Me reúno con Rocco en el pasillo mientras espero.

"¿Cómo se encuentra la Sra. Williams?" pregunta Rocco.

"Ha dormido la siesta y no ha vuelto a vomitar. Gracias a Dios. Este médico, el doctor Willows, parece tener las cosas bajo control". Sacudimos la cabeza al unísono. Rocco ha estado a mi lado poco después de mi separación de María. Conoce las profundidades del infierno en las que caí entonces, así como el cambio de mi estado de ánimo desde que llegué a Estados Unidos.

"¿Creías que volverías a encontrar el amor?" pregunta Rocco.

La idea de quedarme sola el resto de mi vida era una parte constante de las pesadillas que me perseguían cada noche después de que María se fuera. Nuestra lucha por encontrar algún tipo de equilibrio y paz tras perder al bebé nos llevó a los dos al borde de la locura. Por alguna razón,

nunca lo entenderé. Mi matrimonio con María no estaba destinado a ser. Me di cuenta de ello un par de semanas después de conocer a Nina.

Algo en la serena presencia de Nina aliviaba mi alma atormentada. Su amor alimentó mi corazón hambriento. Y ahora, la prueba milagrosa de nuestro amor se cobija en las profundidades de su vientre. Dentro de unos meses, abrazaré a mis gemelos y aprenderé a superar el dolor que me causó la muerte prematura de mi primer hijo.

"Creía que el amor era un mito. El mundo loco y jodido que María y yo creamos juntos después de que ella perdiera al bebé era más de lo que cualquiera de los dos podía reparar. Pensé que el amor no volvería a encontrarme hasta que conocí a Nina. Es una mujer muy especial". Mi admisión provoca la sonrisa de Rocco.

Su mano flota hacia arriba hasta posarse en mi hombro. "Me alegro de que hayas encontrado a la Srta. Williams, señor. Es perfecta para ti".

"Creo que los dos estamos de acuerdo en eso". La enfermera que sale de la habitación interrumpe nuestra conversación.

"Ya puede volver a entrar, señor. La señora Williams ha pedido yogur de fresa y sopa de pollo. Se los traeré enseguida".

"¡Gracias!"

* * *

Nina está sentada en la cama con el pelo peinado hacia atrás cuando Rocco y yo entramos en la habitación. Nos detenemos justo delante de la puerta cuando la débil letra de una canción llega a nuestros oídos. Se acaricia el vientre con ambas manos. Canturrea a los bebés de su vientre.

El momento mágico termina cuando la enfermera reaparece en la habitación con una bandeja con lo que Nina quería. "Es precioso. Nunca había oído esa canción", dice la enfermera.

Un rubor llena las mejillas de Nina cuando nos ve a todos de pie dentro de la habitación. "Anita Baker es una de mis cantantes favoritas. *You Bring Me Joy* es mi canción fuerte", ríe. "Mis investigaciones me dicen que los gemelos a veces pueden ser un reto".

"Veamos si el yogur hace alguna diferencia en cómo te sientes", ofrece la enfermera mientras camina hacia la cama. "Avísame si necesitas algo más".

Rocco se excusa justo después con la promesa de traerme algo de comer. Nina toma su sopa después de terminar su yogur. Me ofrece un poco, riéndose cuando la rechazo.

"¿Qué te pasa, Romeo, que no te gusta la comida de hospital?"

"Deberías comer. Mi única preocupación ahora es por ti y por nuestros bebés".

Mientras tanto, busco algún concierto de R&B en la zona mientras Nina come. Si a Nina una canción le ayuda en algo con su bienestar, me pregunto qué hará un concierto completo.

Sólo se merece lo mejor. Le daré a esta mujer, mi diosa, todo lo que ella y nuestros hijos necesiten.

Tal vez les regale a ella y a Kiara pases de palco para el concierto de Beyonce/Jay-Z que se celebrará dentro de un mes.

Capítulo Dieciocho

Nina

Me tuvieron dos días en el hospital. Rocco y Romeo cedieron a la atracción de un sillón reclinable y un banco acolchado junto a la pared, que las enfermeras nos dijeron que utilizaban las familias que esperaban el nacimiento de los bebés.

He aprendido un par de cosas interesantes sobre los dos. Rocco ronca muy fuerte cuando duerme. Romeo se ha vuelto aún más posesivo desde que se enteró de mi embarazo.

Volvimos al motel cuando me dieron el alta. El tío Larry y la tía Bernice se reunieron con nosotros fuera cuando llegamos. Lágrimas, abrazos y fervientes declaraciones de amor brotaron de ellos en cuanto bajamos del coche.

La tía Berenice me sigue a mi habitación mientras Romeo habla fuera con el tío Larry. Va directa a la mininevera y mantiene la puerta abierta. "Hemos hecho acopio de todo tipo de cosas que te pueden gustar. Toda la gelatina con sabor a bayas que puedas comer. Ginger ale. Y unos cuantos polos en el congelador. También he metido un par de recipientes de sopa de pollo. ¿Se te ocurre algo más?".

"No pasa nada, tía Berenice". Suspira y me devuelve el abrazo. "He traído unas cuantas almohadas de más, algunas toallas y paños, ya que Romeo se quedará contigo".

"¿Perdona?" me ahogo.

La mención de Romeo quedándose conmigo en la misma cama es vergonzosa. Lo gracioso es que vino con Rocco y el tío Larry en el momento en que la tía Berenice lo sugirió. La expresión seria de Romeo no revela nada. Rocco se escabulle tras lanzar una sonrisa en dirección a su jefe y el tío Larry no dice nada.

"Supuse que no pasaría nada", explica la tía Berenice. Esponja las almohadas y baja las sábanas. "Seguro que te apetece una siesta..."

"Tía Berenice, por favor. Creo que puedo cuidar de mí misma desde que soy adulta". Un sordo latido entre mis ojos aparece sin previo aviso. *¿Por qué tenían que complicarse las cosas antes de que estuviera preparada para afrontarlo todo?*

"Nos vamos", murmura el tío Larry. Rodea con un brazo la cintura de tía Berenice y la guía hacia la puerta. "Supongo que tú y el Sr. Romeo tenéis algunas cosas que discutir".

* * *

La puerta se cierra con un suave golpe tras ellos. Me ocupo de ordenar y guardar una pila de ropa doblada, sin duda cortesía de la tía Berenice. Los brazos de Romeo me tiran contra su

frente. Sus labios me acarician la nuca. Mis pezones se endurecen al instante, mientras la excitación se agolpa en mi interior.

Un suave gemido se libera cuando sus dientes rozan mi hombro. "Deberías descansar", murmura. "La tía Berenice te dijo que te echaras una siesta".

"No creo que pueda dormir". Mi protesta a medias tiene más que ver con su presencia en esta habitación que con el cansancio cada vez mayor que la tía Berenice me aseguró que forma parte del embarazo.

Romeo me da la vuelta. Jadeo, sintiendo la gruesa cresta de su polla presionándome el estómago. "Entonces quizá debería unirme a ti. ¿Qué? No conozco ningún cuento para dormir, pero creo que sé algo que podría ayudarte a conciliar el sueño".

"Romeo, por favor..."

"No puedo evitar la reacción de mi cuerpo ante el tuyo. Saber que llevas a mis bebés sólo amplifica la respuesta. Te prometo que no habrá sexo -se burla con una media sonrisa perversa.

"¿Lo prometes?"

Sus grandes manos ahuecan mis mejillas. La expresión de su rostro combinada con la intensidad de unos ojos sombríos que se clavan en los míos me convence de que se comportará por mucho que yo desee lo contrario. "Sólo por ti, Nina".

Romeo se quita los calzoncillos y yo me pongo una camiseta holgada. Se une a mí en la cama y aprieta su cuerpo contra el mío. En mis labios se forma una protesta, que se calla cuando me besa reverentemente el vientre y me susurra algo en italiano.

"¿Qué has dicho?"

Romeo me sonríe. "Les he dicho a mis bebés que les quiero a ellos y a su madre".

Ahí va otra vez, derriendiéndome mi corazón, destruyendo todas las defensas erigidas a su alrededor. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. "Quiero mucho a mis bebés y a su padre".

"¿Sabes lo que significa para mí oírte decir eso?". pregunta Romeo con esa voz cascajosa que rechina exquisitamente en cada nervio de mi cuerpo. Cuando niego con la cabeza, murmura: "Significa todo para mí. Tú, la vida que llevas dentro, lo eres todo".

Me anima a darme la vuelta. Se me escapa un gemido al sentir el primer beso de las manos de Romeo sobre mi piel. Sus dedos manipulan los músculos de mi cuello y mis hombros hasta que toda la tensión desaparece de mi cuerpo. Sus manos se abren camino desde el cuello hasta la parte baja de la espalda. Incluso los pomos de mi espalda reciben la atención de sus dedos.

Y tal como prometió, ni una sola vez el masaje adquiere un tono sexual. ¿Es posible que Romeo esté aprendiendo a autocontrolarse?

La somnolencia impide seguir explorando la idea. Me quedo dormida envuelta en el círculo de los brazos de Romeo.

* * *

A la mañana siguiente, durante el desayuno, la tía Berenice y el tío Larry se muestran cautelosamente de acuerdo con mi decisión de volver a Newport Beach con Romeo.

Insisto en que Romeo viaje conmigo en mi Camry trabajado que ahora se supone que está mejor que nunca gracias a las habilidades mecánicas del tío Larry. Días antes, encontré el capó levantado unas cuantas veces con un tío Larry untado de grasa sonriendo y haciendo bumping al ritmo de música de los 80.

"Ten un poco de fe en tu buen tío", me dijo. Agitando una llave inglesa hacia el motor,

prosiguió: "Sé exactamente lo que pasa aquí y dentro de unos días ni siquiera reconocerás a este bebé".

"No puedo pagarte. Estoy sin blanca", respondo.

"Considéralo tu regalo de Navidad".

* * *

Vito y Rocco nos siguieron detrás. El tiempo a solas en mi coche nos dio tiempo a Romeo y a mí para hablar de todas las cosas que había dejado de lado hasta ahora.

"Quiero que te mudes conmigo", empezó Romeo mientras acunaba mi mano libre entre las suyas. "Kiara me dijo que te habías desprendido de tu apartamento. ¿Tenías intención de quedarte en Las Vegas para siempre?"

La pregunta era desconcertante. Romeo soltó mi mano a regañadientes cuando la liberé de su agarre. "Sí. Mi familia me dijo que podía quedarme todo el tiempo que quisiera y que tenía un trabajo". Mis ojos permanecen fijos en la carretera. "Ser abandonada es algo natural en mi vida. Mi madre lleva años persiguiendo el amor y la felicidad. Le resultaba más fácil dejarme en casa de Kiara que llevarme con ella a todas esas vacaciones encantadoras que se ha tomado a lo largo de los años. No recuerdo la última vez que me llamó o envió un mensaje de texto para saludarme o simplemente para ver cómo estaba".

"¿Dónde está ahora?"

Mi coche ronronea por la autopista mientras ordeno mis pensamientos. "Jamaica, creo. Probablemente en otra escapada con el marido cinco o seis, y para ser sincera, no tengo ningún deseo de ir detrás de alguien a quien le gusta viajar más de lo que me quiere a mí."

"Lo siento, Nina. No te mereces que te trate así".

"Mi ex, Cameron, puso la guinda a mi creencia de que las relaciones son para tontos y que debería quedarme sola para siempre. Un día llegué pronto a casa del trabajo y lo encontré en la cama con una de sus compañeras. Intentó convencerme durante meses de que era una aventura de una sola vez". La confesión va seguida de un bufido de burla. Al menos esta vez, las lágrimas no parecen aumentar mi malestar. "Encontré docenas de mensajes en su teléfono que abarcaban varios meses".

"¿Has entrado en su teléfono?" dijo Romeo.

"Se olvidó de que soy yo quien puso la contraseña". La risa de Romeo se funde con la mía. "Pasamos la mayor parte de aquella noche y del día siguiente discutiendo mientras yo empaquetaba mis cosas. Quería que me quedara y estaba empeñado en convencerme de que marcharme era un error. Encontré los mensajes cuando dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina para ir al baño".

"Idiota".

"Has conocido a Cameron, así que entiendes la otra razón por la que me fui. Se cree muy duro".

Pasan unos segundos...

"Siento haber estropeado las cosas el día que apareció María". La voz de Romeo es suave, carece del tono autoritario que suele acompañar a sus palabras. Le miro durante un segundo antes de volver a centrarme en la carretera. Está sentado con la cabeza inclinada, mirando al suelo. "Te llamó *Beyonce*, y se lo permití. Estaba cabreado, no quería otra cosa que estrangularla por todos los problemas que ha causado".

"Podrías volver a amarla, Romeo. Lo sé y me aterroriza".

"Nunca", murmura. "Me traicionó de la peor manera. Te quiero a ti y sólo a ti, Nina. Debería haber hecho que Rocco y Nico se deshicieran de ella en cuanto llegó. Fue mi peor día en América".

La imperiosa necesidad de vaciar la vejiga me obliga a sacar el coche de la interestatal 11 y llevarlo a un área de descanso. Me siento en silencio con las llaves en la mano, pensando en todo lo que Romeo acaba de decirme. He confesado lo que siento por él, igual que él lo hizo por mí.

La mano de Romeo en mi brazo rompe el ensueño. Sus ojos buscan mi rostro. Vulnerabilidad. Miedo. Veo esas emociones reflejadas en los estanques profundos y límpidos que tiran de mi corazón.

"¿Qué ocurre?", pregunta.

Una respiración temblorosa se libera de mis pulmones. "Siento no haber esperado la oportunidad de preguntarte qué había pasado. Lo que ha pasado es tanto culpa mía como tuya, Romeo".

Nos inclinamos el uno hacia el otro. Sus brazos me rodean con fuerza mientras me acaricia el pelo. El suave golpe de su corazón calma lo que queda de mis preocupaciones.

"Gracias por darme otra oportunidad", murmura Romeo contra mi pelo.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Parpadeo para aclarar la vista, y doy un respingo cuando el sonido de Rocco golpeando la ventana me sobresalta. "Tu guardaespaldas te busca y el baño me llama".

Romeo captura mi boca en un beso que dice más que las palabras. La vulnerabilidad teñida de pasión y amor que sin duda es difícil de expresar para un hombre como él. Mostrar debilidad en su mundo puede acarrear muchas consecuencias negativas. Pérdida de poder, de dinero y de la vida.

Un escalofrío me recorre la espalda al pensarlo. *¿Es posible que nuestros mundos se fusionen de forma que proporcionen una vida segura a nuestros hijos?* Estoy dispuesta a correr ese riesgo. El tiempo que pasé sola sin Romeo y la idea de que ya no me quería me causaron más dolor del que quiero volver a sentir.

Elijo una vida con él.

Capítulo Diecinueve

Romeo

El trayecto de casi cuatro horas de Las Vegas a Newport Beach, California, nos brinda a Nina y a mí la oportunidad de discutir los detalles más sutiles de nuestra vida en común.

Acepta mudarse conmigo tras divulgar que renunció a su antiguo apartamento antes del viaje al norte. Comparto con ella la firme resolución de Kiara de mantener su confianza, una hazaña asombrosa teniendo en cuenta el número de veces que la visité o llamé.

Nuestra vida asume un ritmo más relajado una vez que regresamos. Al día siguiente de nuestro regreso, Nina y yo visitamos al obstetra y al neonatólogo que nos recomendó la tía Berenice para seguir con los cuidados prenatales. Otro acontecimiento poco apetecible se produce poco después de que volvamos de la consulta del médico.

Para mi disgusto, Kiara nos visita sin avisar. No tiene una opinión muy buena de mí, y espero que no se traslade a sus interacciones con Nina.

"Me alegro mucho de que hayas vuelto", chilla Kiara y abraza a Nina cuando la ve descansando en el sofá del salón. "La vida ha sido aburrida y solitaria sin ti".

"Últimamente ha habido algunas sorpresas que podrían mantenerte alerta", suspira Nina mientras lanza una mirada suplicante en mi dirección. "¿Por qué no te sientas, Kiara? A Romeo y a mí nos gustaría hablar contigo".

"Oh, mierda", murmura Kiara antes de dejarse caer en el sofá, frente a Nina. Entorna los ojos en mi dirección. "Y tengo la extraña sensación de saber de quién es la culpa".

Rocco permanece en la otra habitación, apoyado en la pared detrás de Kiara. Su melodramático movimiento de ojos casi desintegra mi determinación de mantener la calma y no ser partidista. La excelente cara de póquer de Nina le permite mantener una expresión sombría. Sé que compartiremos el humor de este momento más tarde, esta noche, después de acostarnos.

"Romeo y yo somos socios, Kiara. Así que si quieres culpar a alguien, por favor, hazlo directamente sobre los hombros de ambos". La defensa que Nina hace de mí es reconfortante.

La expresión de Rocco se tranquiliza. Se da cuenta de que las cartas están en mi contra. La amiga de la infancia de Nina podría inclinar la balanza de nuestra relación a mi favor, un resultado que no me sentará nada bien. Nina me advirtió que este momento sería tenso y que Kiara podría arremeter contra mí cuando se enterara del embarazo.

Tomo la mano de Nina entre las mías después de reunirme con ella en el sofá. "Hemos resuelto nuestras diferencias y estamos mucho mejor. Me haría feliz saber que su mejor amiga acepta nuestra relación sin reservas".

"¿A qué juegos estás jugando con mi chica, Romeo?" pregunta Kiara. Se inclina hacia

delante con los codos apoyados en las rodillas. "¿Y qué demonios pasó en Las Vegas?"

"No está jugando, chica. Por cierto, acabo de enterarme de que estoy embarazada", susurra Nina.

Kiara jadea y se pone casi roja. "¿Decir qué?"

"Romeo llegó justo a tiempo para llevarme al hospital". Nina respira hondo y sus dedos se aprietan alrededor de los mios. "Tuve náuseas matutinas muy fuertes, que me provocaron deshidratación. El médico me tuvo dos días en el hospital y descubrí que estaba embarazada".

"¡Mierda!" Kiara se deja caer de espaldas en el sofá y, por una vez, permanece en silencio. Un silencio que dura menos de un minuto. "Creía que tomabas la píldora, Nina".

"Soy una del dos o tres por ciento que se queda embarazada con la píldora. Por favor, escúchanos, Kiara. He cometido tantos errores como Romeo. Me fui sin escuchar su versión de los hechos el día que apareció su ex mujer. Si le hubiera dado esa oportunidad, las cosas habrían sido muy distintas". A Nina se le entrecorta la voz. Temo que esté a punto de llorar, pero, como siempre, recupera el control y continúa. "Por cierto, Romeo y yo vamos a tener gemelos. Me encantaría saber que estarás a mi lado en todo momento. Eres mi mejor amiga y te necesito..."

Las lágrimas brotan de sus ojos cuando se le quiebra la voz. La acerco a mí mientras le susurro palabras tranquilizadoras.

"Si me dices que Romeo ha arreglado las cosas, ¿quién soy yo para cuestionarlo?". La voz de Kiara es gruesa. Nos acercamos el uno al otro y nos abrazamos durante varios minutos. Kiara es la primera en apartarse y soltar una risita. "¡Vale, basta de lágrimas! ¿Qué tal una celebración, ya que voy a ser madrina dos veces?"

"Esperaba que te unieras a nosotros para una sorpresa que quería compartir hoy con Nina", dice Nina.

"Me encantaría acompañarte", responde Kiara.

"Romeo", dice Nina. "No más regalos fastuosos".

"No te preocupes, *Bella*. Esta no lo es", me río.

* * *

Una vez abrochados los cinturones, Vito nos lleva fuera de Newport Beach, hacia Mesa Drive. Un agente inmobiliario ha quedado conmigo hoy para visitar una finca, un lugar que espero comprar antes de que Nina dé a luz.

El coche del agente inmobiliario espera a la entrada de la finca. Rocco me sigue sin rechistar. Ha confabulado conmigo en la compra de una casa más adecuada desde que me enteré del embarazo de Nina. De hecho, recorrió la finca a última hora de ayer, tras nuestro regreso de Las Vegas. Sus fotos del lugar me convencieron de que era precisamente lo que yo esperaba de un hogar para Nina y nuestros hijos.

Nina da un grito ahogado cuando salimos del coche delante de la finca palaciega de estilo rancho. "Romeo, por favor, dime que no has comprado esto para mí".

"Por supuesto que no, Nina. Espero adquirir la finca como nuestro hogar si cuenta con tu aprobación".

Kiara y Rocco se van a explorar la casa y la zona de la piscina mientras Nina y yo seguimos a la

agente inmobiliaria al interior. Un jadeo repentino me dice que está tan sorprendida como yo por la planta abierta del lugar. Todo está modernizado con suelos de baldosas de travertino y una combinación de colores neutros. Los nuevos electrodomésticos de acero inoxidable y la cocina comedor están junto al salón. El comedor da a la zona de la piscina, donde Rocco y Kiara siguen conversando. La piscina está rodeada por una valla de seguridad.

"Hay una suite principal con baño en suite, además de los tres dormitorios y dos baños. Hay una despensa, un cuarto de barro y un garaje para tres coches, si quieres ver esas zonas. También puedo llevarte a recorrer toda la finca. Los propietarios dejaron un carrito de golf para ello". La agente inmobiliaria, una mujer de unos cuarenta años, lleva unos pantalones capri blancos combinados con una blusa azul marino. "Veinte acres vienen con la finca. Más de la mitad está dedicada al huerto, el resto está sin urbanizar. El precio es de uno coma cinco millones y los propietarios están deseando vender".

Nina se queda con la boca abierta cuando el agente inmobiliario le dice el precio tan despreocupadamente como si lo mencionara en una tienda de comestibles.

* * *

Una hora más tarde, después de haber recorrido toda la finca, discutimos la posibilidad de comprar la propiedad. Como de costumbre, el lado sensato de Nina se opone a la compra.

"Te has enterado de lo que quieren los propietarios, ¿verdad?", pregunta. "¿O soy el único por aquí que entiende que eso es mucho dinero?".

Se acurruca contra mí cuando tiro de ella. Mi boca se posa en su sien, el dulce aroma de su pelo burla mis sentidos. "Este lugar me recuerda a Italia. Y debes admitir que mi ático no es un lugar adecuado para criar niños. Quiero que sientan la hierba bajo sus pies y respiren el aire besado por el sol".

Nina gime y pone los ojos en blanco. "Parece que el melodrama y los italianos van de la mano". Hace un sonido de derrota. "Si significa tanto para ti, entonces vale".

"Por supuesto que no. El agente puede encontrar otra propiedad si no te gusta ésta".

Nina inclina la cara hacia la mía, levantando ligeramente una comisura de los labios. "¿Harías eso por mí?"

"Haría cualquier cosa por ti".

"Pero todos pensarán que soy una cazafortunas", protesta. "Me gusta este lugar tal como es. Todo es perfecto. ¿Pero un millón y medio de dólares?"

"Es menos de lo que pagué por el complejo".

Otro giro de ojos saluda la confesión. Nina roza sus labios con los míos. "Estaría bien despertarse con los sonidos de la naturaleza. Los gemelos necesitarán su propia habitación en algún momento y dijiste que te recordaba a Italia. Me imagino cuánto echas de menos tu hogar. Me apunto si quieres comprarla".

Los ojos del agente inmobiliario se iluminan cuando acepto hacer una oferta. "Presentaré los papeles en cuanto vuelva a la oficina. Gracias, Sr. Valentino y Sra. Williams".

* * *

Romeo manda un mensaje a Vito, indicándole nuestra intención de volver al complejo. Nos quedamos boquiabiertos cuando Rocco y Kiara aparecen a lo lejos, caminando por el huerto. El sonrojo que invade las mejillas de Kiara se hace patente cuando están a pocos metros de

nosotros. Rocco se inclina para susurrarle algo al oído. La risa de Kiara es un cambio agradable respecto a la mujer iracunda con la que he tratado en las últimas horas.

"Tienes que estar de broma", murmura Nina. "¿Rocco y Kiara?"

"¿Qué puedo decir? Los hombres italianos tienen fama de ser bastante atractivos". Nina me da un puñetazo en el pecho ante mi humor sarcástico.

La oscuridad que se cernía sobre nosotros se desvanece. Nuestro viaje de vuelta a casa está lleno de risas y de una conversación deliciosa.

Rezo para que dure para siempre.

Capítulo Veinte

Nina

El huerto es todo lo que una madre sueña para sus hijos. Espacios amplios y abiertos. Aire fresco. Un hogar que supera todo lo que podría imaginar. El precio, sin embargo, me hace dudar incluso después de que Romeo presentara una oferta.

Mi tiempo con él debería bastarme para comprender que el dinero no significa nada para él. He aprendido a contener mis reacciones ante muchas cosas. Demasiado a menudo, después de comprar por Internet, han aparecido artículos en el ático a diario. Zapatos. Ropa. Joyas. Electrónica y electrodomésticos. Los antojos de pepinillos hicieron que se almacenaran en el frigorífico una docena de tipos diferentes.

Es sobrecogedor saber que mi más mínimo capricho se cumplirá si Romeo se entera de él.

Nada escapa a su detección. Siempre observador, atento a los pequeños detalles que podrían escapar a la atención de los demás. Lo cuestiona de vez en cuando, pero nunca lo presiona cuando dudo en hablar del asunto.

Kiara y yo empezamos a hacer una lista de deseos de artículos para los bebés mientras la propiedad está en depósito. Cunas, sillas de coche y otros artículos llenan las listas de Target y otras tiendas online para futuros padres. Como aún no se ha revelado el sexo, mantenemos las cosas neutras: verde pastel o blanco. Ya habrá tiempo para eso, porque faltan meses para la fecha del parto.

* * *

El día del cierre del huerto trae consigo un aluvión de actividad en el ático esa misma tarde. Romeo ha contratado a una empresa de mudanzas que ha llegado sin avisar para empaquetar la mayoría de nuestras pertenencias en cajas que se entregarán mañana en la casa.

"Yo puedo ayudar", protesto cuando la primera media docena de personas de la mudanza se distribuyen, una persona por cada habitación, y empiezan a revisar nuestras pertenencias.

"Relájate, deja que los de la mudanza se ocupen de los objetos grandes. Hay unas cuantas cajas en la suite principal para que empaquetes cualquier cosa ligera", me asegura Romeo.

Me faltan las palabras cuando la primera de las docenas de cajas llega a la gran sala. Cada una lleva una etiqueta con la habitación de la que procede su contenido. Impotente, eso es lo que soy. La sensación me inquieta, así que me doy la vuelta y salgo de la habitación antes de que se desaten las emociones que se arremolinan dentro de mi cabeza.

* * *

De algún modo, consigo pasar la noche. Romeo parece imperturbable por el minucioso trabajo que hicieron los de la mudanza en sólo unas horas. A mí, en cambio, me resulta imposible dormir. El balcón se convierte en un lugar tranquilo en el que entretenerse mientras él duerme sin problemas.

¿Por qué el hecho de hacer las maletas y mudarnos altera tanto la sensación de calma interior que he sentido desde que volvimos a casa?

La explicación me golpea sin previo aviso.

Pasé la mayor parte de mi infancia mudándome de un hogar a otro. Nada permanecía mucho tiempo en un mismo lugar, dado que ninguno de los matrimonios de mi madre duró más de dieciocho meses. La estancia más breve en casa de un hombre rico fue de tres meses. Noventa días durante los cuales sentí que no pertenecía a ningún sitio.

Los brazos de Romeo rodean mi cintura. Me acaricia la oreja. "Deberías estar durmiendo".

"No va a ocurrir".

"¿Qué te preocupa, Nina?". Su cálido aliento me acaricia la oreja con cada palabra.

Un escalofrío me recorre la espalda. "Nunca me han ido bien las mudanzas. Siempre ha supuesto un cambio inoportuno en mi vida".

Romeo me hace girar lentamente hasta que me veo obligada a mirar a unos ojos ilegibles. Su rostro es sombrío, aunque relajado. "Espero que la mudanza sea un cambio bienvenido para nosotros. Si no estás contenta con el lugar, podemos ponerlo a la venta mañana".

"En absoluto. Me encanta. Es más que perfecto".

"Entonces vuelve a la cama y duerme un poco".

Mi vacilación se encuentra con la fuerza de Romeo. Me levanta como si no pesara nada y me lleva de vuelta a la cama. Su rodilla se desliza entre las mías. Se ciernen sobre mí sin hablar.

"¿Qué te preocupa, Romeo? Las sombras oscurecen la mayor parte de su rostro, inspirando mi pregunta.

Su boca toma la mía, la punta de su lengua separa mis labios con pericia. Un gemido se escapa segundos después de que sus manos se deslicen bajo mi camisón y suban hasta mis pechos. Mis rodillas se abren. Las caderas inclinadas se acomodan en la cuna de mis muslos.

El grueso bulto de su polla me dice todo lo que necesito saber. La última vez que hicimos el amor fue la noche anterior a la inesperada aparición de María. Romeo ha esperado pacientemente, para mi disgusto.

"Dime que me deseas", me exige Romeo. Su mano me toma la cara, el pulgar me recorre el labio inferior con agonizante lentitud.

"Tú, siempre".

El humeante zarcillo de necesidad de mi vientre ruge sin control hasta convertirse en una llameante conflagración que amenaza con consumirnos a los dos. Romeo aviva las llamas con una habilidad exquisita y exigente.

No tengo problemas para dormirme, mucho, mucho más tarde.

* * *

Mi gratitud hacia los de la mudanza aumenta cuando los veo transportar cajas y muebles a la casa al día siguiente. La zona va tomando forma gradualmente como nuestro hogar a lo largo de los días que siguen a la mudanza inicial. Los pequeños detalles, como un cuadro aquí o una fotografía allá, se convierten en carta blanca cuando Romeo me da permiso para hacer lo que quiera con el lugar.

* * *

Una ecografía realizada unas semanas después de mudarnos confirma la insistencia de Romeo en que los bebés son varones. El ecografista nos regala fotografías y un DVD con las imágenes. Se me llenan los ojos de lágrimas de camino a casa. Mis dedos trazan los detalles de los milagros que crecen en mi vientre.

"Necesitamos nombres para ellos. Nombres buenos, italianos, que reconozcan su herencia".

"Tendrán mi apellido. Deberías elegir nombres para los niños", insiste Romeo.

"Deberíamos elegir nombres juntos".

Kiara aparece esa noche con un libro de nombres de bebés y dos pares de patucos azules diminutos en una bolsa de regalo. "No he podido resistirme".

¿Y quién soy yo para decirle que no?

Romeo y yo seleccionamos una docena de nombres de entre los cientos que aparecen en la lista. Su cabeza descansa sobre mi vientre, su mano ahueca la prueba cada vez mayor del embarazo. No pasa una noche sin que hable a nuestros hijos de su amor por ellos.

"Alessandro y Gino", murmura Romeo, rodando hacia mí. "Buenos nombres italianos. Pero sólo si tú los apruebas".

"Perfecto". Una ráfaga de movimiento dentro de mi vientre parece mostrar la aprobación de los gemelos. Las manos de Romeo cubren las mías, apoyándose en la zona donde el acelerón da prueba de su vigor.

Es un día mágico que recordaré siempre.

* * *

Kiara llama al día siguiente, ofreciéndose a ayudarme a cargar las últimas cajas de mis pertenencias que quedan en su apartamento. Vito se ofrece a llevarme, pero declino la oferta. Romeo está decidido a contratar más guardaespaldas para la finca. La seguridad es la menor de mis preocupaciones.

No puedo evitar poner los ojos en blanco al ver al equipo que instala cámaras que se activan con el movimiento y alarmas perimetrales mientras mi coche pasa junto a ellos de camino a casa de Kiara. El corto trayecto está lleno de sol y enérgicas canciones de R&B que salen a borbotones del sistema de altavoces de mi coche.

Kiara es fiel a su palabra. Insiste en cargar con la mayoría de las cajas, permitiéndome manejar sólo las más ligeras.

"Deberías cenar con nosotros esta noche. Rocco llevaba antes unos vaqueros rotos y una camiseta sin mangas. Sé cómo te gustan sus músculos". Mi burla provoca un bufido fingido de indignación por parte de Kiara.

"Si hay buena comida, allí estoy".

"¿La lasaña se consideraría buena comida?"

Un enérgico movimiento de cabeza nos hace reír excitados a los dos.

* * *

Kiara me sigue de camino a casa después de horas de hacer la maleta. Necesito algo de hip hop para mantenerme animada. Los bajos y los compases llenan mi coche mientras me adelanto.

La mayor parte del camino de vuelta es llano y se recorre con facilidad. Una cuesta abajo que desemboca en una curva pronunciada es la parte más peligrosa de la ruta que lleva a mi casa. Mi pie pisa el freno para reducir la velocidad, una práctica que se ha convertido en una segunda naturaleza desde que volví a vivir aquí.

Mi corazón late incontrolablemente cuando el pedal del freno llega hasta el suelo. Todo se mueve a cámara lenta.

El coche se descontrola al entrar en la curva.

Lucho con el volante. Un grito choca con la música que llena el coche.

El coche rompe la valla junto a la carretera y se estrella contra un terraplén.

El metal grita. El impacto es estremecedor.

Mi cabeza golpea algo con tanta fuerza que estallan brillantes fragmentos de luz en mi campo de visión.

Los globos explotan. El humo y el calor me envuelven.

El silencio sigue a la nube de oscuridad que me engulle por completo.

"Nina, Nina. Di algo. Lo que sea". me suplica la voz ahogada de Kiara cuando llega al lado del conductor. Las sirenas resuenan en la distancia.

Un dolor me apuñala en medio de la frente, irradiándose hacia fuera. Las manos de alguien sujetan mi cuello y mi cabeza, negándose a permitir que se muevan cuando intento incorporarme.

Kiara solloza y suplica a cualquiera que me salve. Un hombre en la escena me dice que deje de moverme.

Mis ojos se abren con una lentitud agonizante.

El rostro de Romeo se cierne ante mí, con los dientes enseñados en una mueca, disfrazada de sonrisa en FaceTime.

"He intentado parar. Los frenos dejaron de funcionar", le dije a Romeo en el teléfono de Kiara.

"No te muevas, cariño. Kiara ha llamado al 911. Estoy a cinco minutos", dice Romeo. Una respiración agitada se abre paso. "Oigo sirenas. Llegarán pronto".

Cada respiración supone un esfuerzo tremendo. Si no puedo respirar, los bebés no tendrán oxígeno.

La lucha aterrorizada comienza en mi interior. El hombre de la escena me sujeta por los hombros, suplicándome que me quede quieta.

"No puedo respirar". La oscuridad embarrada se come la escena borrosa. Sale vapor del capó arrugado de mi Camry. El mismo que el tío Larry mandó reparar en Las Vegas hace semanas. Destrozado.

* * *

Más voces se unen a aquellas, rogándome que abra los ojos, que respire. Algo frío sisea y llena de vida mis fosas nasales.

"Nina, me llamo Michael. Soy paramédico. Te he puesto una máscara de oxígeno. Te ayudará a respirar".

"Está embarazada de cuatro meses y medio". La voz de Kiara es gutural.

Las cosas se mueven borrosamente. Tantos sonidos. La cabeza me da vueltas mientras la gente trabaja a mi alrededor. El dolor me apuñala el brazo.

A pesar de todo, me aferro al rostro de Romeo a través del iPhone. Mi mano lucha por la suya, los dedos buscan frenéticamente, hasta que siento la buena fuerza de Kiara agarrando la mía.

El movimiento oscilante casi me adormece. Mis ojos se abren de par en par con la nauseabunda sensación de un giro brusco que hace que el balanceo sea errático y caótico.

Minutos después

Un hombre con uniforme y un estetoscopio colgado del cuello levanta la vista de un portapapeles que tiene sobre el regazo. "Hola. Me alegro de verte despierto. Soy Michael otra vez, tu paramédico. Vamos a llevarte al hospital para que te examinen. ¿Recuerdas lo que pasó?".

"Los frenos se estropearon. No podía parar, ¿Romeo?", mi voz se vuelve frenética con su nombre.

"Aquí mismo, cariño. No voy a ir a ninguna parte". El rostro más apuesto y reconfortante del mundo me sonríe desde el lado opuesto de la camilla. *Ha llegado.*

"Nina, ¿sientes que los bebés se mueven?" pregunta el paramédico Michael.

Una ráfaga de movimientos erráticos procedentes de mi vientre me hace gemir y asentir. "Futbolistas. Los dos".

* * *

La sirena se corta sin previo aviso. Comienzan los pitidos cuando el vehículo se detiene y se desplaza marcha atrás. Unas luces rojas se reflejan a nuestro alrededor.

"Estamos en el hospital", anuncia el paramédico Michael. "Cuando entremos, habrá mucha gente preguntándote cosas. Estaré contigo hasta que llegue el médico".

Las puertas se abren sin previo aviso. Entra aire frío. La siguiente parte fuera de control de esta pesadilla comienza cuando la camilla se desliza fuera del equipo de rescate.

Capítulo Veintiuno

Romeo

La frenética llamada telefónica de Kiara alertándome del accidente hizo que mi mente se agitara, suplicando frenéticamente, mientras el terror florecía en mis entrañas.

Otra vez no. Por favor, ni Nina ni nuestros bebés.

El coche arrugado se alzaba ante mí, con un penacho de vapor saliendo del capó arrugado. Un anticongelante dulzón y enfermizo perfumaba el aire.

Un accidente tan grave podría significar lo peor.

Nina podría estar muerta.

* * *

Momentos antes de mi llegada, Kiara y un hombre que estaba en el lugar buscaban frenéticamente cualquier señal de vida procedente del interior del coche. Una plegaria silenciosa salió de los labios de Kiara al ver que Nina se movía ligeramente.

Momentos después, Nina se movió y gruñó, luchando por liberarse. Estaba atrapada.

Se produce otro milagro cuando grita. Se han fundido los frenos, le explica a Kiara. Se suponía que eran frenos nuevos que su tío había puesto antes de salir de Las Vegas.

Cinco minutos después

Los ojos de Rocco se cruzan con los míos. Su expresión es sombría, y un gesto seco de la cabeza me asegura en silencio que se ocupará de ello. De todos los hombres que me sirven, es el más digno de confianza, a menudo actúa como si conociera mis peticiones antes de que yo las haga.

En unos minutos llega un equipo de rescate. Rocco se interpone entre los paramédicos y yo, y colabora con los bomberos y el equipo de rescate para sacar a Nina sana y salva del coche.

"Dales espacio, señor".

Rocco tiene la espalda erguida, la mandíbula tan apretada como la mía. "No creerás que esto es un accidente, ¿verdad?"

"¡No! El tío de Nina trabajó en su coche antes de que nos fuéramos. No le haría eso a su sobrina. Que los frenos fallen tan pronto es sospechoso. Ya sabes lo que tienes que hacer". El acero y la rabia tiñen mi voz.

Si alguien se mete con su coche, habrá un castigo rápido.

No hay tiempo para seguir discutiendo, pues los paramédicos sacan a Nina del coche en camilla. Me permiten ir con ella en la parte trasera del equipo de rescate hasta el hospital. Le dije a Kiara que todo iría bien. Rocco la acompañó a casa. Ahora mi atención se centra en Nina. El tiempo transcurrido entre que me entero del accidente y llego a urgencias es el incidente más surrealista de mi vida.

Sólo hay un incidente que se le acerca en comparación. El día que creí que habían matado a María y descubrí que le habían disparado.

Empujo el opresivo peso de aquel día al fondo de mi mente mientras llegamos al hospital. Rocco desobedece mi orden y viene al hospital con Kiara. *No pasa nada*. La tensión, combinada con el fuerte olor antiséptico que desprende la sala de espera, me produce náuseas.

Kiara hace varios viajes al lavabo de señoras a pocos metros de donde estamos sentados Rocco y yo. El sonido sordo de sus jadeos añade otra capa de sombrío a un día tan frío y austero como una lápida cubierta de nieve.

Rocco y yo no mencionamos esos momentos. Consuela a Kiara lo mejor que puede, ofreciéndole agua y trayendo toallitas de papel para secarle el sudor que le sale profusamente.

* * *

El tiempo pasa con agonizante lentitud mientras los médicos examinan a Nina. Se acerca la medianoche antes de que un médico vestido de uniforme se acerque a nosotros en la sala de espera.

"¿Sr. Valentino?", pregunta dubitativo. "Nina quería que te conociera. En realidad, me exigió que te encontrara".

Mi risa nerviosa saluda al médico. Rocco hace todo lo posible por consolar a Kiara cuando rompe a llorar. Una oleada de alivio me inunda.

preguntó Nina por mí. "¿Se va a poner bien?"

"Está grogui, pero lúcida y consternada. Si me sigue, señor".

El médico te guía a través de una puerta doble y varios pasillos enrevesados hasta una sala de reconocimiento. "Adelante, Sr. Valentino. Te está esperando".

Nina lleva la típica bata de hospital. Le he puesto una sábana por encima para darle más calor. Está muy magullada y ensangrentada, con una venda cubriéndole la laceración de la cabeza. Su mano se estrecha en torno a la mía.

El parpadeo constante de un monitor cardíaco combinado con los rápidos parpadeos procedentes de un monitor fetal cerca de la cama alivian mis preocupaciones. Los ruidos apagados del monitor hacen levantar la cabeza a una enfermera.

Nos sonrío. "Es bueno oír a los gemelos tan activos", nos dice. "Es una buena señal". Se marcha tan rápido como ha venido.

Todo lo que nos rodea se desvanece en el fondo mientras Nina y yo susurramos entre nosotros.

Declaraciones secretas sólo para nuestros oídos. Mi atención se centra en Nina. "¿Cómo te encuentras, cariño?"

"Estoy dolorida pero bien. Gracias a Dios", murmura. "Se me han saltado los frenos, Romeo. Conducía atenta, te lo juro".

"No te preocupes", le aseguro. "¿Ha venido el médico a ver cómo están nuestros bebés?"

"Están bien", me asegura Nina. "Yo sólo tengo una contusión, unos moratones y ese corte profundo en la cabeza".

Una contusión y un corte profundo. Lo dice como si fueran incidentes cotidianos. Ahora no es el momento de discutir las sutilezas del asunto. Nina y los bebés están a salvo, y eso es lo único que importa ahora.

* * *

Evidentemente, Nina debe permanecer en el hospital. Las enfermeras asignadas a Nina me tratan con el mismo cuidado que a su paciente. Una me ofrece una taza de café y una comida precocinada. Otra recluta la ayuda de otras dos enfermeras para que la ayuden a meter un sillón reclinable en la habitación junto a la cama. Aparecen una almohada y mantas no sólo en el sillón reclinable, sino también en el banco acolchado que hay a unos metros.

"Pensamos que a ti y a tus seres queridos os vendría bien descansar esta noche", explica la enfermera. "Me he asegurado de que los demás también tuvieran algo de comer y beber. Pueden esperar fuera, en la zona de visitas, toda la noche, si te parece bien".

Parece que compartir la habitación del hospital conmigo se está convirtiendo en una costumbre, que espero que no sea frecuente.

* * *

Dos días después, Vito nos lleva a nuestra finca, donde Nina permanecerá en reposo hasta que vea a su ginecólogo a finales de semana. Kiara se niega a abandonar a su amiga, insistiendo en que la ayudará en todo lo posible. Agradezco el apoyo de Rocco, Kiara y Vito. Navegar por esta pesadilla sin ellos no sería razonable.

La ayuda de Kiara resulta muy útil el primer día de la llegada de Nina. Rocco vuelve del garaje donde está guardado el coche de Nina. Ella acepta pasar tiempo con su amiga mientras Rocco y yo hablamos de "negocios".

Una mezcla de tabaco de pipa del antiguo propietario y aceite de naranja perfuma el estudio. La madera oscura y pulida y el suelo de mármol dan a la habitación el aspecto clásico que exijo. Las cortinas oscuras corren por la ventana para bloquear la luz del día.

Por ahora, nos reunimos mientras admiramos la puesta de sol. La puerta de la habitación está cerrada con llave. No deseo que nadie se entere de la investigación de Rocco.

"Háblame".

Rocco acepta el ofrecimiento de un trago antes de responder. Hace girar el vaso que sostiene en la mano, con los ojos fijos en la mezcla. "¿Alguna vez piensas en beber?", musita.

"En ocasiones. El Dr. Roth lo llama un billete garantizado al infierno. Tiendo a estar de

acuerdo con él. Tanto él como Nina me han enseñado formas mejores de afrontar las emociones negativas". Rocco se ríe de mi respuesta. "Café y agua es todo lo que necesito".

"Me alegro de que lo hayas encontrado, Sra. Williams. Todos estábamos preocupados por ti tras el fin del matrimonio. No era un buen momento".

Nos sentamos en un cómodo silencio. Contemplo el pasado comparado con mi presente mientras apoyo los dedos apretados contra la barbilla. "Nina ha sido mi gracia salvadora. Pide muy poco y valora pasar tiempo conmigo por encima de cualquier regalo que pudiera hacerle. Recuerdo los miles de dólares que María se gastó en todos aquellos viajes de compras". Se le escapa una seca carcajada al recordarlo. "Había tantas bolsas de la compra que los chicos tenían que hacer un viaje al coche antes de volver a por más. Nunca era suficiente".

"La Sra. Williams es una raza rara. Te quiere, eso es evidente. Ojalá yo tuviera tanta suerte". Rocco hace una pausa, bebe un sorbo y suspira antes de continuar. "Cortaron los conductos de los frenos, señor. Alguien quería que muriera. ¿Tienes idea de quién podría querer hacerle daño?"

La rabia cobra vida. Crepita y arde mientras lucho por controlarla. Sólo dos personas querrían hacer daño a Nina. Lee Jenkins y Cameron Mitchell, el ex jefe de Nina y su ex novio. Las visiones de su muerte y desmembramiento se reproducen a todo color en mi mente. Tortura. Dolor. Venganza.

A alguien se le ocurrió quitarme lo más preciado de este mundo. Sólo un tonto se atrevería a amenazar a Nina. Si me salgo con la mía, el tonto responsable del accidente suplicará clemencia antes de que acabe.

"Parece que volveremos a necesitar los servicios de Leonard Doyle".

"Deberíamos doblar el número de hombres de guardia", sugiere Rocco. "¿Algo más, señor?"

"Disfruta de tu bebida. Tengo que llamar a los tíos de Nina para ver si saben algo y otras cosas. Puede que tenerlos cerca de Nina sólo sirva para fortalecerla. Ponte en contacto con el Sr. Doyle esta noche para que te preste sus servicios. Que diga su precio".

Rocco asiente. Se termina la bebida mientras hago una llamada a la familia de Nina.

Hace falta un poco de persuasión después de escuchar su inocencia en el asunto del coche de Nina. Les ofrezco la oportunidad de dirigir mi último proyecto aquí en California. Sorprendentemente, la tía Berenice y el tío Larry están más que dispuestos a hacer la mudanza. Me dijeron que escucharían la oferta delante de su sobrina. Quieren su opinión.

Respeto su decisión.

La diatriba del tío Larry al enterarse de que el coche de Nina había sido sabotado coincide con el pozo de rabia que hierve a fuego lento en mi interior. Sabe lo que quiero decir cuando le aseguro que el asunto se solucionará.

Nuestra conversación continúa...

"Te agradecemos que estés con ella y que se ponga bien", añade el tío Larry. "Bernice me ha dicho que anteayer vino al motel un chico llamado Ca-Cameron preguntando por mi sobrina. Ella le dijo que había vuelto a California".

"Ya veo..."

"Si descubro que ese chico tuvo algo que ver con el accidente de mi sobrina, me aseguraré de que tenga que beber sopa con pajita de por vida o algo peor".

"¿Estás seguro de que no eres italiano?"

"No que yo sepa", bromea el tío Larry. "Danos una o dos semanas para terminar las cosas aquí. Es el final de la temporada de vacaciones, así que las reservas son escasas. Deberíamos poder organizar una estancia larga sin problemas. Gracias, Romeo. Hablaremos pronto".

"Tienes mi número si necesitas algo", te digo.

El primer paso de mi plan ya está en marcha. Con un poco de suerte, Rocco puede presionar a Doyle para que trabaje en esto cuanto antes. Sé que me costará.

Ninguna cantidad de dinero es demasiado para mantener a salvo a mi Nina.

Capítulo Veintidós

Nina

La vida avanza a paso de tortuga durante los próximos días. No, permíteme decirlo de otro modo.

Me muevo a gatas. Cada respiración o movimiento me producía dolores y molestias en partes del cuerpo que no deberían dolerme.

Cuando me desnudo para ducharme, un moratón púrpura que me cruza el bajo vientre me lleva a una larga sesión de miradas fijas en el espejo. Mis dedos palpan la zona con cautela. Romeo jura en italiano al entrar en el cuarto de baño momentos después y encontrarme paralizada ante la imagen del espejo.

"Mataré al cabrón que te hizo esto".

Mi atención se desplaza hacia su rostro, reflejado en el espejo. Nuestros ojos se encuentran.

"¿Alguien se ha metido con mi coche?" Las palabras se escapan en un chillido casi histérico. "¿Por qué no me lo has dicho?"

"Nina", suspira Romeo. Un brazo me cogió por la parte superior del cuerpo mientras el otro serpenteaba alrededor de mi cintura. Tiró suavemente hasta que mi espalda se encontró con su frente. "He contratado a alguien para que investigue. No te preocupes, aquí estás bien".

"¿Cómo te has enterado?"

"Rocco hizo inspeccionar el coche y descubrió que habían cortado los conductos de los frenos".

Se me escapa un gemido. Mis ojos se cierran contra las horribles imaginaciones de resultados alternativos y horribles. Aborto espontáneo. Muerte. Una lucha surge en mi mente mientras lucho por contener un sollozo.

Romeo me da la vuelta para estrecharme entre sus brazos. Sus dedos largos y suaves recorren mi columna vertebral. Su mano me aprieta la espalda.

"Nunca permitiría que nadie te hiciera daño, Nina. Por desgracia, esto se me ha escapado. No te preocupes. No volverá a ocurrir", me asegura. "Tengo a mis hombres trabajando en esto y, si es necesario, traeré cien más de Sicilia".

El barítono ronco alivia mis preocupaciones. O tal vez fue la ternura de su tacto. Mi mano se posa en el pecho de Romeo, los dedos se extienden contra el cuello abierto de la camisa blanca que lleva. El llamativo contraste del lino blanco contra su pecho bronceado y peludo hace algo travieso en mi interior.

Por muy inapropiado que sea, quiero la polla de Romeo dentro de mí. No, lo necesito de una forma apasionadamente visceral que lleva la lujuria a un punto febril en cuestión de segundos.

Sin palabras, le abro la camisa de un tirón. Los botones resuenan en las paredes de azulejos.

"El médico nos dijo que esperaríamos", balbucea Romeo, con la incertidumbre nublándole los ojos.

"Que le den al médico. Necesito esto ya".

Mi boca se posa en su pecho. Pellizco con los dientes lo bastante fuerte como para arrancarle un siseo. Atrapo el pezón de Romeo entre mis dientes. Un simple tirón del pezón me provoca la respuesta que deseo.

El sonido de su cremallera al soltarse me apasiona con más deseo. Un gemido se libera. Mis manos se unen a las suyas en la búsqueda por quitarle las prendas restantes. Las puntadas que estallan no significan nada.

Momentos después, Romeo me empuja a la ducha contra la pared. Sus dedos acarician la carne resbaladiza entre mis muslos. Su pulgar rodea instantáneamente mi clítoris antes de que sus dedos se hundan profundamente en mi interior.

Siseo. Él gime.

Dos pueden jugar a este juego.

Mis dedos buscan su polla. Acaricio la piel aterciopelada sobre el acero rígido de la forma exacta que sé que rompería su deseo de mantener el control.

"No..." Su boca se cierne sobre la mía. Microscópicas gotas de agua se adhieren a sus largas y espesas pestañas. El hombre es una mezcla letal de intensidad y poder en uno.

"¿No qué?" Mi intento de arrodillarme y llevármelo a la boca provoca su desagradable gemido.

Me cogió por debajo de los brazos. "¿Estás segura de que quieres despertar a la bestia?"

Mirándole fijamente a los ojos, me burlo de él para que se pierda. Y maldito sea, *sonrió satisfecho*, la encarnación del diablo ante mí.

Minutos después, Romeo me levanta, me da la vuelta y coloca mis manos sobre el asiento bajo de la ducha. La punta de su polla se desliza por mis pliegues con facilidad, rozando mi clítoris. Eso me arranca un gemido febril.

Romeo me penetra sin previo aviso.

Mi grito resuena en el pequeño cuarto de baño. El delicioso estiramiento y ardor. Sus dedos mordiéndome las caderas. El rápido golpe de sus caderas contra mi culo. Acepto todo lo que tiene que darme.

Sentir su polla dentro de mí significa que sigo viva. Todavía tengo una oportunidad de luchar para traer a nuestros hijos a este mundo de locos. La alternativa me asusta muchísimo.

Romeo me folla con fuerza, como si supiera exactamente lo que le había recetado el médico. Su mano abandonó mi cadera para apretarme el pezón haciéndome gritar su nombre.

Sus dedos se introducen en mi boca y saboreo mi leche materna. Ahora su mano se desplaza para tirarme de la parte posterior del pelo. Sus dedos se entrelazan con mis mechones húmedos. Tira. Más fuerte.

"¡Oh, joder!"

Me escuece el cuero cabelludo. La espalda se arquea para permitirle profundizar aún más hasta que llega al final de mí.

En mi interior estallan crudas y ondulantes oleadas de placer. Mi lengua lame sus dedos, chupando, maullando mientras me deshago a su alrededor.

Romeo empuja una vez, dos veces más y se detiene mientras me llena con su semen caliente. *¡Qué bien sienta!*

Sólo oigo nuestras respiraciones entrecortadas. Me levanta y me pone la mano en el vientre, que está creciendo.

"Nunca te tocarán", jura. "No mientras mi corazón siga latiendo".

Me pongo frente a él. Mis manos se posan en su cara, los dedos acarician el pelo más largo que cubre sus mandíbulas y su barbilla. Dice en serio cada palabra que ha dicho.

"Te quiero, Romeo".

Una sonrisa infantil y torcida ilumina su adorable rostro. "Yo también te quiero. Siempre y para siempre".

Puedo vivir con su promesa.

Capítulo Veintitrés

Nina

Diez días después

Un golpe inesperado en la puerta de entrada trajo a Kiara de la cocina. Me hizo un gesto con el dedo cuando me levanté con dificultad para abrir la puerta.

"Quédate quieta o llamo a Romeo", me dice.

"No soy su hijo".

"Lo eres si Romeo lo dice. No te muevas. Yo abriré la puerta".

Momentos después, el tío Larry y la tía Berenice iluminaron el umbral de la puerta con su presencia. Kiara se hizo a un lado para permitirles entrar. Me vi desbordada por las lágrimas, los besos y las risas, mientras Kiara miraba con los ojos empañados de lágrimas.

"¡Oh, cariño!" sollozó la tía Berenice. "¡Romeo nos ha contado lo que te ha pasado! Vinimos en cuanto pudimos".

El semblante sombrío del tío Larry llamó mi atención. "Juro que esos frenos eran 100% nuevos y funcionaban cuando te fuiste", dijo. "Es imposible que fallaran sin más. Lo he comprobado todo dos veces".

Me incorporé y palmeé el sofá a ambos lados de mí. "Deberíais sentaros". Una vez que se unieron a mí, hice un breve repaso de los hallazgos de Romeo. "Romeo revisó el coche después del accidente. Alguien cortó los conductos de los frenos. Romeo ha contratado a un investigador privado y más guardias para nuestra casa".

"Este tío empieza a caerme bien", se rió el tío Larry. "¡Un auténtico gángster!"

"Basta ya de hablar de mí. ¿Qué hacéis aquí en vez de en el motel?"

"Romeo nos ofreció trabajo si queríamos venir aquí. Llevamos unos meses hablando de vender la propiedad. Es difícil mantener un trabajo estable -explicó la tía Berenice. Sonrió y alargó la mano para tocarme la barriga. "Y queríamos formar parte de la vida de estos sobrinos. Si te parece bien".

"¿Cómo podría no dejarte formar parte de nuestras vidas?". Mi protesta provocó más abrazos llorosos y risas de la tía Berenice. El tío Larry parecía contentarse con un abrazo con un solo brazo.

* * *

La tía Berenice se unió a Kiara en la cocina una vez que llevaron su equipaje a una de las habitaciones vacías de invitados. El delicioso olor que llenaba el aire me hizo rugir el estómago. Al cabo de una hora, estábamos todos sentados alrededor de la mesa del comedor comiendo y riendo. Romeo parecía sentirse a gusto con mi familia y mi mejor chica.

La tía Berenice dio la bienvenida a Rocco y Vito cuando los apodó *Rocky* y *Sr. V* mientras se ofrecían a ayudarla a recoger la mesa. Sus risas y su conversación amortiguada desde la cocina provocaron una extraña pero bienvenida oleada de alegría.

* * *

La tarta de queso con fresas, el helado, el té y el café de postre nos devolvieron a todos a la tierra. La conversación derivó hacia la oferta de empleo de Romeo para la tía Berenice y el tío Larry. Escuché sentada en el regazo de Romeo, con la cabeza apoyada en su hombro. Su mano adoptó su posición habitual sobre mi vientre.

"No sólo quería que vinieras aquí para estar con Nina", empieza Romeo. "Quería hablar contigo para que diseñaras y gestionaras mi negocio de Bed and Breakfast Resort por mí. Tu experiencia en el negocio del alojamiento turístico sólo puede ayudar a que esta empresa tenga éxito."

"Nos interesa", dice el tío Larry. Apoya ambos codos en la mesa, la barbilla en una mano, mientras se inclina hacia delante.

"¡Genial!" añade Romeo. "Nos aseguraremos de que vuestros salarios sean más que aceptables. Ahora sois parte de mi familia. El dinero nunca será un problema".

"Me gusta cómo suena eso", afirma la tía Berenice.

"Tus obligaciones empezarán en breve. Necesito que consultes con un arquitecto y un diseñador de interiores que he contratado para este gran proyecto", añade.

"Vaya", murmura la tía Berenice. "¿Te refieres a dirigir un negocio para ti?".

"Sólo si estáis de acuerdo. Os he cogido mucho cariño a los dos", se ríe Romeo. "Y a Nina le haría feliz tener aquí a su familia para el nacimiento de nuestros gemelos. ¿Qué te parece?"

El tío Larry y la tía Berenice intercambian una mirada silenciosa y escrutadora durante unos segundos. Sonríen en el mismo instante. "Gracias, Romeo. Eres un buen hombre", dice el tío Larry.

"¡Excelente!" Romeo levanta su copa para brindar.

"Siento que tengo todo lo que siempre he querido", digo. "Familia, salud... y sí, Kiara, mi mejor amiga. Desde que nos conocemos sólo me has tratado con respeto y buena voluntad. Te tengo a ti, Romeo. A nuestros bebés. Nuestro amor. ¿Qué más puede pedir una mujer?"

Todo el mundo aplaude. Mientras tanto, Romeo me acaricia el cuello y me empuja fuera de su regazo. Me quedo con la boca abierta cuando se arrodilla con una cajita de terciopelo negro en la mano. Kiara salta en su asiento y aplaude cuando ve a Romeo arrodillado.

"Espero que pedir tu mano en matrimonio complete tu lista de deseos", empieza Romeo. "Eres todo lo que podría pedir. Cásate conmigo, Nina".

Asiento con fervor entre lágrimas que me caen por la cara. El anillo es un diamante perfecto en forma de pera engastado en platino. Encaja a la perfección.

Igual que Romeo dentro de mi corazón.

Capítulo Veinticuatro

Romeo

La vida se asienta del modo en que lo hace durante la época mágica del final del verano, cuando la brisa agita los campos de grano maduro.

Mi vida se ha enriquecido. Tengo una nueva familia junto con mis socios. Tengo algunos negocios legítimos en Newport Beach, California. También tengo a Nina, ahora al final del quinto mes de embarazo. Ella me tranquiliza con un aura tranquila y sincera, como nada que haya encontrado. El hecho de que lleve a mis hijos en su vientre se añade a las innumerables razones por las que la quiero.

No creía que pudiera volver a amar después de María. Mi corazón canta las alabanzas de otra mujer que me mostró un camino mejor.

Mi motel, Bed and Breakfast, está en la parte de la finca de Nina más cercana a la playa. El tío Larry y la tía Bernice trabajan con el equipo todos los días para asegurarse de que cumple mis expectativas. Su espíritu llena nuestro hogar de amor y alegría.

Y Kiara, la mejor amiga de Nina desde siempre, me ofreció su apoyo en los días posteriores al accidente de Nina. Le ofrecí un trabajo, y dice que lo aceptará cuando termine su último semestre en la universidad.

Mientras tanto, sigo concentrada en la amenaza que sigue sin resolverse. La investigación de Leonard Doyle proporciona suficiente información para ponerme nervioso. Cameron Mitchell, el cabrón que engañó a Nina, no ha cumplido su parte del trato. Dirige una red de narcotráfico de poca monta en una zona que no está lejos de uno de mis negocios.

Un hecho que no quedará impune si descubro dónde se esconde.

* * *

Las cosas han ido lo bastante bien con el Dr. Roth como para que ahora le vea dos veces al mes. Sorprendentemente, Nina aceptó asistir a la sesión de hoy.

Entra flotando en la consulta del Dr. Roth con un vestido suelto de estampado floral, escote en pico y manga corta. El dobladillo le besa las rodillas. Está radiante y lleva el pelo recogido a ambos lados de la cabeza.

"Nina, soy el Dr. Roth. Gracias por acompañarnos hoy". Siempre caballeroso, el Dr. Roth se levanta cuando ella entra. Nina estrecha la mano que le ofrece con un saludo murmurado. "¿Tienes alguna pregunta antes de que empecemos?".

"No, señor", responde ella.

Me siento a su lado, con el brazo derecho apoyado en el respaldo del sofá, detrás de ella. Ella se apoya ligeramente en mí. Mis dedos juegan con uno de sus giros mientras su mano se posa en mi rodilla. El cosquilleo eléctrico de su contacto activa mi excitación.

"Se nota que Romeo y tú estáis muy enamorados", observa el Dr. Roth.

"Lo estamos", responde Nina. "Pero estoy segura de que hablar de amor no es el objetivo de la visita de hoy".

Es imposible contener la risa ante la franqueza de Nina. "Te advertí que estuvieras preparada", le dije al Dr. Roth.

"Que sí", responde con una sonrisa. Reflexiona un momento mientras repasa las notas de nuestra última sesión. "Quería hablar del accidente y de cómo te estás adaptando después. Romeo y yo hemos trabajado algunas de las cosas que desencadenó el desafortunado suceso".

Los dedos de Nina se tensan sobre mi rodilla, su mano sube instintivamente hacia su abdomen.

"Después tuve algunas pesadillas, pero ya no son un problema", afirma Nina. "Me doy cuenta de que el accidente desencadenó algunos pensamientos incómodos para Romeo. Ya lo hemos hablado. Sin embargo, hay algo más a lo que seguro que se refiere, doctor".

"¿Qué puede ser?" desafía el Dr. Roth con su cortesía habitual.

Nina saca la lengua para humedecerse los labios. "El tiroteo en el que se vio implicada su ex mujer y que provocó la pérdida de su hijo. Soy consciente del incidente. También soy consciente de cómo ha afectado a Romeo. La historia parecía repetirse de nuevo con mi accidente. ¿Es a eso a lo que te refieres?".

"Lo es".

"Preferiría que fuera directo conmigo, Dr. Roth. No soy tu paciente, ni aprecio el subterfugio psicoanalítico de tu enfoque". Nina se cruza de brazos con un resoplido. "No sabía que esto sería un interrogatorio. De haberlo sabido, habría optado por quedarme en casa".

"Mis disculpas por haberte hecho sentir así". El Dr. Roth garabatea unas notas mientras yo permanezco en silencio. "Me preguntaba cómo te han ido las cosas desde que te enteraste de que alguien te había estropeado el coche".

"De nuevo, si quisiera ver a un psiquiatra", dice lentamente, casi como si explicara la situación a un niño. "Creo que podría encontrar uno por mi cuenta. Ahora, si me disculpas, creo que iré donde pueda sentarme en paz".

Nina se levanta con la gracia de una reina y se marcha. La puerta se cierra con un ligero golpe. Ninguna de las acciones escapa a la mirada observadora del Dr. Roth.

* * *

"No está contenta", dice el Dr. Roth.

Mis hombros suben y bajan encogiéndose de hombros. "Creo que eso es decir poco. Debería haberle preguntado antes de traerla aquí para tu supuesta sonda".

El Dr. Roth se ríe entre dientes y yo quiero hacerlo, pero no puedo por culpa de Nina.

Hoy le toca al Dr. Roth sentarse y tomar nota sin tomar apuntes. Sus cejas se levantan en una expresión quejumbrosa. "Éste es un comportamiento típico tuyo, Romeo. Suelas tomar

decisiones sin pedir la opinión de los demás, lo que luego provoca problemas como el que acabamos de ver. Te enmendarás, de eso no me cabe la menor duda".

Por supuesto, puedo explicar la situación. Mi papel en el negocio familiar me ha proporcionado amplias oportunidades para convertirme en un hábil orador. Como hice con María. "¿Es ésta mi forma de racionalizar mi comportamiento?"

"¿Qué te parece?"

Los segundos pasan mientras examino el suceso dentro de mi cabeza. Nina se negó a ir al psiquiatra por las pesadillas la primera vez que se lo pedí. Llevarla al Dr. Roth fue mi elección. Una elección que no se explicó con el detalle que Nina sin duda requeriría.

"Pensé que si veía lo útil que eras me perdonaría. Pensé que podría explicárselo después, en vez de darle mi opinión y dejar que ella juzgara en última instancia". La epifanía golpea con fuerza explosiva. "Porque siempre he tenido que tomar decisiones para el negocio familiar sin que los demás me criticaran. Porque las decisiones las tomó mi padre por mí durante toda mi vida sin contar conmigo. Así han sido siempre las cosas".

"María se resistió a tu intención de decidir por ella y a la relación que querías tener con ella. Ahora has decidido por Nina sin su consentimiento. Hoy es sólo un ejemplo. ¿Qué ocurrirá si esto continúa?" El Dr. Roth empina los dedos mientras espera mi respuesta.

"La molestaría de la misma manera que hoy".

"Ve un paso más allá, Romeo. Hoy es un ejemplo. Teniendo en cuenta cómo ha reaccionado hoy, ¿qué pasaría si la mantuvieras a oscuras durante meses, años, incluso sobre las decisiones que has tomado sin su consentimiento?"

"Puede que se vaya como María". Abro mucho los ojos. Mi mano se aferra a mi pecho mientras la otra se posa en el sofá. "No puedo dejar que eso ocurra. No puedo perderla ni a ella ni a mis bebés".

Las palabras del Dr. Roth me quiebran mientras salgo disparado hacia la puerta. "Hoy has hecho un gran avance, Romeo. Te aconsejo que identifiques las medidas que puedes tomar para evitar que esto ocurra".

La gratitud por el incansable trabajo del médico para ayudarme a rectificar los comportamientos problemáticos llena mi corazón. Seguir como siempre podría significar el fin de mi relación con Nina. Ya he perdido bastante, y todo por culpa de mi conducta.

"Gracias, Dr. Roth. Programaré nuestra próxima cita para hoy más tarde".

* * *

Salgo corriendo del despacho de Roth hacia el coche. Nina está en el asiento trasero riéndose de algo que ha dicho Vito. Su fácil camaradería alivia algunas preocupaciones que tengo en cuanto al bienestar de Nina.

Se me aprietan las tripas. La risa de Nina se desvanece cuando me ve. Aprieta la mandíbula. Mira por la ventana, ignorando mi presencia mientras me siento a su lado.

"Llévanos a casa, Vito".

"Sí, señor", dice mirando por el retrovisor.

La pregunta tácita que se refleja en sus ojos afortunadamente no se formula. Vito es cuidadoso. Otra razón más por la que permanece en Estados Unidos conmigo.

* * *

Entramos en un poco de tráfico. Nina no se resiste cuando busco y pongo su mano en la mía. No reacciona en absoluto. *Una señal preocupante.*

Me inclino más hacia ti y te susurro: "Debería haberte contado más cosas sobre mi visita al Dr. Roth".

"¿Tú crees?" Un ladrido sarcástico de risa acompaña su comentario.

"Intento pedir perdón".

Unos ojos furiosos me evalúan con gélida precisión. Me suelta la mano y se cruza de brazos.

"Dime una cosa. ¿Qué pasaría si te tratara con un desprecio tan cruel? ¿Qué? Quizá debería llamar a Nico y pedirle que venda el superyate en el que te follaste a María". La mirada acalorada de Nina me reta a negar la verdad.

Las palabras calaron hondo, poniendo de relieve otra discrepancia en la dinámica de nuestra relación.

"¡Eh! Golpe bajo. Deja que te explique, Nina".

Me aparta la mano cuando intento acariciarle la cara. "No te molestes", gime. "Harás lo que quieras cuando quieras, sin importar las consecuencias".

Minutos después, la lucha en Nina se desvanece. Parece agotada, con gotas oscuras que dan a sus ojos un aspecto hundido. Su atención vuelve a centrarse en la ventana, con sólo un suspiro entrecortado que insinúa la agitación.

¿Cómo pudieron mis honestas intenciones convertirse en un desastre?

Porque haces lo que te parece, igual que tu padre. La voccecita que hay dentro de mi cabeza ha dado con algo que se me ha escapado durante la mayor parte de mi vida adulta.

Y dada la reacción de Nina a mi última empresa, sé que es hora de refrenar la naturaleza alfa y controladora heredada de mi amado padre antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo Veinticinco

Nina

El hecho de que Romeo no me respete lo suficiente como para discutir la decisión de ver al Dr. Roth abre un profundo abismo entre nosotros.

He ignorado pequeñas incidencias de naturaleza similar. Incluso una gran decisión como la de ver la finca antes de hablarlo conmigo. *Las he ignorado todas.*

Pero esta decisión apesta a desprecio de macho alfa por cualquiera que no sea él mismo.

No lo toleraré más. Por mucho que me duela admitirlo, quizá la verdad del asunto sea que Romeo y yo no somos tan compatibles como sospechaba. Esa idea casi me hace perder la determinación de contenerme. Derramar una lágrima en esta coyuntura le daría la ventaja que necesita, algo que me niego a hacer.

El viaje de vuelta a casa transcurre en un silencio lleno de tensión. Afortunadamente, Romeo me da el espacio que necesito para reflexionar sobre los acontecimientos del día.

Me encuentra justo después de las nueve de la noche, sentada en el patio bebiendo té verde. La inquietante expresión de sus ojos me oprime el corazón. Es doloroso ver a este hombre, normalmente seguro de sí mismo, luchar por encontrar las palabras después de arrodillarse ante mí.

"Lo siento", me ofrece. "Debería haberte preguntado si querías formar parte de la evaluación del Dr. Roth. Por favor, perdóname".

No puedo seguir enfadada con Romeo, como tampoco puedo negar nuestra poderosa atracción. "Gracias por las disculpas. Lo único que evitará que esto vuelva a ocurrir es que me incluyas en las grandes decisiones. No soy alguien a quien puedas ignorar cuando las cosas cuentan".

"Ya lo sé. Por supuesto, tienes razón".

"No se trata de que yo tenga razón, Romeo". Mi mano le acaricia la mejilla mientras la otra le revuelve el espeso pelo en la nuca. Mis ojos buscan los suyos, suplicando que reconozca algo que va en contra de todo lo que Romeo aprendió durante el tiempo que vivió como jefe de una familia mafiosa. "Acepté casarme contigo, pero sólo si podemos ser compañeros. Si eso no es posible, por favor, dímelo ahora".

"No puedo perderte", suplica Romeo. Sus manos me acarician el vientre, un dedo recorre la protuberancia creada por la presión de no uno, sino dos bebés que crecen dentro de mi vientre. "El Dr. Roth me ha dicho que examine mi naturaleza y mis tendencias si quiero alcanzar el objetivo que me propuse cuando te conocí".

"¿Y qué objetivo era ése?"

Una comisura de la boca exuberante y besable de Romeo se levanta. "Tú". Se ríe y aprieta los dedos cuando uno de los pies de mi bebé le da un codazo. "Supe que eras la elegida poco después de conocernos. Sin embargo, el Dr. Roth sabía más de mis inclinaciones de lo que sospechaba. Me ha desafiado a cambiar las naturalezas que llevaron al colapso de mi relación con María. Viejos hábitos arraigados en mi cabeza que son generacionales y que vienen con el negocio".

"¿Así que admites que lo que has hecho hoy ha estado mal?". La incredulidad tiñe mi voz.

Romeo me besa la frente. El aroma especiado de su colonia me acaricia las fosas nasales. Un escalofrío me recorre la espalda, sólo una parte de la reacción instintiva que mi cuerpo tiene ante su presencia.

"Sí, me equivoqué. El Dr. Roth me amonestó cuando saliste de la consulta. No estoy dispuesto a hacer nada que te dé una razón para dejarme, Nina".

"Nuestra comunicación tiene que mejorar. No soy una mujer sumisa por naturaleza, Romeo. Si eso es lo que esperabas, estás muy equivocado. Y no me disculparé por querer participar". Se inclina más cerca, pero mi mano contra su pecho mantiene la distancia. "Lo digo en serio. Dime ahora si no puedes incluirme. Me rompería el corazón alejarme, pero no veo que nuestra relación tenga éxito si no estás dispuesta a reconocermelo."

Mis brazos cruzados añaden énfasis a mis sentimientos ante el desafío que se presenta ante él. Los ojos de Romeo encuentran los míos. Nuestras miradas se entrelazan y se sostienen mientras un aluvión de pensamientos y emociones siempre cambiantes parpadea en las profundidades de chocolate.

La conversación más profunda que hemos tenido desde que salimos juntos parece ser la que más le cuesta. Mi corazón se desploma. Pensamientos preocupados atormentan mi mente mientras espero sus palabras.

¿Le he pedido demasiado y podré alejarme si se niega a seguir mi decreto?

"Enséñame cómo", dice Romeo. "No soy experto en relaciones humanas, pero estoy dispuesto a intentarlo".

Sus palabras liberan mi corazón y mi mente del retorcido cuchillo de la agonía emocional, a la espera de iniciar la tortura de abandonar a Romeo Valentino. Me muerdo un sollozo ahogado y me lanzo a sus brazos.

"¿Aunque sea en público?"

"Deberíamos establecer señales que puedas darme si me paso de la raya. El Dr. Roth me indicó hace algún tiempo que debería desarrollar un contrato para las cosas en las que quieres que trabaje. Haré lo que sea mejor". Las manos de Romeo frotan mi espalda. Su cara se apoya en mi cabeza. "¿De verdad crees que podría dejarte marchar?"

"No creo que ninguno de los dos pudiéramos marcharnos sin más. Hay momentos en los que no puedo imaginar una vida sin ti. Luego están esos contratiempos ocasionales, como hoy. Sé que debería haber dicho algo al respecto hace semanas, después de que exploráramos la finca. Me siento mal cada vez que pienso en ello". Me alejo de él antes de inclinar la cabeza hacia atrás.

"Haré lo que sea, Nina. Intentar deshacer toda una vida de malos hábitos es más difícil de lo que esperaba. ¿Me darás algo de tiempo?"

¿Cómo podría no hacerlo? Mi corazón se haría añicos sin Romeo en mi mundo.

"Ookie-Dokie".

Los brazos de Romeo me envuelven, su aliento roza mi oreja. "¡Grazie!"

"¡De nada, cariño!"

* * *

Parece que nuestra larga conversación es realmente útil. Antes de que pueda quedarme pensando en ello, me sorprende con una confesión.

"Contraté al investigador privado para que investigara a tu ex. Cameron no te dejó en paz como prometió". El tono férreo de su voz me indica la gravedad de la noticia. "Vino al motel de tus tíos el día que nos fuimos. Quizá fue él quien sabotó tu coche".

"¡Romeo, Cameron es un mal tipo! No se rendirá fácilmente".

"Lo sé, cariño".

Romeo coge mis manos temblorosas entre las suyas. Su boca me acaricia los nudillos y me tranquiliza. "No te preocupes. Rocco está supervisando las cosas. Le tenemos vigilado".

La tía Berenice interrumpe la conversación cuando aparece en el patio. "Siento molestaros, pero he preparado palomitas y algunos refrescos más para la noche de cine. ¿Queréis unirlos?"

Romeo y yo asentimos. Nos reunimos con la tía Berenice y los demás en la sala de cine.

La película de esta noche, *Total Recall*, es una de las favoritas de mi infancia. Independientemente de ese hecho, Romeo me despierta al final. De algún modo, me quedé dormida antes de que terminara. *Caramba, el hombre que está dispuesto a mover montañas por mí me lleva a la cama.*

Esa noche me despierto gritando cuando espectros sin rostro se inmiscuyen en mis sueños. Individuos malvados y anónimos que ríen mientras arrancan de mi vientre a indefensos nonatos con cuchillos oxidados.

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras Romeo intenta consolarme.

"No hiciste caso cuando te lo advertimos".

* * *

El tiempo en Newport Beach suele ser soleado. Sin embargo, hay fluctuaciones en la perfección que la mayoría de los californianos dan por sentada. Los vientos vecinos de Santa Ana causan estragos unas cuantas veces al año. Luego están las lluvias torrenciales que a veces atraviesan la región en invierno.

Mi Romeo va de compras y trae a casa las frutas y verduras más caras bajo la lluvia es sólo una demostración.

A algunos les puede parecer exagerado.

Pero para alguien como Romeo, un hombre que ha tenido a su disposición la ventaja de los demás, no se me escapa el significado.

* * *

La casa se vacía lentamente después del brunch. La tía Berenice y el tío Larry van a Bed and Breakfast, la esperada aventura de Romeo en un motel de playa, para reunirse con los diseñadores de interiores y el equipo de construcción. Kiara y Rocco se fueron no hace mucho a una cita muy esperada. Y yo me quedo sola mirando el Juego del Calamar mientras Romeo está en la biblioteca de abajo trabajando.

Todo el mundo sabía que Rocco y Kiara se atraían mutuamente y esperaba que se lanzaran el uno al otro, todos menos Kiara. Anoche me contó que Rocco le hizo la pregunta mágica. Me

alegra que Romeo esté contento de saber que su guardaespaldas más leal ha encontrado el amor en América. También me alegra que mi chica, Kiara, haya encontrado a alguien digno de su corazón.

* * *

La tía Berenice me llama una hora antes de comer. Su voz frenética me alarma. "Nina, dile a Romeo que necesitamos que venga al Bed and Breakfast. Ha habido un incendio. He llamado al 911. Date prisa, por favor".

Llamo a Romeo, que está en el primer piso. Me duele imaginar cómo se tuerce su cara ante la mala noticia.

"¿Seguro que estarás bien?", pregunta cuando contesta al teléfono.

"Me pondré bien. Espero que no sea tan grave. Cuídate", le reprendo.

* * *

El rugido del camión de trabajo de Romeo al salir del garaje habla de su prisa por llegar al Bed and Breakfast. Estoy un poco preocupada. Un incendio en esta fase de la construcción podría ser aplastante.

Mi atención pasa ahora de ver el Juego del Calamar a los objetos que se amontonan rápidamente en la habitación de los bebés. Me dirijo hacia la habitación del fondo del pasillo con la intención de ordenar el montón de pañales, toallitas y otras cosas de bebé que Kiara y yo empezamos a almacenar hace unas semanas. Incluso pensar en duplicarlo todo aumenta mi ansiedad.

Doblo la esquina, abro la puerta de un empujón y tropiezo con una caja tirada en el suelo, justo dentro de la puerta.

Un grito sale de mi garganta cuando alguien me da una patada en las costillas. Al arrastrarme por el suelo para escapar, me da tiempo a echar un vistazo por encima del hombro. Un hombre enmascarado con guantes de cuero negro y uniforme militar negro se abalanza sobre mí.

Momentos después, me atan las muñecas y los tobillos con cinta adhesiva. Otro trozo me tapa la boca. Me corren lágrimas por la cara. Un gélido zarcillo de miedo se transforma en un océano de terror.

Las súplicas ahogadas quedan sin respuesta. El intruso me pone en pie, riéndose cuando forcejeo desesperadamente. Su puño golpea el costado de mi cabeza con una fuerza cegadora.

Las estrellas nublan mi visión. Una frenética súplica por mis hijos no nacidos es detenida por una cortina de oscuridad que lo borra todo.

Capítulo Veintiséis

?

Aunque está embarazada, la mujer que tengo en mis brazos es ligera como una pluma. Un mechón de pelo negro le cubre la cara cuando la meto en la parte trasera de la furgoneta. La puerta se cierra de golpe, dejándome a solas con ella mientras mi cómplice conduce.

Hemos dedicado semanas a planificar nuestra trama. Todo, desde identificar el camino de acceso secundario cubierto de maleza hasta confirmar los horarios de trabajo de las empresas y los guardaespaldas de Romeo. El flujo y reflujo de la finca es algo natural.

"Conduce. El fuego no distraerá mucho a ese cabrón italiano".

Mi compañero asiente y pisa el acelerador a fondo. La furgoneta se precipita por la carretera embarrada, rebotando bruscamente sobre la superficie descuidada. Nina es zarandeada hasta que su cabeza choca contra el lateral de la furgoneta.

Un fino hilillo de sangre se une al primero creado por el golpe de gracia en la cabeza.

No es necesario administrar primeros auxilios. La naturaleza puede seguir su curso si vive lo suficiente para asegurar el rescate.

"Dijiste que no le harías daño", murmura mi compañero desde el asiento delantero.

"Está viva. Eso es lo único que debe preocuparte".

* * *

Después de mi réplica no se produce ninguna conversación. Mi compañero cierra la boca y se concentra en conducir a través de la lluvia torrencial hasta nuestro escondite. Mete la furgoneta en el almacén abandonado tal y como habíamos planeado.

Nina no se mueve ni hace ruido cuando la trasladamos de la furgoneta a la habitación sin ventanas que antes servía de armario del conserje. Unas esposas atadas a una cadena sujeta a la pared con un grueso perno la sujetan. El corazón sangrante insiste en cubrirla con una manta y en dejarle una botella de agua para cuando recupere el conocimiento.

Si la decisión dependiera de mí, no mostraría ninguna compasión por la mujer que destruyó mi mundo sin ayuda de nadie. En mi mundo no hay lugar para la compasión ni para corazones sangrantes. Sólo los más fuertes saldrán victoriosos.

Soy un cabrón intrigante y de sangre fría.

Nina Williams y Romeo Valentino aprenderán pronto la dura lección que tengo que enseñarles.

Capítulo Veintisiete

Romeo

La rápida intervención del tío Larry y la tía Bernice salvó el Bed and Breakfast. Los bomberos ya estaban en el lugar antes de que yo llegara, sofocando las llamas en el contenedor situado detrás del edificio. Sólo había residuos de la construcción, algunos de ellos muy inflamables. Afortunadamente, la familia de Nina evitó que los daños pudieran ser mayores.

El abrumador olor a humo persiste en el edificio cuando hago un recorrido con el capitán de bomberos. El tío Larry y la tía Bernice se ofrecen a quedarse para solucionar cualquier otro problema.

"Ve a casa a ver cómo está Nina", me asegura la tía Berenice. "Esta mañana me ha dicho algo sobre preparar la guardería. Sé que necesitará tu ayuda".

"No sabéis cuánto os aprecio a los dos".

El tío Larry me da el tradicional abrazo con un solo brazo mientras me estrecha la mano. "No sabes cuánto te lo agradecemos. Nunca habíamos visto a Nina tan feliz. Está centrada por una vez en su vida, no gracias a esa excusa inútil de mi hermana".

"Prometiste que no la sacaríamos a relucir", reprende la tía Berenice.

"La verdad se mantiene", añade Larry con un suspiro. "De todos modos, me alegro de que el incendio sólo afectara al contenedor y no se extendiera a la propiedad. Estaba previsto que la decoradora de interiores empezara hoy. Nos pondremos en contacto con ella para cambiar la fecha, Sr. Valentino. Dile a Nina que la veremos para comer".

Volvemos a despedirnos. La tía Berenice y el tío Larry me saludan desde la entrada principal mientras subo al camión de trabajo y me dirijo de vuelta a casa.

La lluvia amaina por el camino. Aparco el F150 a mitad de camino en el garaje y me dirijo al interior, sólo para quedarme corto al ver una lámpara tirada en el suelo del salón.

"¿Nina?"

Me saluda el silencio. Falta el habitual saludo enérgico que me daría Nina. Un zarcillo de presentimiento me recorre la espalda hasta que todas las terminaciones nerviosas se inflaman de pánico.

* * *

Mi revólver, oculto bajo una mesa auxiliar, de repente vuelve a sentirse como en casa en mi mano. Hacía tiempo que no asumía este personaje. *El asesino a sueldo impenitente.*

Algo me dice que ha llegado el momento de volver a ser uno con él.

Más signos revelan lo que ha sucedido mientras yo me alejaba.

La puerta de la guardería está abierta. Hay una caja de pañales en el suelo, justo dentro de la puerta. Una mancha de sangre estropea el perfecto bizcocho de una pared.

Una inspección más detallada revela un rollo desechado de cinta aislante dentro del armario, que permanece abierto. Las diminutas perchas que sujetan docenas de prendas de vestir están apartadas a un lado para que alguien pueda permanecer de pie dentro del espacio.

Alguien con intenciones inmorales.

Un destello de luz atrae mi atención en el pasillo. El collar, que regalé a Nina tras enterarme de su embarazo, se encharca en el suelo. Se negó a quitárselo incluso mientras se duchaba.

Ahora, es una cadena de oro rota que significa que mi peor temor ha cobrado vida.

Nina se ha ido.

Y no habrá piedad para quien se la llevó.

* * *

La llamada que hice a Rocco instantes después de descubrir la desaparición de Nina provocó un estallido de maldiciones en mi lengua materna, el italiano, que coincidían con el estado de ánimo de ébano teñido de carmesí que se instalaba en mis entrañas.

"Te juro que la encontraremos y la traeremos de vuelta entera. Y el *stronzo* que se la llevó morirá", prometió.

"¡Vuelve con Kiara, pronto! Dale instrucciones estrictas de que no hable con nadie fuera de esta casa sobre la desaparición de Nina".

La promesa de Rocco era aún más sólida que un contrato blindado en el mundo de los negocios.

* * *

"He venido lo más rápido que he podido", afirma Rocco cuando entra corriendo en mi casa. "Kiara está con los padres de Nina".

Un dedo índice en alto indica a Rocco que guarde silencio. Estoy al teléfono escuchando atentamente la promesa de Doyle de traer a casa toda la información que tenga en menos de una hora.

"Asegúrate de hacerlo. Hoy no estoy de humor para perdonar".

"Sí, Sr. Valentino. Ahora salgo por la puerta. Mi mejor investigador me acompañará. No te decepcionaremos", promete Doyle. "Tengo un contacto en la policía de Newport Beach que puede ayudarte".

"Haz lo que te he pedido y nada más". Una puñalada de mi dedo en el botón de fin de llamada interrumpe la nerviosa respuesta del hombre.

Mi atención se vuelve hacia Rocco, que espera delante del escritorio con las manos juntas a la altura de la cintura. Simboliza su atención en este momento. Mi mano derecha nunca espera

sin absorber los detalles que le rodean. Incluso las minucias que otros pasan por alto son absorbidas, descifradas y retenidas.

Cuento con su tenacidad y sólo puedo esperar que su sed de venganza sea igual a la mía. Rocco no decepciona.

"Tengo hombres sacando grabaciones de drones y cámaras de las últimas cuarenta y ocho horas. Revisarán cada grabación y me comunicarán cualquier información de inmediato. ¿Qué más necesitas de mí, jefe?". Los ojos de marta de Rocco se cruzan con los míos. El acero helado que tiñe sus palabras coincide con lo que allí se refleja. *Retribución*.

"Como has oído, el investigador privado Doyle está de camino. He llamado a Vinny para que una docena de nuestros hombres vuelen desde Italia y se reúnan con nosotros esta noche. Están en el avión mientras hablamos. Tengo a mis hombres contactando con los jefes de las bandas de la Costa Oeste para que busquen a Nina. Estos cabrones no tendrán dónde esconderse". Una oleada de desesperanza amenaza con derribarme.

Cierro los ojos un instante y me pongo en pie, ignorando las dos rodillas que tiemblan con el esfuerzo. No es momento para la debilidad.

"Kiara quería llamar a la policía. Le dije que nos ocupábamos nosotros. Ya sabes que es una exaltada".

"Sé que ya te has ocupado de eso", digo riendo entre dientes.

Rocco mira por encima de mi hombro hacia la puerta, como si esperara que el tío Larry irrumpiera exigiendo que actuáramos ya para encontrar a su sobrina. "¿Y los padres de Nina?"

"Hablaré con ellos personalmente. Evita que el equipo deambule por todo el lugar por si queda alguna prueba que nos dé pistas". Rocco se queda atrás mientras yo voy en busca del tío Larry y la tía Berenice.

* * *

Mi corazón se desploma al ver a una llorosa tía Berenice sollozando contra el hombro de su marido. El rostro del tío Larry carece de emoción. Su mandíbula apretada y sus ojos empañados revelan la carga emocional que ha supuesto para él la desaparición de Nina. Aparece Kiara, con una bandeja de refrescos. Se muestra tranquila y reservada.

"¿Te has enterado de algo?" pregunta la tía Berenice. Se enjuga los ojos con un pañuelo de papel que tiene en la mano. "Los secuestradores querrán dinero, ¿no?".

El tío Larry murmura: "¿Qué demonios habrá hecho mi sobrina para merecer esto?".

"A la gente así sólo le interesa el dinero", les aseguro. "Les pagaré lo que sea para que traigan a Nina a casa".

El tío Larry se levanta y se acerca a la ventana, mirando hacia el huerto. Sigue cayendo una ligera llovizna. Tiene la espalda recta, los hombros rígidos.

"Mi sobrina no se merece esto", susurra. "Y los bebés. Que Dios me ayude si le hacen daño a ella o a esos bebés...". Su voz se quiebra en un sonido que recuerda a un sollozo ahogado.

El nivel de emoción de la sala casi me desquicia. Se necesita un enorme control para mantener la calma y la racionalidad en un momento así. De algún modo, lo consigo.

"Te prometo que Nina volverá ilesa a casa. Si me disculpas, debo irme".

"Trae a mi sobrina a casa, Romeo". La tía Berenice solloza.

"Lo haré, te lo prometo"

* * *

Mi salida recuerda a la del tipo frío y sin emociones que vino a América hace meses. Sin emoción. Columna vertebral rígida. Andar despreocupado y confiado.

Por dentro, soy exactamente lo contrario. Mi corazón llora por mis tres bebés. Una sensación gélida y nauseabunda se instala en lo más profundo de mis entrañas. Las lágrimas me escuecen en los ojos.

Las lecciones aprendidas de mi padre y de los demás miembros de nuestra familia son lo único que me ayuda a mantener cierta apariencia de control. Pronto, sin embargo, no habrá necesidad de control. La bestia que persiste en mi interior podrá ser liberada sobre los responsables del grave pecado cometido contra mi familia.

Un pecado que sólo se castiga con la muerte.

Capítulo Veintiocho

?

La pesada puerta metálica que da acceso al callejón se cierra de golpe. Mi idiota cohorte se adentra murmurando una red decorativa de blasfemias.

"¡Joder!", grita antes de abrir la nevera para enfriar las bebidas que hay dentro. Me empuja a la cara una bolsa de plástico llena de aperitivos variados. "¿Sabes lo que aprendí en el viajecito de compras que insististe en que hiciera?"

Gotas de su saliva me salpican la cara. Me limpio las secreciones.

Mi boca se curva en una mueca. "A quién coño le importa lo que hayas aprendido ahí fuera. Pero cuéntame la triste historia para que podamos quitarnos eso de encima".

"La familia Valentino ha puesto una recompensa, gilipollas".

La noticia congela las palabras antes de que puedan salir de mi boca.

Una recompensa de uno de los sindicatos del crimen organizado más poderosos del mundo nunca es algo bueno. Saber que nos han puesto una recompensa es una realidad aleccionadora.

Ahora somos los cazados. Y los cazados no viven mucho tiempo cerca de gente como los Valentino.

"¿Quién te lo ha dicho?" Mis manos se enroscan en su camisa manchada de sudor que apesta a humo de cigarrillo.

"Oí a un tipo en la tienda hablar de una chica negra que ha desaparecido. Dijo que había oído en la calle que la recompensa es tremenda por información".

La voz de mi cohorte se asentó en un quejido agudo que recordaba a un coche viejo con una transmisión de mala calidad. El miedo irradia de él en ondas casi tangibles. Asqueado, le empujo y me paso una mano por la cara.

Se suponía que el trabajo nunca iba a ser tan complicado.

Entra, coge a la chica. Retenla el tiempo suficiente para que te pague una pasta gansa. Luego sal antes de que estalle la mierda. Ése era el plan desde el día en que Romeo Valentino me arruinó la vida por esa mujer.

El sonido de la cadena rebotando en las paredes del armario llama nuestra atención.

"Ve a verla. Asegúrate de que sigue respirando". Un movimiento de mi cabeza en esa dirección hace salir corriendo al portador de malas noticias.

El tiempo. Ahora tengo que ordenar mis pensamientos e idear un Plan B.

Capítulo Veintinueve

Nina

La conciencia retorna latiendo palpitantemente. Un yunque ardiente de agonía golpea un ritmo entrecortado en un lado de mi cabeza.

El tintineo metálico de las cadenas cuando intento ahuecar el costado de mi cabeza hace que ambos ojos se abran de golpe.

Un escalofrío recorre mi espalda. Todos los sentidos están en alerta máxima.

Unas esposas me sujetan las muñecas. Un pequeño lazo de cadena sujeto con un candado de latón conduce a un tramo más largo de eslabones oxidados atornillados a la pared.

Escudriño la zona, que tiene el tamaño del armario de mi antiguo apartamento, iluminada por una bombilla desnuda que cuelga de un cable. No hay forma de saber dónde estoy. El débil sonido del tráfico se filtra en la habitación desde cierta distancia. La cinta adhesiva que me cubre la boca arde como el fuego cuando consigo arrancármela.

Mi examen de la habitación revela una señal positiva. Una solitaria botella de agua volcada en el suelo a mi lado me hace señas. Al menos, el secuestrador no pretende que muera de deshidratación.

Tengo los labios agrietados. La garganta reseca suplica un sorbo. La voz cautelosa dentro de mi cabeza me advierte que no lo haga. *¿Qué veneno se ha mezclado con el fluido inocuo del interior de la botella?*

Un sonido áspero y chirriante marca la apertura de la única puerta. Unos pasos arrastrados acercan una figura sombría hasta que queda a escasos centímetros. Mis forzados ojos miran atentamente, esperando un signo de compasión en la persona que me ha secuestrado.

"Por favor, déjame ir. Estoy embarazada". La desesperación tiñe las roncas palabras que caen libres antes de que pueda contenerlas.

"No puedo hacerlo", dice el hombre. Su voz apenas supera un susurro y está ahogada por la emoción.

Un pensamiento rompe la niebla que persiste en mi cabeza. *¿Cameron?* De ninguna manera Cameron haría algo así.

Pero lo es.

"¿Cameron?" Le conozco desde hace demasiado tiempo. Enfadado. Verbalmente abusivo. Tramposo. Sí, todas esas cosas y más. Pero secuestrarme, ¿en serio?

Se arrodilla delante de mí antes de ponerme una botella en la mano. "¡Shh! No soy yo por quien tienes que preocuparte, Nina. Toma, bébete esto. Tengo una barra de desayuno. Tu favorita".

La inquietud me corroe las entrañas. La sensación de estar al borde de una peligrosa cima aumenta incluso mientras como y bebo con gratitud.

"¿Por qué, Cameron? ¿Qué he hecho yo para merecer esto?"

Su mano me tapa la boca. "¡Cállate! No te revuelvas el *cerebro*. Soy indulgente, Nina, pero él no". Un fuerte sarcasmo acentúa su voz cuando se refiere a otra persona, el aparente cerebro del secuestro.

¿Quién será? Las divagaciones casi histéricas se apoderan de mí. El papel de Romeo en la familia mafiosa Valentino me pone en peligro. ¿Ha venido a América uno de sus enemigos? O mejor aún, ¿ha urdido el último marido de mi madre un plan para eliminarme?

La puerta que hay detrás de Cameron vuelve a abrirse. Otra figura entra en la habitación y se pasa los dedos por el espeso pelo canoso. Se aclara la garganta. Otro sonido familiar. ¿Pero dónde lo he oído antes?

"¿Por qué no podías ser tan sencillo de secuestrar como de disparar?". murmura Lee Jenkins. Rodea a Cameron y me da una patada en el estómago.

El dolor agudo se une a la agonía que aumenta lentamente en una sien. Me acurruco en el frío suelo, llorando.

"¿Qué coño estás haciendo?" arremete Cameron mientras se pone en pie para encararse con el Sr. Lee. "¡Dijiste que no le harías daño! Dijiste que sólo íbamos a conseguir el dinero. Deja que llame a Valentino, dile lo que queremos. Cuanto antes acabe esto, mejor".

"Tienes razón, chaval". El Sr. Lee saca de su bolsillo mi iPhone en su funda rosa cubierta de purpurina. Abre la pantalla que nunca vi razón para bloquear y busca el número de Romeo en la lista de llamadas recientes.

Se arrodilla a mi lado y me levanta con una mano agarrando un puñado de pelo con el puño. "Escúchame bien, Nina. *Me lo debes*. Tu noviecito mafioso me arruinó la carrera, así que tú vas a ser la arregladora en jefe. Dile que quiero un millón de dólares en billetes pequeños y sin marcar listos en veinticuatro horas o, de lo contrario, UPS le entregará las partes de tu cuerpo. No digas nada más. ¿Me oyes?"

"Sí, sí..." repito.

El Sr. Lee marca el número y pone la llamada en altavoz. Suena dos veces antes de que Romeo conteste.

"¿Nina? ¿Nina? ¿Estás bien?" suplica Romeo.

¿"Romeo"? Escúchame bien. Sólo puedo decirte que estos hombres quieren un millón de dólares en billetes pequeños y sin marcar en veinticuatro horas o estoy muerto". Me tiembla la voz.

"¡Vale, cariño!" dice Romeo. "Oye tú, ¿con quién hablo?"

El Sr. Lee pierde el poco control que tenía. Grita al teléfono, gotas de saliva cubren la pantalla. "¡Un millón de dólares, Valentino! Te diré dónde. Tienes suerte de que no la haya hecho sangrar más de lo que ya lo he hecho. No intentes nada o encontrarás cien pedazos de tu amada entregados a ti personalmente".

"No tienes ni idea de a lo que te enfrentas", responde Romeo, con voz helada y muy controlada. "Ya se ha puesto precio a tu cabeza. Dentro de unas horas, mis hombres te encontrarán. Disfrutaré haciéndote pedazos si tocas un pelo de la cabeza de Nina, aunque sólo sea para que sangre. Estoy preparado para ti. La pregunta es: ¿estás preparado para mí, hijo de puta?"

La línea se corta. Las últimas palabras de Romeo fueron para mí.

La esperanza que surge en mi interior se fortalece a medida que mi ex-jefe la pierde. Se

convierte en una banshee aullante que ahora comprende la guerra que inició y el coste de ganarla.

Mis ojos parpadean hacia Cameron, que permanece con la cabeza gacha mientras el Sr. Lee enloquece fuera de la habitación. El hecho de que Romeo lance una amenaza no presagia nada bueno para nadie. Será brutal y sangriento. Habrá víctimas mortales.

Mi Roma siempre ganará la guerra.

Capítulo Treinta

Romeo

Tomasso Valentino, mi hermano mayor, suspira cuando la línea se corta. Llegó hace una hora con una docena de sus hombres desde Sicilia. Le he dicho a mi hermano que Lee Jenkins y Cameron Mitchell son los tontos que secuestraron a Nina. *Mi hermano mayor es un cabrón que no aguanta una mierda.*

Rocco regresó antes de mi llamada telefónica con mi hermano con una de las grabaciones del dron en la que se ve a un hombre de negro sacando a Nina de la casa. La mete en la parte trasera de una furgoneta blanca, que se aleja a toda velocidad por el camino de acceso cubierto de maleza. El hielo que llena mis venas se intensifica cada vez que rebobino y reproduzco la grabación.

La soga se tensaba alrededor del cuello de aquel hombre cada vez que veía la cabeza de Nina rebotar contra el lateral de la furgoneta. Selló su destino cuando decidió poner un dedo sobre mi mujer. Un clavo se clava en la tapa del ataúd con cada pizca de inteligencia que obtengo.

Este hombre es un muerto que no sabe que está muerto... todavía.

"Al menos Nina está viva, hermanito. Seguramente será algún cretino desesperado que quiere una dosis", bromea Tomasso mientras se enciende un cigarrillo tras llegar.

"Cualquier cosa que necesites, sólo tienes que pedirla, hermano mayor. Deshazte de estos cabrones antes que yo", le digo, compartiendo el cigarrillo con él.

"No te preocupes, hermanito. Cuando uno sangra, todos lo hacemos", responde. "Por cierto, ¿quién crees que tendría los cojones de hacer esto?"

"El ex de Nina, sin duda. Sigo reuniendo información sobre el chico".

Tomasso sacude la cabeza mientras mira el terreno por la ventana, apagando el cigarrillo. "Probablemente estaría tan loco como para hacer lo mismo por mi mujer, si tuviera una, hermanito. Nina parece una buena chica. Si es ese chico, sabe que la perdió en el momento en que entraste en su vida".

"Sí..." respondo.

"Mira el lado bueno, Nina va a traer al mundo a dos Valentinos más, hermanito".

Me río a pesar de que me hierva la sangre. "Comprendes mi necesidad vital de encontrarla, hermano mayor". Me levanto y camino por el suelo delante de la casa, como he hecho durante la última hora desde que llegué a casa. Como un animal enjaulado, aumenta mi sed de sangre. Venganza que sólo se saciará cuando se acabe con los secuestradores de Nina.

Kiara sale al frente nerviosa. "La tía Berenice y yo hemos preparado la cena, por si a alguno

de vosotros le apetece acompañarnos". Vacila y luego hace la pregunta que más temo. "¿Tienes idea de dónde está Nina y de si está bien?".

"Ella está bien. El secuestrador hizo una demanda. Estoy trabajando en ello", le explico, y no me sorprende que Kiara rompa a llorar.

"¿Por qué alguien le haría esto a mi niña?", se lamenta.

Rocco viene a consolarla. Espera mi permiso para llevarla dentro. Un movimiento de mi cabeza en dirección a la puerta es el consentimiento que necesita antes de conducir a la mejor amiga de Nina al interior de la casa.

El nombre de Vinny parpadea en mi móvil. "Unos cuantos hombres más aterrizarán dentro de una hora. El viento de cola ha recortado algo el tiempo de vuelo".

"Grazie, Vinny. No te olvidaré".

"Ni lo menciones", responde. "Sólo hazme un favor".

"Si está en mi mano".

"Córtale la mano a ese cabrón por atreverse a tocar a una mujer de Valentino y envíasela a la familia como recuerdo. Mantén las manos limpias, jefe. Los hombres se encargarán del trabajo. Incluso sacarán la basura".

"¡Ti parlerò presto!"

* * *

Tomasso me mira cuando termina la llamada. Levanta la mirada, con una comisura de los labios levantada. "Mis hombres han localizado el almacén donde tienen retenida a Nina. Están estableciendo un perímetro alrededor del lugar mientras hablamos. Deberíamos irnos ya".

"¡Molto bene!"

Rocco se une a nosotros cuando salimos de casa.

"¡Eh, Rocco!"

"¡Sí, jefe!"

"Dile a Doyle que se vaya a la mierda. Ya no necesitamos sus servicios. Mi hermano viene a América por primera vez y encuentra a estos cabrones en una hora".

"¡Vale, jefe!"

Algunos miembros del séquito de Tomasso llegaron en todoterrenos negros con las ventanillas oscurecidas. Los mismos coches nos llevan a una zona cercana al aeropuerto, donde esperamos a que lleguen los demás desde Italia.

Los minutos pasan. La tensión se transforma en una presencia de otro mundo en el vehículo. Y entonces, a lo lejos, veo una pequeña caravana de vehículos que se dirige directamente hacia nosotros. Mis hombres han llegado.

Se celebra una sesión de estrategia en uno de mis almacenes cercanos. Los hombres de Tomasso y los míos lo utilizan como centro logístico e instalaciones de entrenamiento para la operación de rescate de Nina. Un gimnasio, una sala de pesas, una piscina y otras instalaciones nos reciben cuando entramos.

"Debería buscar algo así para mis hombres en casa", dice mi hermano.

"Es dinero bien gastado", respondo. "Mantiene a mis hombres en plena forma. Contrato a

profesionales de las artes marciales y de la defensa personal para el negocio. Pero podemos hablar de esto más tarde".

"Vamos a informar a los hombres para que podamos ir a buscar a tu mujer", dice Tomasso.

* * *

Tomasso y yo orientamos a los hombres reunidos ante nosotros. Nos pasamos fotografías de Nina y del lugar.

"Extremarás las precauciones", les aconsejo. "Está embarazada de seis meses de mis gemelos. Y no sólo eso, es el amor de mi vida. Los bastardos que se la llevaron son presa fácil. No os mováis hasta que se os dé la señal. ¿Está claro?"

Un sonoro "¡Si signore!" resuena en el aire.

"Cada uno de vosotros debe tener dos armas de fuego y cuchillos y algún otro equipo. Volved a comprobar vuestras armas y munición. Hay chalecos antibalas disponibles en la esquina de allí", señala Tomasso. "Cinco minutos. Estad preparados, *signore*".

* * *

Los minutos pasan con agonizante lentitud. Lo único que deseo es coger las dos pistolas que tengo y salir por patas. Hacerlo es una temeridad.

Espero mi momento.

El corto trayecto hasta el almacén donde los captores retienen a Nina me da tiempo para prepararme. Los hombres se dividen en cuatro grupos, uno para cada lado del almacén.

La señal de Tomasso llega cuando la apretada bobina de energía que hay en mi interior amenaza con liberarse. Su mano levantada corta el aire hacia el suelo.

Nos retenemos hasta que los hombres estén en posición en las entradas delantera y trasera.

El infierno se desata cuando una serie de explosivos plásticos arrancan las puertas de sus marcos.

Veinte hombres irrumpen en el almacén. Gritos de órdenes salpican el aire.

Las linternas siguen el rastro de dos hombres. Parecen enzarzados en una batalla. El brazo de un hombre rodea el cuello de otro mientras éste le propina un puñetazo tras otro en las tripas.

Entonces se alejan el uno del otro. Mis hombres levantan sus armas y no se atreven a dejarles escapar. Está claro que estos tontos no tienen ni idea de nuestra llegada y no estaban preparados. *Sólo descuidados.*

* * *

Aparezco a unos metros de ambos hombres. Ahora están suplicando clemencia. Dentro está oscuro y le digo a uno de mis hombres que busque las luces. Mientras tanto, dos de mis hombres atan a los dos a sillas.

Mierda, ¡son Cameron y el Sr. Lee! Qué coño!"

"¡No tuve nada que ver con lo que le hizo!" grita Cameron. "Intenté ayudarla. Tiene que creerme, Sr. Valentino".

"Ya no es tan guapa, Valentino", sisea el Sr. Lee apuntándole a la cabeza.

"¿Qué le has hecho?" A centímetros del hombre al que quiero matar, espero la noticia que

podría destruir la vida que deseo desesperadamente con Nina antes de que haya madurado.

"La utilizó como saco de boxeo. Ahora no vale un duro".

Su risa maníaca resuena en mis oídos. La furia alimenta mi puñetazo en la cara del Sr. Lee. Su nariz cruje bajo mi puño en un chorro de sangre. Su cabeza se desploma y la sangre le chorrea por la cara.

Las súplicas de clemencia de Cameron quedan amortiguadas tras la capa de cinta adhesiva que le cubre la boca. Tomasso le pega un par de bofetadas antes de que le haga una señal para que se detenga.

"Registrad el almacén en busca de otros", ordeno a algunos hombres. "¿Dónde está Nina, Cameron?"

"Ella... ella está en la cámara acorazada, unas habitaciones más allá".

* * *

Corro hacia la cámara acorazada donde creo que está retenida Nina. Uno de mis hombres la abre a la fuerza con una palanca. Una sola bombilla ilumina a una Nina golpeada y ensangrentada en un armario del interior. Tiene la cara y los ojos hinchados. Está acurrucada alrededor de su vientre, con los brazos apretados sobre ambas piernas.

"¿Nina?"

Gime cuando la levanto en brazos. "Romeo".

"¡Oh, mierda, cariño! Lo siento mucho..."

"Estoy bien. Siento que los bebés se mueven", suspira.

Uno de mis hombres aparece con la llave de las esposas para liberar los grilletes y las esposas. Sus brazos se deslizan alrededor de mi cuello. Suaves sollozos estallan, sus hombros tiemblan con cada uno de ellos.

La abrazo.

"Tengo que sacarte de aquí mientras se ocupan de Cameron y del señor Lee".

"¡Deja a Cameron, por favor!" suplica Nina. "Intentó detener al Sr. Lee. Se aseguró de que tuviera algo que beber y sobre lo que tumbarme".

Mi dulce y compasiva mujer tiene un sentido de la justicia que quizá nunca llegue a comprender. A pesar de todas las cosas que Cameron le hizo en el pasado, Nina está dispuesta a perdonar sus acciones de hoy.

"Te prometo que mis hombres saldrán vivos de Cameron. Sin embargo, el señor Lee debe ser ejecutado por lo que ha hecho".

Nina suspira y asiente. La saco de la habitación y me detengo cerca de las dos sillas donde ambos hombres esperan su veredicto final. Cameron sigue lloriqueando pidiendo clemencia mientras el Sr. Lee permanece en silencio, golpeado y mirando fijamente a Nina con un odio sin adulterar en los ojos.

"Tomasso, haz que los hombres se lleven a Cameron a algún lugar lejano y lo dejen en el desierto. Enséñale una lección o dos", murmuro. "Nina pide clemencia y se le concederá".

Tomasso asiente con la cabeza.

Rocco se separa de la multitud, esperando sus órdenes. "Sra. Williams, ¿cómo está?"

"Un poco peor", murmura Nina. "Gracias por estar a nuestro lado, Rocco. No olvidaré tu lealtad. Kiara tiene suerte de contar con un hombre como tú".

Mis labios encuentran los suyos, tranquilizando suavemente a Nina. "Debo terminar esto. ¿Dejarás que Rocco te lleve al coche? No tardaré".

Una débil inclinación de cabeza me da el permiso que necesito para abandonarla por última vez.

Rocco me quita a Nina de los brazos: será la última vez que esté lejos de mí. Desaparecen por una puerta lateral con un séquito de hombres a remolque para montar guardia mientras yo atiendo los negocios.

Unos hombres de Tomasso se llevan a Cameron del almacén. Un todoterreno arranca y abandona la zona, sin duda para darle a Cameron algo en lo que pensar. Sólo puedo rezar para que aprenda esta última lección, porque el perdón de hoy no se prolongará.

* * *

Mi atención se centra en el Sr. Lee, que se despierta cuando un hombre agita sales aromáticas bajo su nariz. Está ensangrentado, despeinado y casi sin vida.

Pero sus ojos se abren de terror.

Me inclino, le cojo un puñado de pelo y le echo la cabeza hacia atrás. "Te dije que iba a por ti".

El puñetazo en sus entrañas hace que me duelan los nudillos. Media docena más le hacen gemir.

Gruñidos y gemidos ahogados, algunos parecidos a palabras estranguladas, se escapan. "P-por favor..."

Es la única palabra inteligible de la docena que ha conseguido hilvanar. "Palabra equivocada, Lee. Te di la oportunidad de marcharte, igual que a tu amigo Cameron. En vez de coger tu dinero y sacar lo mejor de él, vienes a por mi mujer. Le has hecho daño. Y ahora yo te haré daño a ti".

Un agudo chillido de dolor resuena en el almacén después de clavarle el cuchillo en la mano derecha.

Sus sollozos ahogados no significan nada para mí. Sonrío cuando su boca se abre en una amplia "O" de agonía silenciosa cuando mi segunda espada clava la mano que le queda en el brazo de la silla.

"Sólo para asegurarme de que pillo la mano que golpeó a Nina", me río entre dientes y le suelto el pelo.

"¡Vete a la mierda, Valentino!" grita el Sr. Lee.

Le meto una bala en la sien. Su cuerpo sin vida se desploma.

"Corta el cuerpo en pedazos y espárcelos por el océano. Ah, sí, no olvides la mano derecha".

* * *

Lo único en lo que puedo pensar en ese momento es en llevar a Nina al hospital más cercano. Independientemente de ese hecho, se me escapa una carcajada cuando oigo a Tomasso hacer sonar sus nudillos y decir: "Vamos a divertirnos, chicos".

Cuando la puerta del vehículo se cierra tras de mí, oigo el zumbido de una motosierra.

Nina está en mis brazos segundos después, donde siempre debió estar.

Capítulo Treinta Y Uno

Tres años después...

A parece ante mí una visión perfecta. Risas y dos versiones en miniatura de mí luchando con su madre en el césped bajo la sombra. Nina se abalanza sobre Gino, besándole la cara hasta que suelta una risita incontrolable. Alessandro se une a la refriega saltando sobre su espalda.

"Chicos, ¿qué os he dicho sobre jugar bruscamente con mamá?". Cuatro ojos de chocolate y dos bocas abiertas en O de par en par siguen mi escarmiento.

"¡Ha sido Gino, papá!" gimotea Alessandro, indicando con un dedo índice regordete que su hermano es el cabecilla.

"¡Nuh uh!", añade Gino. "¡Ales lo hizo!"

"Estoy bien, de verdad", se ríe Nina mientras se da la vuelta, con una mano apoyada en el abdomen. "No es que esté preparada para ponerme de parto".

Los dos niños suplican que los coja en brazos. Los cojo en brazos e inhalo su dulce aroma de bebé cuando se acurrucan contra mí. Éstos son los momentos para los que vivo.

"Dile a mamá que lo sientes".

"¡Scusa, mamá!", dicen al unísono dos voces gemelas.

Rocco y Kiara salen de la casa cogidos de la mano, con la tía Berenice y el tío Larry detrás.

"¡Estoy listo para tirarme a esa nueva parrilla de ahí!" grita el tío Larry. "Mi sobrina necesita proteínas para estar a la altura de los chicos y tú también, Kiara", se ríe.

"¿Y por qué tiene que ser así?", bromea Kiara mientras la mano de Rocco se posa en su vientre, que parece a punto de estallar. Se casaron poco después de que Nina diera a luz. Su primer bebé nacerá cualquier día de estos.

"Hoy tengo mucha hambre", dice Nina con un suspiro. "El tocólogo jura que esta vez sólo hay un bebé, pero empiezo a dudarlo". Me coge a Alessandro y caminamos cogidos de la mano hasta el patio, donde el tío Larry ha encendido la parrilla.

* * *

Esa noche la pasamos en familia. El tío Larry y la tía Bernice viven ahora y dirigen día a día el Bed and Breakfast, que se ha convertido en una popular atracción turística aquí en Newport Beach. Nina y yo nos casamos al día siguiente de rescatarla de las garras de su captor.

Ahora soy ciudadano estadounidense. Y Rocco y Nico se encargan ahora de las operaciones cotidianas de la empresa familiar, mientras yo paso revista de vez en cuando.

No hay necesidad de volver a Italia. Todo lo que necesito está aquí, en California. Mi encantadora esposa y mejor amiga, la madre de mis hijos. Niños que parecen idénticos a viejas fotos mías de la misma edad.

Y eso no es todo. La tía Berenice, el tío Larry y Kiara me tratan como si hubiera sido miembro de sus familias desde el principio.

Nunca estamos lejos unos de otros. Comemos juntos. Reímos juntos. Lloramos juntos.

Nos amamos con cada fibra de nuestro ser.

Como debe ser.

El fin